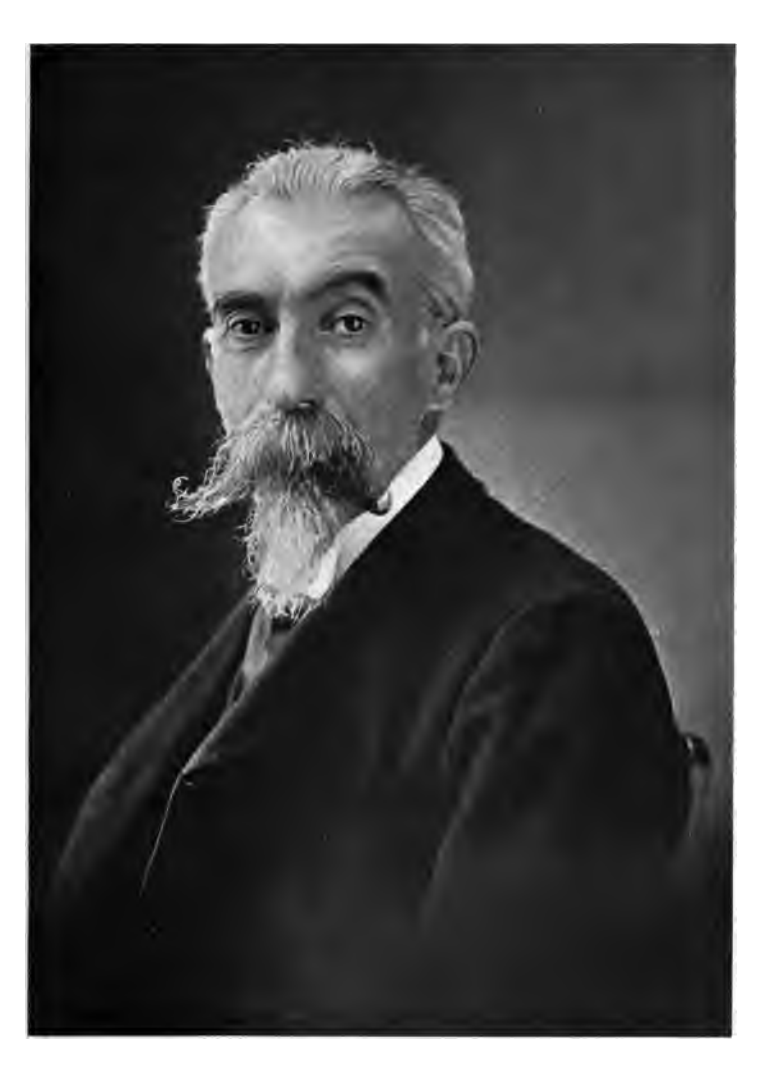


MARTÍN CORONADO

POESÍAS

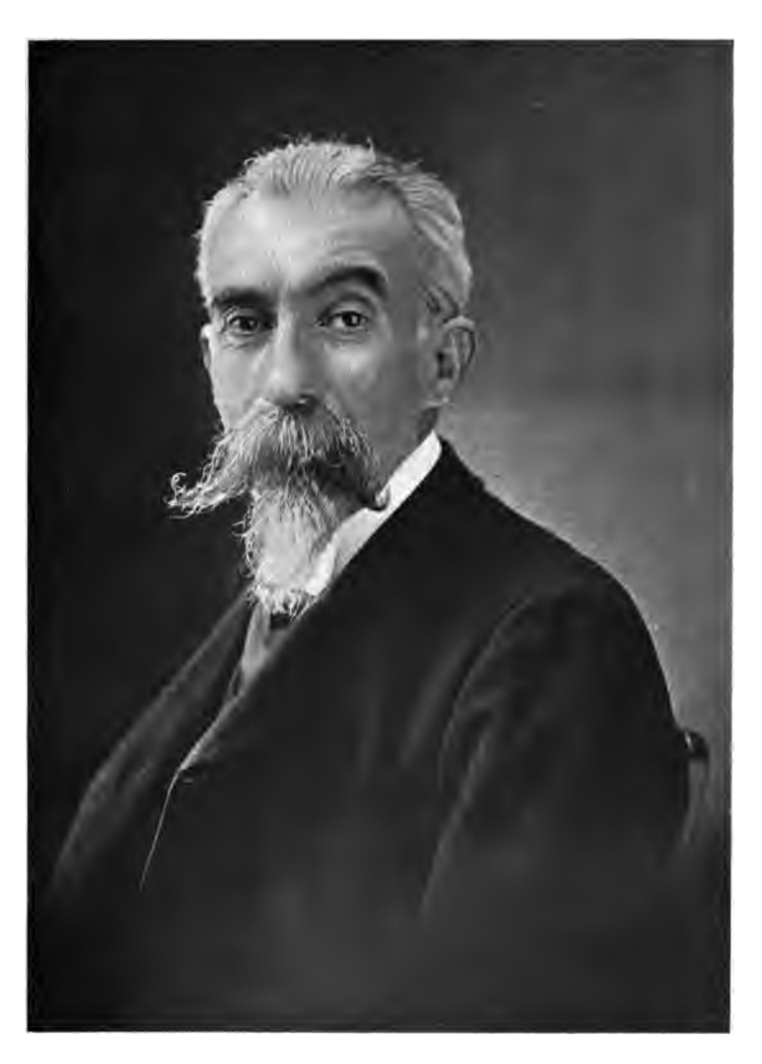


CABAUT Y CÍA - EDITORES
BUENOS AIRES
1904



Martín Coronado

nw



Martín Coronado

MARTÍN CORONADO

POESÍAS



CABAUT Y CÍA - EDITORES

BUENOS AIRES

1904

MARTÍN CORONADO

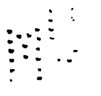
POESÍAS



CABAUT Y C.ᴵᴬ - EDITORES

BUENOS AIRES

1904



Á MI PADRE

Á LA MEMORIA DE MI MADRE

UNA HISTORIA

I

Laura, la casta doncella
De peregrino semblante,
Era tan tierna y amante
Como candorosa y bella;

Y Carlos, el solo dueño
De aquel corazón en flor,
La amaba con ese amor
Que hace de la vida un sueño.

Esto bastaba á llenar
El anhelo de los dos,
Porque amar es creer en Dios,
Es ser bueno y es gozar.

Y pasaban sin dolor
Las horas de su existencia,
Sin más sombra en la conciencia
Que el secreto de su amor;

Sin más recuerdo que aquel
Que traía á su memoria,
En ella, á Carlos, su gloria,
Y á Laura, su encanto, en él;

Y sin más afán sentido,
Que el afán de la avecilla,
Que busca entre la gramilla
La paja para su nido.

II

Así en dulce languidez
Iban los días corriendo,
Cuando resonó tremendo
El grito del año diez.

Carlos, patriota entusiasta,
Tomó el fusil en sus manos,
Y dijo con sus hermanos
A los opresores: «basta!»

Y dando el adios postrero
A Laura, su bien querido,
Cambió su humilde vestido
Por el traje del guerrero.

III

Laura lloró; no ese llanto
Que enrojece las mejillas:
Laura lloró de rodillas,
Con una especie de encanto.

Sus lábios no se entreabrieron
Para exhalar un gemido:
Ante el martirio sentido,
Temblaron y enmudecieron.

Parecía aquella calma
La calma del moribundo,
Que mira radiante el mundo
Cuando se le escapa el alma!...

Oh! no hay dolor en la vida
Para la mujer que ama,
Como el que en ella derrama
Un adiós de despedida.

La flor bella y perfumada
Que pasara en un instante
De los lábios de su amante
A su boca enamorada;

El beso lleno de fuego,
De lágrimas y de amor;
El recuerdo seductor
De una promesa y un ruego;

La última frase que oyera,
Y la huella que *él* dejara,
Y el paso que se alejara,
Y el rumor que se perdiera;

Son ¡ay! para la mujer
Que en vano á su ídolo llama,
Algo extraño, una amalgama
De amargura y de placer.

La ansiedad de la agonía
Y el goce del bien logrado...
¡Un sollozo entrelazado
A una dulce melodía!

IV

Pasó la tarde galana,
Y la noche silenciosa,
Y cándida y vaporosa
Volvió á lucir la mañana.

Y Laura, siempre de hinojos,
Inmóvil se mantenía,
Absorta, pálida, fría,
Enjuto el llanto en los ojos.

¿Cómo pudo padecer
Su martirio hora tras hora?
¿Por qué la luz de la aurora
No la halló muerta al nacer?

¿Qué palabras de consuelo
Escuchó? ¿quién la sostuvo?
Dios, que en sus lábios estuvo,
Guardó el secreto en el cielo.

V

Era una noche: la luna
Lanzaba su luz postrera
Sobre el pueblo que meciera
De Laura y Carlos la cuna.

Un silencio sepulcral
Reinaba: sólo una puerta
Permanecía entreabierta:
La puerta de un hospital.

De un hogar de bendición
Para el infeliz soldado
Que caía denodado
Al pié de su pabellón...

Vertida la última gota
De sangre, en humilde lecho,
A la sombra de aquel techo
Iba á morir un patriota.

Contra la hueste extranjera
Fué el primero en batallar,
Y el primero en empapar
Con su sangre su bandera.

Y ahóra noble piedad
Le ofrece aquel lecho blando,
Para que muera soñando
Visiones de libertad.

VI

Mas no morirá el soldado,
Solo y triste: una figura
Blanca, llena de ternura,
Corre anhelante á su lado.

Es el ángel de bondad
Que llaman en derredor
«Hermana» por el amor,
«Madre» por la caridad.

Y ella solícita avanza,
Y llega junto al herido,
Para decirle al oído
Una frase de esperanza.

Una frase toda calma,
Melodiosa, arrobadora...
¡Eco de una alma que llora
Para que no llore otra alma!

Y se inclina vacilante
Hacia él, y cariñosa,
Su dulce mirada posa
En su pálido semblante.

Entonces desgarrador
Gemido lanza su pecho,
Y se arroja sobre el lecho
Loca de angustia y de amor.

¡Carlos! grita... El moribundo
Se estremece: en un instante
Se alza ebrio y delirante,
Que aquel grito encierra un mundo.

¡Laura! con pena murmura,
Viviendo para su amada,
Y su sombría mirada
Un relámpago fulgura.

En tanto la muerte cruel
A Carlos llama ligera...
Y cuando su amado muera,
¿Laura vivirá sin él?

VII

La noche huye: los dos,
Inmóviles todavía,
Pueden ver con alegría
En la mañana á su Dios.

Una hora más!... entreabiertos
Ríen sus labios unidos...
¿Duermen?... sí: están dormidos
Con el sueño de los muertos.

VIII

Hace algún tiempo, esta historia
Por vez primera escuché,
Y de entonces la guardé
Con cariño en mi memoria.

Al oír de un hospital
Sólo el nombre, nuevamente
Traigo á los dos á mi mente
Desde su lecho nupcial.

Y hoy que miro conmovido
Reunirse el pueblo afanoso,
Para brindar el reposo
Y el alivio al desvalido,

Esa historia de otra edad,
Con su triste y dulce encanto,
Llega hasta mí bajo el manto
De la tierna caridad;

De esa caridad divina
Que llena el alma de amor,
Y alza templos el dolor
Sobre la tierra argentina.

1870

Á ORILLAS DEL RÍO

Há tiempo en el aprisco la majada
Dormita silenciosa:
El pastor, bello y rubio adolescente
De quince años apenas, faz rosada,
Y tímido mirar, sueña y reposa,
Arrullado de amor por la corriente.
Tendido muellemente
Sobre la blanca arena de la orilla,
A intervalos mojada por la ola
Que sube hasta sus pies, con fé en que brilla
Todo el candor de la inocencia sola,
Recita humilde la oración sencilla
Modelada en su alma
Al vaivén de la cuna.
Ora; y entre los vagos resplandores
De la noche sin luna,
Entre el incienso de silvestres flores,
Su espíritu levanta,
Y el eco de su voz, ritmo empapado
En cándida ternura,
Se enlaza al eco de la ola, y canta
Con ella al Dios de paz: ¡himno sagrado,
Poesía llena de inmortal frescura!
Súbito el niño calla: su cabeza
Sobre una piedra lánguido reclina,
Y alzando la mirada al firmamento,
Una á una examina

Las estrellas radiantes. La belleza
De la noche tranquila y perfumada
Parece dominar su pensamiento.
¿Qué ha pasado en el alma candorosa
Del dulce adolescente?
Sábelo Dios! De pronto, ruborosa
La faz, pasó las manos por la frente,
Y como respondiendo
A una pregunta del espacio, llena
De misterio y de encanto,
«Pensaba en ella», murmuró sonriendo,
Y se durmió sobre la blanca arena,
Del cielo bajo el manto.

1871

CANTO Á JESÚS

¡Salve á tu nombre, redentor del mundo,
Rayo y sostén de la conciencia humana,
A quien se vuelven en las horas todas
Los ojos llenos de tristeza y lágrimas!
Salve á tu nombre,
Víctima santa,
Mártir sublime, que tu sangre diste
A los errores de la edad pasada!

El hombre antiguo, como el cuerpo inerte
Que oculto empuje en el espacio lanza,
En su carrera de egoísmo, nunca
Miró la huella que al pasar dejára;
Nunca detuvo
Su errante marcha,
Para mojar los labios del sediento,
Para borrar el surco de una lágrima.

Nunca de hermano el cariñoso nombre
Llegó hasta el corazón con la palabra;
Nunca el gemido respondió el consuelo;
Nunca el amor convulsionó las almas.
Si uno caía,
Se le apartaba,
Como á inútil estorbo, del camino
Donde la muerte su cabeza helára.

Mas tú, en un día de inmortal recuerdo,
Elevaste tu voz de aliento y gracia,
Para llamar á tí los desvalidos,
Los huérfanos de dicha y de esperanza;
Los que comían
El pan de lágrimas;
Los que á sus padres y á sus hijos vieron
Tocar la tierra con la frente esclava.

Del porvenir el misterioso libro
En el templo judáico se encerraba,
Y ellos, los pobres, los hambrientos, ellos,
Nunca salvaron la primera grada...
Ah! tú arrancaste
Su última página,
Y la arrojaste palpitante, viva,
A aquellas muchedumbres desoladas!

No ya Israel con insolente orgullo
Señor se dijo de la extirpe humana;
No ya Dios tuvo en su recinto sólo
El fuego del altar y la plegaria:
Todos los pueblos,
Todas las razas,
En torno tuyo y con placer de niño
Tomaron parte en el festín del alma.

La caridad, la caridad bendita,
Marchó sobre la huella de tu planta,
Y el amor y la fé se difundieron
En los giros de luz de tu palabra;
La tierra toda
Batió las palmas,
Y bajo el polvo de cuarenta siglos
Adán se estremeció: te adivinaba.

Tu obra concluía... tu reinado, empero
No era del mundo, y la postrer mirada
Que de la cruz sobre tu grey lanzaste
En la hora de angustia de tu álma,
Nos prometía,
Nos revelaba,
Tras el límite negro de la tumba,
La eterna aurora de la eterna patria.

¡Bendito seas, redentor divino,
Rayo y sostén de la conciencia humana,
Á quien se vuelven en las horas todas
Los ojos llenos de tristeza y lágrimas!
En donde quiera
Que un dolor haya,
Siempre á tu nombre irradiará el consuelo
Sobre la nube de la queja amarga!

Siempre en la frente de los hombres todos,
Como una estrella misteriosa y pálida,
El infinito brillará en un rayo
De la vida inmortal, de la esperanza;
Tendiendo siempre
Irán las almas,
Desde el suelo sin paz de su destierro
A la región de luz de tu morada!

1871

LÉJOS

(FANTASÍA)

Sueña el poeta: sueña despierto,
En medio al éxtasis del corazón,
Y mira léjos, sobre el desierto,
Del sol poniente la irradiación.

Lirios y rosas, en lontananza,
Muévense en lánguido, dulce vaivén,
Y la flor, hija de la esperanza,
La siempreviva, tiembla también.

Flores y espacio, luz y colores,
Todo fantástico y arrobador:
Tal es el nido de sus amores,
Tal es el alma del soñador!

Ama y delira: quiere un santuario
Para su vírgen: fuego y altar;
Y los perfumes de un incensario
Que Dios tan sólo pueda agotar.

Ama y delira: léjos, muy léjos,
Bajo otro cielo, su amada está,
Pero él la arranca de los reflejos
Del sol espléndido que á hundirse va.

Blanca es la imágen de la doncella,
Que léjos siempre sonriendo vé;
Blancas sus ropas, blanca la huella
Que sobre el césped deja su pié.

Rubia, flotante, sobre la espalda
Su cabellera busca un sostén:
¡Cabellos rubios son la guirnalda
Que de los ángeles ciñe la sién!

De tiempo en tiempo un débil rayo
A sus pupilas arranca el sol...
Es esa lumbre que en su desmayo
Toma los tintes del arrebol.

Cuando la brisa trémula pasa
Y sus vestidos hace ondular,
Remeda alzada la ténue gasa
La red de bruma que envuelve al mar.

Sueña el poeta: todo lo mira
Con la alegría de la embriaguez;
Todo á lo léjos sonriendo gira
Como un recuerdo de la niñez!

De pronto, en medio de la llanura,
Forman las flores un pabellón;
La brisa llénalo con su frescura,
Y el sol le envía su irradiación.

Allí sus ojos, el vate fija,
Allí su alma... ¡dicha sin par!
Dosel de flores allí cobija
Su nido amado, su pobre hogar.

Con la corona de desposada
La vírgen bella salva el dintel...
Vuélvese entonces, y su mirada,
Rica en promesas, tiende hasta él.

Y blanca y trémula como la luna
Que de las ondas surjiendo vá,
Muéstrale léjos la esbelta cuna
Donde su hijo se mecerá.

Sueña el poeta: sueña y delira,
Y álas demanda con frenesí...
«¡Vendo mi espíritu, vendo mi lira,
Para trás ella volar de aquí!»

Dejad que sueñe su mente inquieta,
Que hiel y almíbar pruebe á la par:
¡No hay pesadilla para el poeta
Más dolorosa que el despertar!

1871



LOS HÉROES DE LA CARIDAD

Ante el dolor sin nombre y sin ejemplo
Que habita de la Pátria en el santuario,
Cuando trepa gimiendo á su Calvario
La mártir de la tierra de Colón;
Entre los lábios la palabra espira,
El alma olvida su viril grandeza,
Y en su enlutado manto de tristeza
Se envuelve sollozando el corazón.

Pero en medio á esta noche de agonías,
Sobre el pueblo de Mayo desplegada,
La esperanza, sin hijos, desolada,
Ha encontrado un asilo bienhechor:
Un grupo heróico en sus robustos brazos
Mantiene en alto la inmortal bandera,
Para batirla al viento en donde quiera
Que se doblen las frentes al dolor.

Como el rayo de sol que se desprende
Al través del crespón de la tormenta,
Y brilla en los espíritus, y alienta
Al débil con su bálsamo de luz;
Ellos alumbran el sombrío cuadro,
Ellos consuelan al que sufre y llora,
Y siguen, en su marcha redentora,
La huella luminosa de Jesús.

Cuando todos se alejan y abandonan
Al hermano doliente y desgraciado,
Cuando hasta yace en tierra destrozado
De la familia el vínculo de amor;
Ellos, de caridad nobles apóstoles,
Llenos de santo y generoso anhelo,
Van á enjugar las lágrimas de duelo
Y á infundir á los pobres su valor.

Ellos se agrupan con afán solícito
Ante el lecho sin paz del moribundo,
Y le hablan al oído de otro mundo
Donde irá sus dolores á olvidar;
Ellos invocan la piedad del pueblo,
Cerrando el corazón al egoismo,
Y llevan el vigor de su heroismo
Al desolado templo del hogar,

¡Ah! yo venero el nombre de los héroes
De amor y caridad: la patria mía,
En sus horas de prueba y de agonía
Los ha visto en el ara de su altar.
De la madre amorosa y angustiada
El grito de dolor no se ha perdido:
Ellos al borde de la tumba han ido
Los hijos de esa madre á rescatar.

Mas ¡ay! en esta lucha de gigantes,
Por tanto sacrificio consagrada,
Algunos han caído: la jornada
Sus mártires ofrece á la virtud;
Sus mártires sublimes, que arrancando
A la muerte la víctima elegida,
Alzaron al enfermo con su vida
Y en silencio ocuparon su ataúd.

¡Apóstoles del bien, benditos séais!
Cuando amanezca el día del reposo,
La gratitud del pueblo generoso
Os dará el conquistado galardón:
A los vivos, la gloria inmarcesible
Que el hálito del mal jamás empaña;
A los muertos, el llanto con que baña
Las tumbas en que ha puesto el corazón.

1871



LA TARDE

Bajo la influencia del velado rayo,
Semeja el llano vaporosa alfombra...
¡Melancólico y dulce es el desmayo
De la luz en el seno de la sombra!

Oh! yo amo la tarde, con su calma,
Sus brumas, su misterio, su grandeza:
A ella tengo vinculada el alma
Por el lazo de amor de la tristeza.

No sé por qué paréceme más puro
A la luz del crepúsculo ese cielo...
La tarde es la espansión: el claro-obscuro
Respira la poesía del consuelo.

Cuando dejo, rendido de fatiga,
La labor cuotidiana, — silencioso,
En el misterio de la tarde amiga
Embellezco mis horas de reposo.

Sumérjome en el éxtasis: la nube
Que flota en el espacio, solitaria,
Me parece que á Dios lánguida sube
Llevándole en sus alas mi plegaria.

Y cuando el sol magnífico desciende
Entre el verdor de la lejana cumbre,
Y en haces rojos sobre el llano extiende
Los postreros destellos de su lumbre;

Su último rayo, que me lanza esquivo,
Se ofrece á los ensueños de mi mente,
Como el beso que un ángel fugitivo
Depusiera al pasar sobre mi frente.

1871



SOBRE LA TUMBA

DE MANUEL G. ARGERICH

Yo no vengo, mi amado y noble amigo,
A inquietar con mis lágrimas tu sueño;
Nó! duerme en paz, enamorado dueño
De la virtud, la bella é inmortal.
Yo no vengo á llorar: no de mi lira
Oirás la nota que el sollozo entraña...
¡Llorar, cuando tu espíritu se baña
En las ondas de luz de lo idëal!

Tampoco vengo á murmurar doliente
Una oración por tí, sin eficacia:
Los justos qne se van no piden gracia
Al llegar á las puertas del Edén;
Entran en él triunfantes y sonriendo,
La pupila brillante y dilatada,
Y al peso de su gloria doblegada
La siempre erguida, la radiosa sién.

Yo vengo solamente á visitarte
Y á recoger aquí mi pensamiento,
Aquí, bajo el dosel del firmamento,
Donde no vibra el eco de un rumor;
Aquí, sobre esta tierra humedecida,
Donde se posa tímida la planta;
Aquí, donde tan grande se levanta
El recuerdo en las alas del amor.

Héme ante tí: de tu abnegada vida
Traigo en el alma la sencilla historia:
La virtud, la ternura... tu memoria
Produce el bienestar de la oración.
Cual la nota en la cuerda, está en mis labios
Tu nombre palpitante: nadie espere
Que al espacio lo dé: ¡ lo atráe, lo quiere,
Lo pide sin cesar el corazón!

Duerme en paz, dulce amigo; duerme y deja
Que yo velando te acompañe en tanto:
Hay algo de misterio, algo de encanto,
En abismarse aquí, algo de Dios;
Yo me siento más grande en tu sepulcro,
Mi espíritu vislumbra lo infinito,
¡Cómo si el ángel del amor, bendito,
Quisiera aproximarnos á los dos!

1871



TULA

Ah! no os pongáis ante ella, si á la vida
Sólo pedís de la ilusión la palma;
Si una pálida virgen escondida
Guardáis en el santuario de vuestra alma

Escuchadme y temblad: negro, luciente,
Como bruñido ébano el cabello,
Vela entre rizos su morena frente,
Y cae serpeando á su torneado cuello.

Oh! qué mujer! sólo el misterio iguala
Los tintes de su espléndida belleza...
Virgen parece que al vestir de gala
Ha olvidado su manto de pureza.

Tiene unos ojos Tula!... vése el rayo
Centellear al través de su pupila:
Cuando, tierna tal vez, mira al soslayo,
La sangre hierve y la razón vacila.

Y sus labios! sus labios, donde el fuego
Del aire de los trópicos se aspira!
Cuando se entreabren modulando un ruego,
Se sueña, se divaga... se delira!

La irradiación sin nombre de sus ojos
Fascina como el borde del abismo:
Su sonrisa de amor postra de hinojos...
¡Llena de luz hasta el infierno mismo!

¿Quién no ama á Tula, quién? ¡Tula es tan bella!
¿Quién la ha visto una vez y no la adora?
Pero amarla es morir: la muerte ante ella
Sonríe al corazón como una aurora.

Tula, entre nubes de nevado encaje,
Envuelta en ondas de crujiente raso,
Es un destello del amor salvaje,
Es un ángel de fuego, un sol de ocaso.

Es un volcán en flores desbordado,
Es el sueño del árabe en compendio:
¡Es el cielo, en la noche vislumbrado,
Al resplandor rojizo del incendio!

1871



ADIÓS AL EDÉN

I

Callan las aves: ya el sol declina
En su carrera sobre el Edén...
Eva en el hombro de Adán reclina
Su brazo mórbido, su blanca sién.

Triste está y pálida; triste y doliente,
Como los sauces del derredor; .
En sus pupilas, sobre su frente,
Ya no hay sonrisas; sólo hay dolor.

Adán absorto, mudo, sombrío,
Rompe la yerba bajo su pié,
Y en el letargo de su desvío,
Ni siente nada, ni oye, ni vé.

No vé, vislumbra, llenos de luto,
Cual tras las mallas de negro tul,
La flor, el árbol, el ave, el fruto,
La peña húmeda, la onda azul.

No escucha: apenas como un murmullo
Su oído hieren en confusión,
De las palomas el dulce arrullo,
Las armonías de la Creación.

No siente: yacen sin movimiento,
Sin voz, sin vida, dentro su ser,
Todas las cuerdas del sentimiento
Que ayer vibraron: no más que ayer!

II

De pronto Eva toca su brazo...
Roto el encanto, vuelve en sí Adán:
«Vamos, murmura, cumplióse el plazo...
El sol y el día también se ván.»

Allá tras ellos, lanzando llamas,
Se alza la espada del querubín;
Y marchan trémulos bajo las ramas...
¡Cuántos recuerdos tiene el jardín!

Su lecho de hojas, el dulce abrigo
De sus caricias, léjos está...
Mañana el rayo del sol amigo
Triste y desierto lo encontrará.

Los arroyuelos murmuradores
Que repitieron su voz de amor;
La gruta umbría, llena de flores,
Que de sus besos guarda el rumor;

De las lïanas el manto verde,
La senda oculta que vá al azar,
Todo se aleja, todo se pierde
Entre la bruma crepuscular.

Y marchan, marchan, con paso incierto,
Bajos los ojos, mudos los dos;
Inmenso ante ellos se abre el desierto...
¡El bien, la dicha, quedan en pos!

Al fin ya pisan la tierra nueva,
La tierra ingrata: léjos se vén...
Edén, ¡oh, llora! perdiste á Eva,
Ya no eres bello: ¡vélate, Edén!

III

Cierra la noche: pálida estrella
Su lumbre arroja desde el cenit;
Los peregrinos buscan la huella
Del Paraíso: ¡ya no está allí!

En vano triste vá su mirada
Girando en torno llena de afán:
En la llanura desamparada
Tan sólo quedan Eva y Adán.

Y Adán vacila: Eva la fuente
De la esperanza busca en su amor,
Le ofrece trémula su blanca frente,
Y el beso ahóga tanto dolor.

Marchan; y arena miran doquiera,
Cielo y arena: adiós Edén!
¡Adiós corona que Dios pusiera
De su elegido sobre la sién!

Y Adán sin guía, sin un abrigo,
En el desierto de soledad,
Avanza errante, pobre mendigo
De la perdida felicidad.

Pobre! ¿qué importa, si tiene á Eva
En el camino de la expiación?
Adán es rico: Adán se lleva
El Paraíso del corazón!

1871



Á LA LUNA

I

No hay alma que tus rayos no busque suspirante,
Diadema que coronas las noches del amor,
Ni ensueño de poeta que á tí no se levante,
Siguiendo por el cielo tu blanco resplandor.

¿Qué guardas en tu seno? ¿qué vínculo divino
Enlaza á los espíritus tu dulce claridad?
Tú llenas de bellezas las zarzas del camino,
Tú pueblas de sonrisas la azul inmensidad.

Todos te aman, todos: cuando en el cielo avanzas,
Risueña y vaporosa, la noche es un Edén;
Cuando tu lumbre ocultas, las bellas esperanzas.
Parece que contigo veláranse también.

Mil veces de este sitio, de soledad cercado,
Mis ojos han seguido tu lánguida ascensión:
¡Qué dulce y bella eres! tu disco en luz bañado,
Como un asilo eterno se ofrece á la ilusión.

II

¡Oh, luna melancólica! ¿no has visto en tu carrera
Al ángel de las dichas que guarda el porvenir,
Flotante en el espacio la undosa cabellera,
La oliva entre las manos, errante discurrir?

¿No has visto si buscaba, sedienta la mirada,
Las blancas espirales del humo de mi hogar,
Las rosas que lo cercan, los sauces, la enramada,
Donde modula el viento su eterno suspirar?

¡Oh luna! ¿no le has visto? ¿jamás de tus destellos
Su pálida figura fantástica surjió?
¿Jamás estremecida besaste sus cabellos?
¿Jamás bajo tus alas su frente cobijó?

Secreto impenetrable! ni al eco del reproche,
Ni al eco del suspiro, que suben hacia tí,
Te agitas y respondes... la misma cada noche,
Hermosa, pero muda, te elevas al cenit.

Tu luz, toda consuelo, colora la esperanza,
Sonríe á los dolores, arrulla el corazón;
Más ¡ay! pálida siempre, jamás un rayo lanza
Al fondo misterioso de la inmortal región!

1873



ORACIÓN

Coronada la frente de azahares,
Enlazadas las manos sobre el seno,
En los labios la última sonrisa,
En los ojos el último destello;
        Voló su alma
        Como un ensueño:
Que las alas del ángel la cobijen;
Que la arrulle el amor de los recuerdos!

1872

SUEÑO DE AMOR

Como dulce paloma sorprendida
En su nido de paz por la alborada,
Yo la soñé en mis brazos reclinada,
Por mis cantos de amor estremecida.

Al buscar su mirada, toda el alma
Se anegaba en la luz de su pupila:
¡Atracción melancólica y tranquila,
Cual la del cielo azul y el mar en calma!

Era bella sin par, blanca belleza,
Con tintes de crepúsculo vestida;
Y algo como una luz desvanecida
Flotaba en derredor de su cabeza.

Yo sentía su aliento perfumado
Acariciar mi frente y mis cabellos,
Y en sus ojos, en tímidos destellos,
Recogía su amor embelesado.

Aureolada su frente de inocencia,
Palpitante en sus labios la ternura,
¡Qué hermosa estaba así, lánguida y pura,
Respirando candor de adolescencia!

1878

SIN NOMBRE

Á UN AMIGO

Yo de tus labios escuché sufriendo
Aquella historia al corazón robada;
Yo ví la duda obscurecer tus ojos,
Yo ví en tu frente la ilusión sin patria;
Y del acento
De tu palabra,
Arrebaté la nota del sollozo
Para llevarla al fondo de mi álma.

Ah! ¿Qué consuelo brindaré á tu pena?
¿Cómo á tu pecho volveré la calma?
Yo sólo puedo á tu dolor unirme,
Cual se le unen las amigas lágrimas;
Yo sólo puedo
Decirte: «ama»,
Que es el amor la encarnación más bella
Del angel tutelar de la esperanza.

Ama sin tregua, aunque el dolor te rinda,
Aunque tu frente y tu vigor abata,
Aunque te sientas vacilar, y creas
Que eterna noche el porvenir te guarda:
Entre la sombra
Verás lejana,
La blanca faz de la mujer querida,
Como una estrella, encaminar tu planta.

Todo es amor en la creación: la vida
En todas partes al amor se enlaza;
Hasta en el borde de la tumba obscura
De ámor las flores se entremecen lánguidas.
Ama la tierra,
El cielo ama:
Amor es el aliento de los seres,
Amor es el destello de las almas.

Ama por siempre, corazón herido
Que el llanto inunda y el dolor desgarra;
Ama! que el himno del amor se eleve
Sobre el gemido que tu voz embarga.
Ama! y la noche
De tu desgracia,
Tendrá, como la noche de los cielos,
La promesa de luz de la alborada.

1872



ASÍ!

Joven el corazón, el alma ardiente,
Un solo bien en la creación siguiendo,
La estrella de la fé sobre la frente,
Incólume el candor de adolescente...
Así la vida y el amor comprendo.

1872

MADRE!

Madre! feliz el que en su seno exhala
El primero y el último suspiro,
El que llora y sonríe bajo el ala
    De aquel inmenso amor.
Triste el que evoca su bendita sombra
En cada hora que el dolor consagra,
El que en eterna soledad la nombra,
Sin que nadie responda á su clamor!

Recuerdos de la infancia placentera,
Ella os presta su cándida poesía,
Ella os viste de luz, de primavera,
    De belleza inmortal.
La cuna que á su lado no la mira,
Como un ángel de paz, risueña y tierna,
Es una hoja pálida que gira
Al soplo de un helado vendaval.

La dicha que á su nombre se eslabona
Es la única hermosa de la vida:
La gloria sólo es grande si corona
    Su frente y nuestra sién.
Donde quiera que brilla su mirada,
Las nobles ambiciones se despiertan:
El alma de su amor desamparada
Languidece á la sombra del Edén.

. . . .

Madre!... la mía en el sepulcro mora,
Bajo los sauces de dolientes ramas,
Que el sueño de la noche redentora
    Arrullan sin cesar.
Há muchos años que su voz no suena
Y en torno mío la esperanza agita;
Há muchos años que el recuerdo llena
El sitio predilecto de mi hogar.

Ah! pero vive al corazón asida
Su dulce imágen, que robé á la muerte,
Último rayo de la fé sentida
    Que llevo al porvenir;
Y como el iris de la eterna alianza,
Ella me alienta en mis amargas horas,
Y me enseña que el ángel de esperanza
También sabe en la sombra sonreír.

1873.

LAS GAVIOTAS

Como copos de espuma, á la llanura,
Ví que abatiendo las nevadas alas,
Bajaban bulliciosas las gaviotas
A la primera luz de la mañana.

Qué airosas y qué bellas! Ora heridas
De súbito temor, el cuello alzaban;
Ora coquetas, con gentil donaire
El cuerpo hundían en la yerba blanda;

Ora la fresca gota de rocío
Sobre sus albos pechos resbalaba;
Ora el viento, rizando su plumaje,
Las mecía al pasar bajo sus ráfagas.

Ah! pero ví también cruzar el cielo
Otras aves de plumas enlutadas...
Y el ala de los cuervos hizo sombra
Sobre aquel césped de gaviotas blancas.

1873

LA NIÑA SE VÁ

Pálida está la frente de la niña,
Pálida su mejilla y demacrada,
Y en su pupila azul, medio velada,
Tiembla el rayo de luz.
Pálida está, y entre sus manos trémulas,
Ofrenda de la madre al infinito,
Tiene oprimido el símbolo bendito
De fé, de amor: la cruz.

Ah! no lloréis, los que de hinojos puestos,
Esperáis su partida sin retorno,
Y veis dolientes, de su cuna en torno,
Marchitarse la flor;
No la lloréis: espíritu del angel,
Ausente de la patria, al cielo aspira,
Y al irse ni se queja, ni suspira,
Ni os busca en derredor.

Una sonrisa entre sus labios brilla,
Que embellece su faz y la colora,
Como el suave destello de una aurora
Que empieza á despuntar;
Y en su frente de nácar se percibe,
Flotante irradiación de un alma pura,
Una blanca aureola de ventura,
De dulce bienestar.

La niña vá á partir: es ya la hora...
El coro del Señor la voz suspende,
Un angel de los cielos se desprende...
Avanza... ya está ahí.
¡Qué dulce debe ser lo que le dice!
¡Qué bello el porvenir que la diseña!
La niña alza las manos, y risueña
Las tiende hacia el cenit.

No la lloreis: cubridla de azucenas,
De lirios, y de nardos, y de rosas:
Que la besen las flores cariñosas,
Y vosotros también!
Besadla, apresuraos; y libertada
De la sola ansiedad que la consume,
Subirá con las ondas de perfume
A la patria del bien.

1873



EL ECO

En esa hora de tristeza y calma
En que apaga la voz de su querella
El aire adormecido;
De naciente pasión henchida el alma,
Como un ave sin nido,
Vagaba por el campo la doncella.

—«¿Dónde estás dulce bien? ¿dónde te escondes?
Decía con acento acongojado;—
Te llamo y no respondes,
Y sólo en las delicias de mi sueño,
Te miro enamorado
Besar mis labios para ser mi dueño.»

Así sus tiernas quejas exhalaba,
Y una vez y otra vez las repetía,
Doliente y lastimera;
Su voz de valle en valle resonaba,
Y á lo lejos el eco parecía
Responder suspirando: «Espera, espera!»

1873

BAJO LOS SAUCES

La sombra de los sauces oscilaba,
Sobre la cuna rústica extendida;
A su lado, la madre contemplaba
Del ángel de su amor la faz dormida.

Dormía el inocente al eco blando
De las hojas que el viento estremecía,
Hermoso, sin afán, tal vez soñando
Que un ala misteriosa le cubría.

De una cascada el lánguido murmullo
Llenaba la arboleda de rumores,
Y lejos, dos palomas, en su arrullo
Decían á la selva sus amores.

Aquella soledad en dulce calma,
Despertaba un anhelo indefinido;
La sed de la ternura henchía el alma...
La sombra era el misterio; el bosque, el nido,

La madre, suspirante. enamorada,
Se inclinó sobre el niño de repente,
Con un dedo en los labios, la mirada
De orgullo y de pasión resplandeciente.

Y trémula, feliz, casi de hinojos,
Absorbiendo su aliento con delicia,
No pudo más, y le besó en los ojos,
Con todo el corazón en la caricia.

Estremecióse el niño, arrebatado
A la región azul; y confundiendo
Pena y placer en su inocente enfado,
Rompió á llorar, pero lloró sonriendo.

1873



LA BIBLIA

Era aquel libro, aquel!... mi frente ardiendo
Entre las manos apoyé sin calma,
Y al calor de la fiebre, mi pupila
Se fijó con amor sobre sus páginas.

Una luz débil, vaporosa y triste,
El cuadro de mi afán iluminaba,
Proyectando sus pálidos destellos
Sobre el fondo desnudo de la estancia.

Solo estaba en presencia de aquel libro
Que al cielo toca y lo infinito abarca,
Y en cuyas hojas suspirante vive
El génio tutelar de la plegaria.

Solo estaba en presencia del gigante,
Yo, pigmeo, yo, polvo de la nada,
Pidiendo al monumento de los siglos
El vigor inmortal de la esperanza.

Miré y leí: desconocido impulso
Movió mi corazón, y sus borrascas
Abatieron las iras, como abate
Sus furores el mar sobre la playa.

¡Inefable placer! toda mi vida
Se encontró en el éxtasis del alma,
Y sentí que un espíritu invisible
Batía sobre mí sus ténues alas.

¿Dormí? ¿soñé? ¡Quién sabe! yo lo ignoro;
Yo sólo sé que unas figuras blancas
Surjieron ante mí, de frescas rosas
Y pálidos jazmines coronadas.

Una á una, en el aire suspendidas,
Me miraron sin ceño, y luego rápidas
Huyeron, señalando sobre el cielo
La huella luminosa de su planta.

¡Ah! ¡yo las conocí! Eva, la dulce,
La gala del Edén, enamorada,
El brazo, de pasión estremecida,
Al cuello de su Adán entrelazaba.

Moisés, alta la frente, al aire sueltos
Los nevados cabellos por la espalda,
Llena la bella faz de resplandores,
Hundía en el espacio la mirada.

Magdalena, los lábios entreabiertos
Por suspiros de amor, hermosa y lánguida,
Parecía aspirar en el ambiente
Efluvios de pasión, besos de llama.

David, el rey profeta, el alma llena
De la eterna inquietud de las borrascas,
Deslizaba sus dedos como un soplo
Sobre las cuerdas trémulas del arpa.

Ruth, la doncella de las trenzas rubias,
La alegría de Moab, rica de gracias,
Cual la dorada espiga de sus campos,
En el espacio azul se balanceaba.

Josué, la sien radiosa, la pupila
Por la fé del espíritu inflamada,
Diríase que en torno, con orgullo,
Buscaba al sol para gritarle: «¡pára!»

Sara, la esposa augusta, la figura
Que iluminó la tienda del patriarca,
En brazos de los hijos de sus hijos
Reclìnaba la frente soberana.
. . . .

¡Cuánta luz y belleza! aquellas formas
La visión de lo eterno despertaban,
Y hacían levantar estremecida
La oración en los lábios y en el alma.

Me postré de rodillas en silencio,
Cerré los ojos, y junté las palmas,
Y así me halló la luz del sol naciente
Y el errante clamor de la campana.

1873



PROMESA

« ¿ Me juras, dijo ella,
Radiante de pasión, que eternamente
Seré la sola estrella
Que ilumine los sueños de tu mente? »
Y él, bajo su mirada
Llena de luz, la respondió de hinojos:
« Lo juro por tu frente nacarada;
Lo juro por el rayo de tus ojos! »

1873

EN EL SALÓN

Brillante está el salón: en los espejos
Se retratan las luces á porfía,
Llenando los contornos de reflejos
Y haciendo chispëar la pedrería.

Mujeres tentadoras, vaporosas,
En fantástica danza confundidas,
Van y vienen, cual bellas mariposas,
De blanca gasa y de ilusión vestidas.

Brillante está el salón: ¡cuánto descuella
La dulce Alicia, de la fiesta gala!
Llevando los espíritus tras ella,
Sobre la alfombra rápida resbala.

Su ser respira deliciosa calma...
¡Dentro tal vez el huracán domina!
Alma de sacrificio es aquella alma
Que á través de su lujo se adivina.

Acaso del amor sintió en un día
Subirle al corazón la ardiente llama,
Y con su ídolo huyó su lozanía...
Y hoy, sólo un nombre y un recuerdo ama!

La danza bulliciosa la arrebata,
El vértigo de su alma se apodera,
Ondula su vestido, se desata
Su abundante y dorada cabellera.

Parece que la fiebre la domina,
La fiebre del recuerdo, que devora,
Y á otro mundo el espíritu encamina
Por la huella de rosas de la aurora.

¡Qué triste debe ser en el instante
En que los sueños cantan la esperanza,
Sentirse sobre el mundo vacilante
Y contemplar un bien que no se alcanza!

Alicia gira en tanto arrebatada,
Agitado el aliento y comprimido,
El seno borrascoso, la mirada
Sedienta de la sombra y del olvido.

Gira, y gira sin tregua, y á lo lejos,
Parece que el espíritu vislumbra,
Que al morir de la luz y sus reflejos,
Se hundirá para siempre en la penumbra.

1873

ANGELA

I

De blanca gasa vestida,
Vaga la mirada, y llena
De esa dulzura que anida
Donde hace sombra una pena
Cuando el amor es la vida;

Angela, la amante hermosa,
Sobre el balcón reclinada,
Tiene en la mano una rosa,
Con que juega descuidada,
Pensativa y silenciosa.

La tarde, la tibia tarde
De un día de primavera,
De sus galas hace alarde,
Y del sol, que oculto arde,
Recoje la luz postrera.

En la sombra replegados,
Vénse al fondo de los huertos,
De verde reja cercados,
Erguirse de flor cubiertos
Los rosales perfumados.

El cielo hácia el occidente
Luce una faja de grana,
Y algún bello adolescente
Dice al pie de una ventana
Las emociones que siente.

II

Angela está ensimismada
Porque su amado la deja
Al despuntar la alborada,
Y le aguarda enamorada
Con su dulce y tierna queja.

Alguien le ha dicho que ausente
El amor es cual la hoja
Que arrebata la corriente,
Que vá á posarse indolente
En donde el agua la arroja;

Y quiere que él la revele
Con su adiós de despedida,
Cuánto el corazón le duele,
Para que esto la consuele
O la mate á su partida.

III

La luz desmaya: en el cielo
Brilla una pálida estrella,
Y Angela, doliente y bella,
Entre la bruma descuella
Con su amor y con su anhelo.

Mucho tarda aquel que adora,
Mucho tarda, y la estremece
Ver que la sombra traidora
Tan rápidamente crece,
Que en breve será la aurora.

En vano afanosa mira:
Nada á vislumbrar alcanza....
Es ya la noche!.... y suspira,
Y huérfana de esperanza,
Los ojos en torno gira.

De pronto se oye un acento
Que al pié del balcón murmura
Su nombre.... ¡Es él! ¡oh contento!
Que vá á llenar de ternura
Sus horas de sentimiento!

Quiere llamarle gozosa,
Pero el placer se lo impide,
Y agitada y temblorosa,
El obscuro espacio mide,
Y deja caér la rosa.

IV

La luz del alba teñía
De blanco y rosa el oriente,
Cuando, llena de agonía,
Angela se estremecía
Llorando á su amado ausente.

Aún vibraba en el fondo
De su espíritu enlutado,
Aquel éco enamorado
Que hasta en su pesar más hondo
Derramó un goce ignorado.

« Adiós — la dijo el mancebo,
Mirándola conmovido: —
Para triunfar del olvido,
Grabada tu imágen llevo
En mi corazón herido ».

Luego la besó llorando
En los labios y en la frente,
Y, vuelta la faz doliente,
Se fué alejando, alejando,
En silencio y lentamente.

Angela, muda, oprimida,
Alzó al aire su pañuelo,
Y con él le envió sentida
La voz de su despedida,
Y la sombra de su duelo.

V

Mucho tiempo se ha pasado:
Ya ha vuelto al hogar paterno
El amante suspirado,
Y Angela le mira tierno
Enagenarse á su lado.

Todo otra vez se engalana
De perpétua primavera
Para la niña, que ufana
Sueña con su amor, y espera
En una dicha cercana.

Todo en derredor brillante
Frescura y vida respira...
Sólo el venturoso amante
Hay horas en que suspira
Y pone triste el semblante.

Mas, fugitiva, no crece
La nube, y cuando su amada
La descubre y se estremece,
La sombra se desvanece
Al rayo de su mirada.

VI

La iglesia, de flores llena,
Está toda iluminada,
Y vibrante y compasada,
La voz del órgano suena
Bajo la noche callada.

Es ya de todos sabido
Que en las perfumadas naves,
Será en breve bendecido
El dulce amor de dos aves
Que quieren hacer su nido.

Y á la puerta, silenciosa,
Una muchedumbre aguarda
A la novia vaporosa,
Y al doncel de faz radiosa
Y de apostura gallarda.

VII

Ya llegan: la novia es ella,
Es Angela, que descuella
De jazmines coronada,
Blanca, fantástica y bella,
Como la forma de una hada.

Su amado, de amor henchido,
Con furtiva planta avanza,
Cual si fuera estremecido
A arrebatar al descuido
Sus álas á la esperanza.

¡Qué cuadro! no hay más poesía
En las flores á la aurora,
Que en el rubor que colora
La virginal alegría
De la niña encantadora.

Ni hay voces tan imponentes
En un bosque americano,
Como las notas fervientes
Que dentro el templo cristiano
Vierte el órgano á torrentes.

VIII

Al pié del altar de hinojos
Se encuentra la desposada,
Bajos y dulces los ojos.
Toda llena de sonrojos,
Temblorosa y agitada.

Su mano enlaza á la mano
De su gentil prometido,
Y el sacerdote, un anciano
De rostro descolorido,
Sonríe á su amor cristiano.

La muchedumbre en suspenso
Rodea á los tres: difunde
Sus perfumes el incienso,
Y en medio del humo denso
Todo el grupo se confunde.

Angela está tan hermosa
Como una ilusión naciente,
Vaga, aérea; se presiente
La magestad de la esposa
Aureolando aquella frente.

Ya el sacerdote ha invocado
Al Dios del hogar: ya extiende
El brazo.... cuando impensado
Un grito el espacio hiende,
Pero un grito desolado.

IX

De negras ropas vestida,
Cual la imágen de una vida
Sin destellos de esperanza,
Una mujer dolorida
Con pie vacilante avanza

Trae un niño de la mano
Rubio y de frescas mejillas,
Y puesta ante él de rodillas,
Dice llorando al anciano
Estas palabras sencillas:

« Yo era buena y era pura:
Amó un hombre mi belleza,
Y halagando mi locura,
¡Ay! me arrancó la pureza
En cambio de su ternura.

« Este niño es hijo mío
Y es el hijo de aquel hombre;
¡Un hijo sin padre!.... impío,
Nególe el cruel su nombre
Y le arrojó en el vacío.

« Que baste el dolor que lloro,
Que baste mi desconsuelo:
No le caséis, os lo imploro....
Yo soy madre.... yo le adoro....
¡No me arrebateis mi cielo! »

X

Angela se alza sublime,
Y pálida y bamboleando
Llega á la mujer que gime,
Con algo en la faz que oprime
A los que la están mirando..

— ¿ Sufres ? la dice. — Me muero,
La pobre mujer murmura.
— ¿ Has amado al que yo quiero ?
— Le he dado mi ser entero.
— ¿ Y él? — Tan sólo esta amargura.

— ¡ Pruébalo ! — Y Angela ansiosa
La envuelve con su mirada,
Mientras la bella enlutada
Saca del seno una rosa
Por el tiempo marchitada.

La niña vacila : unido
A la flor en nudo estrecho,
Está el lazo que prendido
Llevaba á su amante pecho
Al partir su prometido.

XI

Angela siente que su alma
Busca suspirando el cielo,
Y se la vé bajo el velo
Alzar los ojos en calma,
Pero cubiertos de duelo.

— ¡ Pobre hermana mía ! — dice
A la madre : — ¡ Yo te hice
Tanto mal !.... fué mi destino...
Pero Dios mi amor bendice
Al ponerte en mi camino.

¿ Hay dolor que al tuyo exceda ?
Mía es la culpa : perdona,
Y déjame que te ceda
Por tu llanto esta corona,
Que es todo lo que me queda. —

Y quitando de su frente
La corona perfumada,
La coloca dulcemente
En torno á la sién doliente
De la pálida enlutada.

El blanco velo desprende
Al mismo tiempo, y tranquila
Sobre sus hombros lo tiende....
¡ Y ni una lágrima asciende
A brillar en su pupila !

Solo sí, como un gemido,
Murmura, vuelta al mancebo :
« Para triunfar del olvido,
Grabada tu imágen llevo
En mi corazón herido. »

XII

— ¡ Padre mio ! ella le adora, —
Dice la niña al anciano : —
Bendecidlos : del que llora
Quiero ser yo redentora
Como el apóstol cristiano.

Oyela su prometido,
La frente al suelo inclinada
Y el corazón oprimido,
Y un sollozo comprimido
Exhala su alma angustiada.

— ¡Angela! ¡y no me perdonas! —
Esclama al fin delirante: —
¿Al traidor, al inconstante,
A su destino abandonas,
Sin perdonar al amante?

Y Angela responde triste:
— Hay otro ser desgraciado
A quien dichas prometiste:
¿Recuerdas que le has amado,
Y no recuerdas que existe?

Y le empuja blandamente
Hasta que cae de rodillas
Junto á la mujer doliente,
Que dulces lágrimas siente
Resbalar por sus mejillas.

XIII

No hace el doncel resistencia
Al ruego de aquel acento,
Que enlaza su dulce influencia
A la voz que en su conciencia
Levanta el remordimiento.

Nó ! que se encuentra pequeño
En presencia de su amada,
Tan grande, tan abnegada,
Que hace de su amor un sueño
Y hunde su dicha en la nada;

Y sus brazos enlazando
Al cuello del tierno niño,
Se inclina sobre él llorando,
En su inocencia buscando
La esperanza y el cariño.

XIV

Angela sonríe: ¡ acaso
Nunca se la vió más bella!
Mas ¡ ay! belleza de ocaso,
Más pálida que la estrella
Que sigue a' sol paso á paso.

—Unidlos, padre: lo quiero,—
Repite al buen sacerdote;—
Unidlos presto; os espero...
Ya la novia tiene dote:
La he dado mi amor primero.

XV

Otra vez alza el anciano
Los brazos, y se suspende
La muchedumbre, y no en vano,
Pues la bendición desciende
Sobre aquel grupo cristiano.

No, cual antes, un gemido
Viene á vibrar de repente:
Sólo el órgano imponente,
Canta lo desconocido
Como el rumor del torrente.

¡Huid, pasiones sombrías!
Ya tiene el amor, fecundo
En ternezas y alegrías,
Un nuevo hogar sobre el mundo
Donde alzar sus armonías.

XVI

Súbito la muchedumbre
Se estremece: ¿qué ha pasado?
¿Por qué el órgano ha callado?
Llena la iglesia de lumbre,
¿Qué otra sombra la ha cruzado?

Todos, el brazo tendido
Y afanosa la mirada,
Buscan un punto... ¿Qué ha sido?
—Que Angela en tierra ha caído,—
Dicen, — y está desmayada.

—¿Será á causa del perfume
Del incienso?—No se sabe.
—¿Qué extraño mal la consume?
—Se ignora. —¿Acaso está grave?
—¡Tal vez! —Su amór..—Se presume.

Y la anciana y la doncella,
Con el alma entristecida
Se dirigen hácia ella....
—¡Qué pálida está! – ¡Qué bella!
—Parece una flor caída.

XVII

En sus brazos con anhelo
El anciano la reclina;
Fijamente la examina,
La nombra.... y extiende un velo
Sobre su faz peregrina.

Y luego triste murmura:
—¡Angela! ¡pobre hija mia!
¡Tan hermosa y sin ventura!
¡Tu vida fué toda pura,
Tu nombre una profecía!

1873

EN EL CEMENTERIO

Cuando poso mi planta en este suelo,
Y me cubre la sombra del ciprés,
Estremece mi espíritu el anhelo
De ver rotas las tumbas á mis pies.

De sus blancos sudarios desprendidas,
Quisiera ver alzarse en derredor
Las sombras que al recuerdo siempre asidas
Me siguen en la vida con amor.

Quisiera verlas dulces, renaciendo
A todas las ternuras otra vez,
Los rayos de la aurora recogiendo
Pára vestir su eterna palidez.

Quisiera que noticia me pidieran
De los seres amados, con afán,
Y que llenas de júbilo sonrieran
Al decirles mi labio donde están.

Tengo sed de infinito, y me entristece
Lo estrecho de la última mansión:
Que viven esos muertos me parece
Y que tienen ahogado el corazón.

¡Dadles aire, Señor! que no sucumba
Su espíritu oprimido! dadles luz
A esos pobres cautivos de la tumba
Que yacen á la sombra de la cruz!

La muerte es vuestra esclava: que se humille,
Que desgarre su fúnebre cendal,
Para que en torno de sus frentes brille
El iris precursor de lo inmortal.

1873

Á LA SOMBRA DEL LAUREL

LA DONCELLA

Anciano, ¿no habéis visto en el camino
Al dueño de mi alma y de mi amor,
Errando por el valle, peregrino,
Cual la sombra sin voz del trovador?

EL ANCIANO

Esta aurora, al bajar de la montaña,
He visto melancólico á un doncel,
Contemplar desde léjos tu cabaña,
Reclinado á la sombra de un laurel.

LA DONCELLA

¿Le encontrásteis? ¡él era!... ¿Revelaba
Mucho afán, mucha pena, ¿no es verdad?
¿No oísteis si mi nombre pronunciaba
Para llenar con él la soledad?

EL ANCIANO

Quizá. Más tarde, cuando el sol radiante
Alumbraba las flores del vergel,
Volví á verle! cuán pálido el semblante!
De hinojos á la sombra del laurel.

LA DONCELLA

Anciano, yo le amo: en su latido
Lo anuncia sin cesar mi corazón...
Decidme si buscaba en el olvido
Remedio á su dolor y su pasión.

EL ANCIANO

Nó, que en redor de su abatida frente
Volaban los recuerdos en tropel.
¿Te quería ese bello adolescente
Que vi triste á la sombra del laurel?

LA DONCELLA

Escuchad: vino al pie de mi ventana
Una noche de plácida quietud,
Y una canción más tierna que galana
Hizo oír al compás de su laúd.

EL ANCIANO

¿Y llevó hasta tu alma una caricia?
¿Y arrulló tus ensueños?... Tal vez él
Pensaba en esa noche con delicia
Suspirando á la sombra del laurel.

LA DONCELLA

Desde entonces le adoro, y desdeñosa
Me encuentra, ¿lo creereis? yo soy así:
Tengo miedo al halago de otra hermosa,
Y quiero encadenarle junto á mí.

EL ANCIANO

¿El desdén á su amor has ofrecido?
¿El desdén nada más? fuiste cruel...
¡Ah! por eso esta tarde, el sol caído,
Le ví muerto á la sombra del laurel.

1873



LA AZUCENA

Nunca ví otra flor más llena
De dulce melancolía:
La tristeza y la poesía
Se hermanan en la azucena.

Aquella blanca corola
De palidez circuïda,
Recuerda una despedida,
Un suspiro, un alma sola.

Ante ella, la luz deslumbra,
Y el espíritu indolente
Un vago deseo siente
De silencio y de penumbra.

Hay un algo indefinido
En el aire que la mece,
Que el corazón adormece
Al compás de su latido.

A la luz de la alborada,
Su poética blancura
Tiene toda la frescura
De una caricia soñada.

Y cuando la tarde espira,
Y en su tallo languidece,
Alma de virgen parece
Que recuerda y que suspira.

Amorosa compañera
De una hermosa desolada,
La ví una vez enlazada
A una negra cabellera.

Y entre los rizos mecida,
Semejaba la azucena
Una lágrima de pena
Entre crespones perdida.

Que tal es de su belleza
La dulce melancolía,
Que en su cáliz la poesía
Se hermana con la tristeza.

1873



EL NIDO

Paseaba el bosque
Luciendo el alba,
Cuando en acecho
Bajo las ramas
Ví de rodillas
Á mi adorada.
Quise ir á ella,
Quise nombrarla,
Pero á una súplica
De su mirada,
Tornó su nombre
Del lábio al alma,
Y sobre el césped
Paré la planta.
Entonces ella
Cual nunca ufana,
Mostróme el nido
De una calandria
Sobre la horqueta
De un viejo tala.
Y ví que el ave,
Trémula el ala,
A sus polluelos
Alimentaba;

Y que los hijos,
Acariciándola,
Se estremecían
Con dulces ansias,
Como al arrullo
De una esperanza,
Mientras el cielo
Se coloreaba,
Y entre el follaje
Lucía pálida
La luz sin fuego
De la mañana.

1873



Á UNA NIÑA

Cuando tu lábio trémulo de besos
Balbucea una frase sin sentido,
¡ Cuántos recuerdos en el alma opresos
Sacuden el letargo del olvido!

Aquellas dulces y apacibles horas
En que la infancia desplegó su vuelo ;
Aquellos cuentos de hadas protectoras
Que el maternal amor trajo del cielo.

Aquellos cantos de pasión, oídos
Como un arrullo en el sopor del sueño ;
Aquellos ojos de ternura henchidos,
Que espiaban siempre con temor risueño !

Háblame niña: con afán te escucha
Mi corazón, de tu candor sediento;
La sed de gloria y la ambición de lucha
Se pierden en las notas de tu acento.

Con ambos brazos á mi cuello asida,
Díme ternezas como tú las sabes,
Llenas del mundo en que tu mente anida,
Del mundo de las flores y las aves.

Yo te comprendo: en tu inocencia vive
De mis ensueños el anhelo vago,
Y de tus besos el calor recibe,
Y de tu voz el inefable halago.

Dentro de mí la juventud dilatas,
Me abres el cielo con tu faz sonriente,
Y el velo azul de la ilusión desatas
Para que flote en torno de mi frente.

1876



NUBE BLANCA

Parece que ha habido riña
Esta tarde entre los dos,
Porque él sin decirla *¡ adiós !*
Se ha alejado de la niña.

Y con paso vacilante
Camino del bosque vá,
Sin que ella le nombre ya
Para que vuelva el semblante.

¡ Y se estingue el resplandor
Del sol, y la sombra sube !
Triste, muy triste es la nube
Que vela un cielo de amor !

De pronto el amante observa
Algo que pára su pie,
Y muy luego se le vé
Inclinado hácia la yerba.

Y á los últimos reflejos
De la luz, alza en la diestra
Una flor roja, que muestra
A la doncella de lejos.

Aquella hija del llano
Es la flor que ella prefiere....
La niña sonríe y quiere
Alcanzarla con su mano.

Y al fin junto á su amador,
Por un beso se la arranca....
¡Qué bella es la nube blanca
Que cruza un cielo de amor!

1873



¡VEN, PRIMAVERA!

Ven á cubrir los campos, fecunda primavera,
De flores que perfumen el aire en derredor;
Ven como siempre hermosa, brillante compañera
De todos los ensueños y dichas del amor.

Huyeron ya en girones las brumas del invierno,
Huyeron ya los días de luz crepuscular,
Y el cierzo que en la noche sobre el hogar paterno
Sus alas gemidoras batía sin cesar.

La hora es, pues, llegada: despierta de tu sueño,
Y torna tus dominios de reina á visitar,
Y díle al ave sola que su amoroso dueño
La busca en la espesura del bosque secular.

Ven, bella primavera: te aguarda estremecido,
Latiendo tumultuoso, mi ardiente corazón:
Ven á vestir el árbol, á columpiar el nido,
Y á alzar en el espacio la voz de la creación.

¡Qué triste es en tu ausencia la vida del poeta,
Sedienta de armonías, de luz é inmensidad!
Cual en estrecha cárcel, su alma siempre inquieta
Aguarda con tu vuelta su antigua libertad.

Radiante primavera, despierta con tus horas
De ambiente perfumado, de dulce languidez;
Que surjan tus paisajes, que brillen tus auroras,
Que tus alegres himnos se escuchen otra vez!

Por ti suspira trémula la bella enamorada,
Para ceñir de rosas su frente virginal,
Y sueña que tu luna la alumbra reclinada
En brazos del mancebo que encarna su ideal.

Ven, bella primavera: corónate de flores,
Y torna las llanuras y el bosque á recorrer,
Para que entone el ave su cántico de amores,
Y el alma de las vírgenes se empiece á enrojecer.

Ven, como siempre amiga: te aguarda estremecido,
Latiendo tumultuoso, mi ardiente corazón;
Ven á vestir el árbol, á columpiar el nido,
Y á alzar en el espacio la voz de la creación.

1873



LA CINTA ROJA

Del abismo sombrío
        De mis recuerdos,
Surge, como la luna
        Del mar inmenso.

Siempre, como en las horas
        Llenas de ensueños,
En que eran nuestras almas
        Un pensamiento;

En que temblando uníamos
        Nuestros deseos,
Como dos alas blancas
        Con sed de vuelo!

Siempre como era entonces
        Pasar la veo;
Siempre la misma cinta
        La ciñe el cuello.

Aquella cinta roja
        Cuyos extremos
Aprisionaba el aro
        Del guardapelo;

Aquella cinta, que era
Como el compendio
De un amor de veinte años
Que ya está lejos!

Con ella estaba el día
Que mi secreto
La deslicé al oído
Con labio trémulo;

Cuando, bajos los ojos,
Hinchado el seno,
De hallarme á solas tuvo
Placer y miedo;

Cuando me dió las flores
De su cabello,
Y escapó sin mirarme,
Pero sonriendo.

La cinta estaba entonces
Para mis sueños,
Roja como la aurora
Del sol de Enero!

Con ella engalanada
Vino á mi encuentro
En la primera cita
De nuestro cielo;

Cuando arranqué á su labio,
Como un trofeo,
Un beso y un suspiro
Y un juramento.

La cinta estaba entonces
Sobre su cuello,
Roja como sus lábios
Después del beso!

Con ella jugueteando,
Por darme celos,
Una tarde me dijo:
« Ya no te quiero. »

Y me habló pensativa
De otro mancebo,
Que tenía los ojos
Negros, muy negros.

La cinta estaba entonces
Para mi duelo,
Roja como la sangre,
Como el incendio!

1877



LA OLA

Mira esa ola que encrespada tiende
Su melena de espuma chispëante,
Creación de la borrasca, la suspende
Sobre el mar en sus álas de gigante.

Pavor infunde: el alma estremecida,
Se la mira avanzar, alta y enhiesta;
Parece una montaña conmovida
Que despeña las nieves de su cresta.

¿Tiemblas? ¿piensas que amaga en sus furores
Absorber nuestro hogar, el dulce nido
Que espera tentador, lleno de flores,
Entre el bosque de acacias escondido?

Pues bien, mírala ahora: languidece
Su soberbia febril; llega, y desmaya,
Y su horror y sus iras desvanece
En el blando regazo de la playa.

La ola está vencida; de ella apenas
Queda una ondulación suave y tranquila,
Que se extiende besando las arenas
Y se deja sondear por la pupila.

Así las tempestades de mi alma,
Si un día surgen en mi hogar sereno,
Las trocaré en arrullo, en dulce calma,
Al apoyar mi sién sobre tu seno.

1874

REVELACIÓN

Ayer no lo sabía,
Oh, no! por vez primera
De largo se vestía,
Y aturdida, sonriente, y hechicera,
A la par de las blancas mariposas,
Viajeras del jardín, giraba inquieta
En torno de los lirios y las rosas,
Como el eterno ensueño del poeta.

Pero ya no lo ignora,
Porque dejando insomne esta mañana
El lecho con la aurora,
Trás la danza brillante que engalana
Su último recuerdo y lo colora,
Halló la senda del jardín cubierta
De flores deshojadas:
¡De flores á su paso derramadas
Por una mano experta
En alfombrar la ruta de las hadas!

— Ah! ¿quién será? — se dijo de repente,
Recogida en los labios la sonrisa,
Una mano en la frente,
Y otra en el corazón, que se lo avisa.

Y recordó que anoche la miraron
Con tan ávidos ojos!
Que tantos á su lado suspiraron,
Cuando tímida y llena de sonrojos
En los giros del vals la arrebataron!

Que desprendió una mano misteriosa
La flor de su cabello,
Que como nunca se sintió dichosa,
Que no quería que cesara aquello!

Su lindo pie, para marchar tendido,
Esquivó entonces el bordado suelo
Y se quedó en el aire suspendido...
Semejante á esas aves, que en su anhelo
De luz y libertad, el primer vuelo
Van á ensayar del borde de su nido.

Brilló sobre su frente sonrojada
Algo como la luz de una aureola,
Y murmuró bajando la mirada:
— ¡Qué miedo tengo de venir tan sola!

1874



LA LEYENDA DE LAS MADRES

I

Puesto ya el sol, recogido
El hálito rumoroso,
La pampa estaba en reposo
Bajo el cielo entristecido.
El viento, medio dormido,
Batía el ala insegura,
Y bajando de la altura
El crepúsculo severo,
Como el sueño del pampero
Se extendía en la llanura.

Una mujer, — la más bella
De todas, la madre amante, —
Cruzaba la pampa, errante,
Dejando la luz tras ella;
Sin más rumbo que la huella
De su pié despedazado,
Pisando el trébol mojado
Por el rocío del cielo,
Iba contando su duelo
Al desierto desolado.

Aquel niño, su alegría,
Que en los brazos estrechaba,
Como un día que se acaba,
Se moría, se moría!
Y ella, pobre! no podía,
Siendo toda su fortuna,
Darle una, ¡sólo una!
De esas ánsias de aleteo
Que encantaban su deseo
Cuando lo espiaba en la cuna.

Era una extraña dolencia,
Languidez desconocida,
La que agostaba la vida
De aquella dulce inocencia;
Y los hombres, y la ciencia,
Con crueldad indiferente,
Para ella solamente
Cerraban en lontananza
Los caminos de esperanza
Que cruzaban por su mente.

II

Pero un día, su memoria
Vió entre lágrimas, lejana,
Una imágen soberana
Llena de rayos de gloria;
Y al arrullo de una historia
Dulcemente recordada,
Sintió en el alma angustiada
Como un beso de consuelo,
De esos que bajan del cielo
En una noche estrellada!

Era un mundo del portento
Esa historia: — maravilla
Contada con fé sencilla
Al dolor y al sentimiento.
Deslumbrado el pensamiento,
Alzó la frente sombría,
Y hundió, loca de alegría,
La mirada de su duelo
En aquel rincón del cielo
Sin tinieblas todavía.

Vió prodigios. Ojos muertos
Por lágrimas y dolores,
Henchir de luz y colores
Los párpados entreabiertos;
Labios mudos y desiertos,
Dar paso á la nota alada;
Y una manecita helada,
Ya del color de la cera,
Hurgar el seno hechicera,
Blanda, tibia y sonrosada.

Vió, y en pós de aquellos trazos
Luminosos, fué valiente,
Meciendo al niño doliente
En la cuna de sus brazos;
Dióle todos los regazos
El calor de su ternura,
Y en la senda de amargura
Sonó el grito de su afán:
« Madre mía de Luján,
Ampara mi desventura! »

III

La noche abismó en su seno
Las últimas claridades,
Y en las vastas soledades
Tendió su manto sereno;
El cielo, de estrellas lleno,
Acentuó su azul sombrío,
Y el aire inmóvil y frío
De las noches transparentes,
En las hojas relucientes
Empezó á helar el rocío.

La madre siguió adelante:
La sombra no la detuvo,
Y toda la noche anduvo
Sola, llorosa y errante.
Estaba aún tan distante
La que todo bien alcanza!...
Era horrible la tardanza;
Y helaba, y no lo sentía,
Porque toda la encendía
La fiebre de la esperanza.

Íbala ahogando el quejido
De su niño, y lo estrechaba
Al seno, que se ahuecaba
Con ánsias de hacerle nido.
Su cuerpecito aterido
La daba anhelos insanos,
Y después de esfuerzos vanos,
Quería, con sus querellas,
Hacer bajar las estrellas
A calentarle las manos.

IV

Clareó el alba. Cenicienta,
Blanca, rubia, por las lomas,
Despertando alas y aromas,
Paseó la luz opulenta.
El sol, aún soñolienta,
Besó á la pampa tendida,
Y la pampa, estremecida
Al calor del rayo de oro,
Desató el raudal sonoro
De los himnos de la vida.

Siempre vueltos al oriente
Los ojos enrojecidos,
Siempre arrastrando gemidos,
Siempre en oración ferviente
Iba la madre doliente,
Por la salvaje llanura,
En pos de aquella ternura
Insaciable y poderosa,
Que era madre cariñosa
De las madres sin ventura.

La cruz del hogar sagrado,
¡Con qué gozo delirante
La vió en el fondo brillante
Del horizonte dorado!
Allá estaba el suspirado
Amparo de tanto duelo,
La que el dolor y el consuelo
Unía en estrecho lazo,
Sellando el eterno abrazo
De la patria con el cielo!

Era ella! A la distancia,
La veía como en sueños,
Buscar con ojos risueños
Su pobreza y su ignorancia;
La veía en una estancia
Llena de oro y de reflejos...
Y por hacerle festejos,
Y para hallarla piadosa,
Entre sonriente y llorosa
Le tendió su hijo de léjos.

V

Alto el sol en su carrera,
El cielo resplandecía,
Y el aire tibio batía
Sus alas de primavera,—
Cuando al fin, por vez primera
Consolado su gemido,
Ponía el pié dolorido
La mártir ante el santuario,
Y olvidaba su calvario
Besando al niño dormido.

Dormido... ¿Qué fuerza extraña,
Qué ternura omnipotente,
Animó al pobre inocente
Como el calor de una entraña?
¿Fué la fiebre? ¿Fué la saña
De aquella noche traidora,
Que atrayendo vengadora
Del sol el ala encendida,
Llamó su sangre á la vida
Al despertar de la aurora?

Para las almas sencillas
No hay sombra en el pensamiento,
Y la madre ante el portento
Se desplomó de rodillas;
Bañó el llanto sus mejillas
Como fuente desbordada,
Y así, humilde, arrodillada,
Siguió andando sin reposo
El camino doloroso
De la última jornada.

VI

Largo tiempo, sin aliento,
La vieron todos los ojos,
Arrastrándose de hinojos
Sobre el duro pavimento;
Ni una queja, ni un lamento,
Revelaron su agonía,
Y con la santa energía
Y el poder de su cariño,
Se alzaba besando al niño
Cada vez que se caía.

Así, heróica, grande y fuerte,
Con su tesoro salvado,
Llegó al templo consagrado,
Fugitiva de la muerte;
Ya no estada frío, inerte,
El amor de sus amores,
Y asilados sus dolores,
En la nave solitaria,
Abrió el alma á la plegaria
Como al sol se abren las flores.

Luego, en el ansia postrera,
A su Vírgen invocando,
Subió apenas, desmayando,
Las gradas de una escalera;
Hácia ella, el alma entera
La llamaba y la atraía,
Y á sus piés llevar quería
Como la ofrenda mas pura,
La inocencia y la dulzura
De aquel niño que dormía.

Después... tembló vacilante
La luz.... soñó maravillas,
Y despertó de rodillas
Al pié de un altar brillante;
Era *Ella!* deslumbrante,
Poderosa... y la miraba
Tan dulcemente, que estaba
Tentada, en su regocijo,
De abandonarle su hijo
Para ver si lo besaba!

VII

Hija del pueblo, que tienes
La fé santa, la fé pura,
Y en tus horas de amargura
Al hogar del templo vienes;
Alma blanca, que mantienes
La plegaria inmaculada, —
Esa región encantada
Donde el cielo azul empieza, —
Del misterio y la tristeza
Candorosa enamorada:

Anda, y lleva por la senda
Del dolor desesperado,
Al triste hogar desolado
Tus creencias en ofrenda;
Anda, y dile que suspenda
A la madre sus gemidos,
Que hay sobre todos los nidos
Y las cunas de este mundo,
Allá en el cielo profundo
Unos brazos extendidos!

Anda, y muestra á la amargura
De los pobres sin amparo,
La luz de tu eterno faro
Levantado en la llanura;
Y allá irán, con tu ternura,
Con tu dulce confianza,
A buscar en lontananza
A esa Vírgen de Luján,
En cuyo santuario están
Dios, la patria y la esperanza!

1885



CARAPACHAY

Alzada la esbelta proa,
El agua en sus flancos riza,
Y rápida se desliza
Como un cisne mi canoa.

Los sauces, la cabellera
Sumergida entre las ondas,
Alzan murallas de frondas
En una y otra ribera.

En lecho de algas mecidos
Por una brisa indolente,
Al paso de la corriente
Tiemblan los juncos dormidos.

Hojas, flores, abandona
El árbol al lado mío,
Porque ha empezado el estío
A deshojar su corona;

Y esas hojas, y esas flores,
De la corriente cautivas,
Van pasando fugitivas
Como recuerdos de amores.

A veces furtiva lanza
Un destello á la pupila,
Una luz que tiembla, oscila,
Y se extingue en lontananza.

Y á veces lejano suena
Un rumor que hasta el oído
Llega claro, difundido
En la atmósfera serena.

Ya es el golpe acompasado
De algun remo que voltea,
Ya es un ave que aletea
Entre el ramaje callado.

La noche está transparente,
Tibia, vestida de gala,
Y mi canoa resbala
Sobre la tersa corriente.

Y en tanto, con el desvelo
De la madre ante la cuna,
Está mirando la luna
El paisaje desde el cielo.

1876



DESOLACIÓN

Ayer aquí, sobre la muelle alfombra
Por la postrera vez arrodillada,
El alma ya en la sombra,
Y el crepúsculo eterno en la mirada, —
Suspendida en mis brazos, casi inerte,
Blanca, la pasionaria
Cuya ternura se enlazó á mi suerte,
Llamó á Dios con la última plegaria
Desde el dintel sombrío de la muerte.

Hoy, el nido vacío
Como un desierto al corazón espanta:
¡Qué soledad! ¡qué frío!
El silencio parece que levanta
Horizontes de tumba al lado mío.

¡Venid, recuerdos, y en tropel girando,
En torno á mi dolor batid las alas!
Vosotros sois la vida
Que atraviesa la muerte suspirando;
Vosotros, las escalas
Que llevan las ternuras sin consuelo,
Los adioses de eterna despedida,
A encontrar en el cielo
La caricia perdida.

Todo está como ayer: al pie del lecho,
El sillón solitario, abandonado,
Como un nido deshecho,
Ofrece á mi tristeza,
Aquí y allá, las hebras esparcidas
Del cabello dorado,
Que era como el fulgor de su belleza.

Siempre, desde el sillón á la ventana,
Se deslizaba ella,
A espiar el sol, las flores, la mañana,
Con ansias de cautiva;
Y allí, sobre la alfombra, está la huella
De su planta furtiva,
Que ha dejado mi pobre soñadora,
Como la estela de su vida, estrella
Que se apagó en la aurora.

Ese rayo de sol que se desprende
Al través de la verde celosía,
Y que á mi pie se extiende,
Es el mismo que ayer, cuando de hinojos
Mi Blanca se extinguía,
Fué á alumbrar en el fondo de sus ojos
El amor de su última mirada
Que buscaba la mía.

¡Quién pudiera llorar, como se llora
Cuando la vida, de inocencia llena,
No tiene esta ansiedad, que me devora,
Y este orgullo feroz, que me encadena!
Tal vez me acecha ahora
La risa desdeñosa, que amuralla
El dolor en el alma prisionero,
Y en un grito altanero
Trueca el clamor del corazón que estalla.

Adios, mi Blanca, adios; tú solamente
Sabes que tengo lágrimas que azotan
Con ira de torrente
Mi vida desolada.
Aquí dejo en el fondo de tu nido
El último sollozo, la postrera
Explosión del dolor que me ha vencido,
Y voy, alta la frente,
A decir á ese mundo que me espera
Que ni siquiera sé que te he perdido.

1876



LAS ENREDADERAS

Reflejando su imágen sonrïente
Sobre un arroyo que jamás murmura,
Tendían, bajo un sol resplandeciente,
Una malla salvaje de verdura
Desbordada en la límpida corriente.

Eran burucuyás: frutos dorados,
De dulce aroma y de frescura llenos,
Entre la pompa de la flor ahogados,
Mostraban, como estuches mal cerrados,
La roja pulpa en los colmados senos.

El nervioso ramaje de un seíbo,
Suspendía á las lianas en sus brazos:
Aquel rey de las islas, siempre altivo,
Atraído de amor por tantos lazos,
Inclinaba su frente de cautivo.

Sobre el tapiz con que la orilla alfombra
El camalote en flor que la engalana,
En la esbelta canoa americana
Bogábamos los dos, bajo la sombra
De aquel manto de verde filigrana.

Ibamos mudos, con el alma henchida
De un amor palpitante en el desvío
De su mirada, para mí escondida;
Las hojas nos rozaban: de rocío
Teníamos la frente humedecida.

El aire, de perfumes saturado,
El cielo azul, la luz de la mañana,
Habían nuestras almas inundado...
Yo arrebaté una flor de la liana,
Y ella cortó la flor que estaba al lado.

—¿Qué significa, —murmuró, —(tenía
Bajos los ojos, agitado el seno), —
Esta espléndida flor?—Bien lo sabía,
Pero de orgullo y de ternura lleno,
«Pasión,» la dije, y le entregué la mía.

1876



EN LA MUERTE
DE FLORENCIO DEL MÁRMOL

Florencio! amigo amado!
Hermosa y noble juventud caída
En el dintel del porvenir soñado;
De aquel hogar que acarició tu vida
De eterno desterrado!

¡Qué soledad tan triste
Nos dejas al partir, hermano mio!
La pléyade en que tu alma confundiste,
Luto por siempre viste
Y lleva en sus entrañas el vacío.

Suspiros de honda pena,
Lágrimas del recuerdo desolado,
Surgen doquiera que tu nombre suena;
¡Ya no estará jamás á nuestro lado
El joven lidiador de tez morena!

Aquel que fuera un día
Pasión de la justicia encadenada
En brazos de la infame tiranía,
¡No tiene ya la voz, ni la mirada,
Con que el derecho á combatir se erguía
En su alma sublevada!

Aquel que oyó el lamento
De Cuba la infeliz, pidiendo en vano
Alas de tempestad al mar y al viento
Para llevarle el brazo del hermano,
¡No tiene ya el acento
Que traducía el grito americano!

Aquel que en Tacna, errante,
Como un espectro del valor postrado,
En pos de la batalla, delirante,
Iba á buscar su puesto de soldado,
¡No tiene ya en el pálido semblante
Del entusiasmo el resplandor sagrado!

Es la torpe injusticia vencedora
La que su tumba ha abierto,
Mostrándole las sendas del desierto
En plena juventud, en plena aurora:
Alma de niño, pura y soñadora,
En el desplome del derecho ha muerto!

Tal vez... tal vez, en día no lejano,
Una hueste guerrera
Gritos de redención lance en el llano;
Y entonces, enlazados de la mano,
Como en los tiempos de la edad primera,
Iremos todos á decirle: « Hermano,
Álzate á bendecirla: es tu bandera, »

1881



LA NOVIA

Pasa ante mí para cantarte, diosa
Del Edén inmortal de los amores;
Pasa ante mí, magnífica y radiosa,
Rendida bajo el peso de las flores.

En tu marcha triunfal, la blanca gasa,
El tul de espumas que sobre ella ondéa,
Se animan con el fuego que te abrasa
Y en el fondo de tu alma centelléa.

El pálido azahar en luz se inunda
Y ciñe su aureola á tu cabello:
Tu lámpara de vírgen, moribunda,
Lanza á tu frente su postrer destello.

En vano blanca y vaporosa avanzas,
Tímido el paso, la mirada esquiva,
Velando tus anhelos y esperanzas,
Reina de un alma y del amor cautiva;

En vano, en vano, recoger pretendes
Las radiaciones de tu ser: te agobia
La pasión, y deliras, y te vendes,
Convulsionando tu cendal de novia.

Así es el alba, despertar sereno
De la mañana: su candor compendia
Un sueño virginal; pero en su seno
Tiene el rayo del astro que la incendia.

El cielo de la América en tu cuna
Vertió su luz de eterna primavera;
¡Y quieres con los velos de la luna
Ahogar del sol la desbordante hoguera!

En torno tuyo circular se siente
La vida que tu espíritu colora,
Y los dorados sueños de tu mente
Destellan de tu sién rayos de aurora.

Mañana, la corona desceñida,
En el hogar, henchido de embelesos...
¡Torrentes de ternura comprimida,
De caricias, de arrullos y de besos!

Si tu labio de virgen enmudece,
Ebrio de amor tu corazón no calla,
Y al golpear su cárcel, me parece
Que al fin la rompe y tu corpiño estalla.

¡Qué bella estás, estremecida y roja,
Las manos sobre el seno jadëante!
¡Qué bella estás, en tu infantil congoja
Buscando asilo bajo el tul flotante!

Me atraes y me deslumbras: yo me anego
En la luz de tu imagen ruborosa,
Y porque tienes corazón de fuego,
Sobre su altar mi corazón te endiosa.

Pasa ante mí para cantarte, pasa,
Reina de la pasión, virgen morena,
Entre la blanca nube de la gasa
Que la luz del relámpago encadena.

Pasa ante mí, con tu inefable anhelo,
Que por los goces del hogar suspira,
Y deja que en la senda de tu cielo
Flores de juventud ponga mi lira.

1875

FLOR SILVESTRE

— Niña, si tú me quieres,
Te daré el corazón, el alma toda;
Serás la más feliz de las mujeres,
Y la reina del fausto y de la moda.

— Brillante caballero,
Que así conmueve mi apacible calma;
Tan grato porvenir yo no lo quiero,
No cabe en él mi alma.

Soy niña y estoy sola,
Desamparada y triste sobre el mundo,
Donde el trabajo á la mujer inmola
Como un suelo infecundo;

Mas tengo allá á lo lejos,
En aquella chocita que se mira
Del sol á los reflejos,
En ese valle que de amor suspira,

Una prenda, un tesoro
De inefable esperanza y de consuelo,
Más hermoso que el oro
Brillando bajo el sol que alumbra el cielo.

Es un ángel... el fruto sin fortuna
De un amor desgraciado, no mentido...
¿Quiere usted que le lleve ante su cuna
A besarlo dormido?

1872

EL LAZO AZUL

Al deslizarse mi pié
Por la húmeda gramilla,
Un lazo azul con su hebilla
Esta mañana encontré.

Por cierto estaba hechicero
Entre las flores del prado,
Un rayo de sol dorado
Brillando sobre el acero.

Y apenas mi buena estrella
Me lo señaló al descuido,
Ya lo soñé suspendido
Del cinturón de una bella.

Ante aquel dulce color
Que hablaba de cielo y gloria,
Presentí una blanca historia
Llena de sueños de amor.

Pensé en la luz de la luna
Y en la fresca margarita,
Y adiviné de una cita
La suspirada fortuna.

¡Qué hermosa debió vagar
Por el llano iluminado
La virgen que á su adorado
Fué allí trémula á encontrar!

¡Cuánta imágen sonrosada
Su mente acariciaría,
Recordando el primer día
En que supo que era amada!

Bajo el vaporoso tul
De la noche suspirante,
Surge ante mí á cada instante
La dueña del lazo azul.

Y tal la llegué á entrever
Qne en medio de cien doncellas,
Todas cándidas y bellas,
La sabría conocer;

Y la diría al oído
Presentándole mi ofrenda:
«Hoy he hallado esta prenda;
Tómala: tú la has perdido.»

1873



LA CAUTIVA

De la tierra extranjera
Vendrá el gigante de las patrias glorias,
Al pié de la bandera
Que tiene su alma y guardará altanera
En urna azul su polvo de victorias.

Proscripto del destino,
Vendrá en la muerte á levantar su tienda
Bajo el sol argentino,
Y en cada ola que alzará el camino
La libertad le llevará una ofrenda.

La América al soldado
Dará las palmas de la tierra toda
Donde lloró el pasado,
Donde á la sombra del pendón sagrado
Cruzó triunfante la conquista goda!

La proa del navío
Por el laurel se sentirá sujeta,
Y allá hasta el mar bravío
Irán las ondas del Platino río
Con la caricia de la patria inquieta.

Con estraño murmullo,
Sobre los flancos del bajel severo
Pondrán amor y orgullo,
Y harán oir, á San Martín su arrullo,
Y al ronco mar los gritos del Pampero.

El gigante caído,
De aquellas olas guardará el lamento,
Porque ellas habrán ido
Sobre el abismo á conmover su oído,
Con esta endecha que les dijo el viento:

"Allá, tras la neblina
En que parece que á tocar sus brumas
El cielo al mar se inclina,
Hay una tierra que nació argentina,
Y en la borrasca se ciñó de espumas.

"A aquella tierra un día
El sol de Mayo la besó en la frente,
Y hoy llora todavía,
Perdida y sola en la extensión vacía,
Con el recuerdo de su amor ausente.

"Hija del Nuevo Mundo,
Le llama triste á consolar su pena,
Y oye sólo, iracundo,
Del Oceáno el estertor profundo
Que en el confín del horizonte suena.

"Cual víctima expiatoria,
A su cadena la amarró el pirata
De aventurera historia,
Para vengar la tempestad de gloria
Que á sus milanos desbandó en el Plata.

"Y allá gime cautiva,
Luchando en vano por romper sus lazos
Con ira convulsiva,
Con el rubor de la romana altiva
Cuando el esclavo la estrechó en sus brazos.

"Su clamoroso alerta
Todos los écos que el abismo esconde
Alza en la mar desierta,
Pero jamás la soledad despierta,
Pero jamás el vengador responde!

"Ay! el ave marina
Sabe no más lo que se queja á solas
La cautiva argentina,
Cuando le grita el huracán: *Malvina!*
Y dicen: *Falkland!* las sombrías olas.

"Ella, la compañera
De sus peñascos descarnados, sabe,
Que inerme y prisionera,
En la ansiedad del abandono espera,
Como encallada y solitaria nave;

"Que eterna sombra arroja
Sobre las cumbres donde rueda el trueno,
Una bandera roja
Que en el delirio de mortal congoja
Como una garra se clavó en su seno;

"Que el sueño del rescate
La hace vibrar como gigante lira
Templada en el combate,
Cuando sus álas la tormenta bate
Y en soplo audaz la libertad respira;

"Que la soberbia azota
Del opresor la miserable esclava,
Cantando su derrota,
Y donde quiera que su enseña flota
El estandarte de la patria clava;

"Y que ora en explosiones
De orgullo airado, su penacho agita
De niebla hecha girones,
Llamando al viento á desatar turbiones,
Y dando al rayo vengadora cita;

"Y ora pide doliente
Su inmensa tumba, su grandeza entera,
Al hondo mar rugiente,
Para perderse entre el oleaje hirviente
Con el sudario de la azul bandera!"

Así dirán airadas
Las anchas olas del Platino río,
De espuma coronadas,
Volcando flores, de la patria enviadas,
Sobre los flancos del triunfal navío.

Ay! en la urna muda
Como un recuerdo dormirá el atleta
Que América saluda;
Pero el secreto de la mar ceñuda
En cada oído lo dirá el poéta.

De su lira sonora
Saldrá perenne la canción guerrera,
Que marcha voladora,
Como la luz, á despertar la aurora,
Como la chispa, á reventar la hoguera!

1879

VISIÓN DE ENSUEÑO

Te soñé cuando niño: en torno mío
Agitabas tus alas de paloma,
Como el ángel risueño de las cunas
Que envuelve á la inocencia en su aureola.

Eras pálida entónces como el alba
Cuando en la frente de la noche flota,
Y etérea como el rayo de la luna,
Y blanca como el velo de las novias.

Al despuntar mi dulce adolescencia,
Otra vez te soñé: tierna y piadosa,
Surgías á mi paso como un astro,
Girando entre mi espíritu y la sombra.

¿ Dónde no estabas tú ? yo te veía,
Hada de mis ensueños protectora,
Ya viajera en el ála de las nubes,
Ya flotante en la espuma de las olas.

No eras pálida ya: te coloreaba
Ese tinte indeciso que eslabona
La nítida blancura de las nieves
Y el esplendor de llama de las rosas.

Después, mi juventud lanzó en relámpagos
La luz primaveral: brilló la antorcha
De los sueños de amor sobre mi frente,
Y un nuevo sol precipitó las horas.

Mi alma de poéta sintió el vértigo
Del abismo de luz; la sed de pompa
Del cielo tropical, cuando despierta
Palpitante en los brazos de la aurora.

Y te volví á soñar! visión del nido
Que tiembla bajo el manto de las hojas;
Destello del amor de una mirada,
Poéma del arrullo de las tórtolas.

Creación de la esperanza, que resume
El Edén de la vida y su corona,
En un vestido blanco ondeando al aire
Sobre un tapiz de margaritas rojas!

Eso eras tú cuando golpeó mi lira
A la puerta del templo de la gloria;
Eso eras tú cuando busqué en el cielo
El alma hermana de mi alma sola.

Hoy todavía, tu inmortal sonrisa
Entre mis lábios el suspiro ahoga;
Hoy todavía, misteriosa estrella,
Sobre la noche de mi vida flotas.

1877

AMOR DE POETA

— Recuerdas? Tu planta pisaba insegura
Las hojas caídas debajo el talar;
Mi mano oprimías con casta ternura,
Y en mundos de gloria me hacías soñar.

— Qué día tan bello!
— La tarde caía,
Fundiendo en el aire su ténue arrebol,
Y el aire dorado llevar parecía
A todas las sombras el beso del sol.

Tendido el ramaje, las hojas en calma,
El monte sombreaba tu pálida sién;
Los sueños mecían tu arrullo en mi alma...
— De tí estaba llena la mía también.

— No sé cuanta imágen cruzó por mi mente;—
¿Quién cuenta latidos? — De pronto te ví,
Absorta é inmóvil, la mano en la frente,
¡Y estabas entonces más cerca de mí!

El monte raleaba: rasgado el follaje,
El cielo filtraba su pálido azul;
Un cielo más puro que el aura salvaje,
Y más vaporoso que un manto de tul.

Fué sólo un segundo: con tierna entereza,
"Ah, cuánto te quiero!" dijiste no más,
Y luego en mi hombro tu hermosa cabeza
Cayó desplomada, tendida hácia atrás.

En lluvia de rizos tus negros cabellos
Sentí por mi espalda rodando caer,
Y en tanto mi mano jugaba con ellos,
El alma en los ojos te quise leer.

Tu dulce mirada vagaba en el cielo.
— Pensaba en las tumbas que guarda la cruz.
La muerte ¿es la nada?
— La muerte es un vuelo
Que emprenden las almas con alas de luz.

No en ella pensabas: tu faz ruborosa
A voces decía tu anhelo inmortal;
No piensa en la muerte la vírgen radiosa
Que lleva en sus venas el sol tropical.

¿En nube de espumas cruzaba el espacio
Tu nido de amores, refugio del bién?
¿Ó acaso buscabas la luz de topacio
De un astro encantado?
— Buscaba mi Edén.

— Celeste sonrisa tus lábios plegaba.
— Decía tu nombre.
— ¿ Pensabas en mí ?
— Pensaba en un goce que nunca se acaba,
Y en dos palomitas que estaban allí.

— Mi dulce adorada, ¿ porqué de mi vida
La eterna borrasca viniste á buscar ?
La gloria es relámpago de nube encendida,
¿ Lo sabes ?
— Lo ignoro : no sé más que amar.

1876



NIÑA MIMADA

Es tirano entre tiranos,
Y me manda... porque es ella;
Y es inocente, y es bella,
Como una flor de los llanos.

Es amor de idolatría
El amor que me encadena
A la sombra de su pena
Y á la luz de su alegría.

Si al lado mío la siento,
Si su vestido me toca,
Mi alma, como una loca,
Se olvida del pensamiento.

De sueños y resplandores
Inunda mi vida entera,
Porque ella es la primavera
Y el cielo de mis amores.

Y lo sabe, y es coqueta
Como la flor con la brisa,
Y es suspiro ó es sonrisa
De la ilusión del poeta,

A veces, mirando esquiva,
El corazón entristece;
Otras, rogando, estremece
Con rubores de cautiva.

La viérais! Con cuánto anhelo
De nada me hace una riña,
Y alza entre el hombre y la niña
Una tempestad de cielo!

Desdenes finje, y enojos,
Y hastío, y contrariedades;
Yo la digo... iniquidades,
Besándola con los ojos.

Y al fin, en són de ofendida,
Para que verla no pueda,
Me esconde el rostro, y se queda
Como paloma dormida.

1882

EL CANTAR DE LOS CANTARES

Lleva la nave, viajadora inquieta,
Un Edén escondido:
Son dos novios de ayer, que han hecho el nido
Donde lo haría el sueño de un poeta.

Ellos quisieron, para amarse á solas,
La errante soledad del camarote,
Y el nido, puesto á flote,
Con alas de vapor hiende las olas.

Allí está la pareja, cuyo anhelo
Unió la tierra al cielo
Con invisibles lazos,
Cuando en nombre del Dios que abre las flores
El dulce amor la aprisionó en sus brazos.

Ella, la hermosa frente
Al peso del rubor tiene doblada,
Y ha entornado los ojos, porque siente
El miedo de la luz en la mirada.

Él, se ha puesto de hinojos
Para tomar y acariciar sus manos,
Para sentir, espiándole los ojos,
Que es suya, toda suya,
La virgen de los ruegos soberanos.

Allí están, en profundo
Extasis de pasión, sabiendo apenas
Que pueda haber más gloria en este mundo
Que el beso forjador de sus cadenas.

Y en tanto que ella esconde,
Huyendo del rubor, sin saber dónde,
Sobre su pecho el rostro enrojecido,
Él traduce los besos en palabras,
Y el poema inmortal canta en su oído:

«Acuérdate, mi amada,
Del día aquel que nos unió el destino,
Cuando puso el Señor en mi camino
La promesa del cielo en tu mirada.

«Aquel hermoso día
Era un arrullo la creación entera,
Y al través de tu alma y de la mía,
Como un enjambre de alas rumorosas,
Pasó la primavera.

Yo no sé cómo fué que nos sentimos
Con sed de luz de cantos y de aromas;
Nos amamos mirándonos,
Como brotan las flores en racimos,
Y nacen en casales las palomas.

«Desde entonces, la vida,
Sonrojada en los dos, tuvo colores,
Y ofreció á la ilusión, embellecida,
Regazo azul para soñar de amores.

«¡Quién tuviera la voz de la inocencia
Para encantar las almas, evocando
De nuestro idilio la inefable historia!
¡Tanta dulce memoria
Que á nuestro corazón se está asomando!

«El tiempo aquel — acuérdate alma mía! —
Cuando en las tardes tu beldad galana
En vaporoso traje se envolvía,
Y á mí me parecía
Que era marco del cielo tu ventana;

«Cuando en el templo, lleno
De luz crepuscular, al lado tuyo
Iba á sentirme generoso y bueno,
Y á orar por mis quimeras, con el alma
Mecida por las ondas de tu seno!

Acuérdate, mi encanto,
De aquella noche de las dulces horas
Por cuya sombra suspiramos tanto!

«Cuando por vez primera
Atravesó el dintel de tu morada
Mi tímida ternura,
Que envidiaba á tus rosas la ventura
De acariciar tu negra cabellera!

«Ni en la voz de pasión con que embelesas
Mi existencia cautiva,
Hay más gritos de amor que en el relámpago
Con que me dijo ruegos y promesas
Tu mirada furtiva.

«Cuánto ideal risueño
Con sus visiones de brillantes galas,
Aquella noche acarició mi sueño,
Cuando tu imágen me cerró los ojos
Y el alma insomne desplegó las alas!

«Como soñar contigo era mi vida,
Soñé que eras de Dios hija mimada,
Un Dios tan justo y bueno,
Que tan sólo á mis besos consagrada
Te guardaba en los cielos escondida!

«En la hora nupcial del Paraíso,
La estrella del amor brilló en tu frente,
Y, porque Dios lo quiso,
Un ángel puro abandonó en mis brazos
Tu belleza inocente.

«Y eras, mi bien, tan bella,
Que no había en mi espíritu adormido
Otro rayo de sol que el de tu huella;
Y el cielo, y Dios, y el ángel, y la estrella,
Tenían el color de tu vestido!

«Acuérdate, mi gloria,
De tanta imágen dulce y sonriente,
Que despertar se siente,
Como una aurora eterna, en la memoria.

«Aquel cambio de flores á hurtadillas,
Sin que nadie nos viera;
Y aquel hallarse siempre y donde quiera
Unidas por *milagro* nuestras sillas;

«Y aquel pensar los dos la misma cosa,
Que parece mentira,
Como si fuera el alma luminosa,
Cuando el amor la mira;

«Y aquellos celos mios, que llenaban
Mi alma de relámpagos, y luego,
Vencidos por la pena de tu ruego,
En tus hermosos ojos se apagaban!

«Nunca estará lejana
De nuestro corazón, en hora alguna,
Esa bandada inquieta de recuerdos,
Que en derredor de la inocente cuna
Sus alas blancas batirán mañana.

«Hora que estoy de hinojos,
Alza tus negros ojos
Para ver el abismo de los cielos;
Alza, para mirar si son más rojos
Tus labios ó mis celos.

«Todo en torno respira
El amor y la luz: voces extrañas
Arrullan en el aire que suspira,
Y el río, como el cielo que nos mira,
Tienen besos de sol en las entrañas.

«Bésame tú también en nuestro nido:
Quiero, de encanto lleno,
Contar sobre tu labio estremecido,
Desde el primero al último latido
De ese mi corazón que está en tu seno!

«Alza, mi bien, la frente coronada
De lánguidos rubores,
Más bellos todavía que las flores
Con que teje la vírgen desposada
Su diadema de amores.

«Flota en el aire tibio
El perfume de todas las corolas;
La luz en el espacio centelléa;
Y en el blando regazo de las olas
Nuestro lecho nupcial se balancéa.

«Escóndete en mis brazos, alma mía,
Y bésame en secreto,
Que hay un rayo de sol que nos espía
Para contarlo al olëaje inquieto.

«Bésame eternamente,
Arrullando las horas de mi vida
Con tu dulce caricia enamorada,
Y te amaré rendida
Más que te amaba un tiempo suspirada.

«Sueños y desvaríos
De la dicha serena,
En ese beso eterno, mi morena,
Pasarán de tus labios á los mios.

«Y hoy, y mañana, y siempre, al lado tuyo,
Con miedo de la noche abrumadora,
Veré el día que parte,
Y entre tus brazos soñaré la aurora
Con ansia de la luz para mirarte!»

Así canta el amor, en el oído
De la novia agitada y suspirante,
El poema del nido,
Mientras la nave, errante
En alas del vapor, tiende su estela
Sobre el camino del Edén perdido.

1884



EN LA ESTANCIA

Hundióse rojo el sol, un sol de estío,
Desplegando en la atmósfera inflamada,
Tras ancha nube de color sombrío,
Su abanico de luz tornasolada.

Sobre la loma plácida y desierta,
Hendiendo el trébol, al azar vagaba,
La sudorosa frente descubierta
Para orearla en el aire que pasaba.

Del viejo rancho al lejos se veía,
Cayendo en flecos, el pajizo alero,
Y la cumbre, erizada todavía,
Del mojinete que azotó el pampero.

Bajo el alero abierta, la ventana,
Con su cortina azul, alzada apenas,
Dejaba adivinar, hosca y tirana,
Miedos de sol y rostros de morenas.

La obscura nube, por la luz herida,
Como encumbrado y solitario monte,
Destacó su silueta enrojecida
Sobre el purpúreo azul del horizonte.

Y el sol se fué. Palideció en la esfera
El incendiado rastro de su vuelo,
Y cual si chispa del incendio fuera,
Brilló una estrella en la mitad del cielo.

Lanzó la noche del brumoso Oriente
Brisas cargadas de salvaje aroma,
Que pasaron, batiendo en el ambiente
Alas de sombra azul, de loma en loma.

Inundado de súbita frescura,
El campo verde respiró contento,
Y flotó como un velo en la llanura
La vaporosa niebla de su aliento.

Después, la noche. Vacilando en ella,
Una tímida luz brilló lejana:
Nunca en la vuelta me faltó mi estrella
Tras la cortina azul de la ventana.

Torné al hogar. Mi pie se deslizaba
Sobre el trébol cubierto de rocío,
Y un mundo de luciérnagas chispeaba
Bordándolo de luz en torno mío.

Desbandaba las sombras á mi paso
Un contínuo y fugaz relampaguéo,
Cual si hubiera en el fondo del Ocaso
El temblor de un inmenso pestañéo.

A intervalos cruzaban por mi lado
Insectos zumbadores, y en mi oído
Vibraba, en el silencio prolongado,
De los grillos el áspero chirrido.

Perdidas en la sombra, de repente
Chillaban las lechuzas agoreras,
Y el chocar de sus picos, sordamente
Retumbaba en las huecas vizcacheras.

La luz del rancho me miraba en tanto
Con la dulce inquietud de su cariño,
Y mi alma evocaba con encanto
Recuerdos llenos del candor del niño.

Era el tiempo feliz en que mi mundo
Cabía en el fulgor de una mirada;
La palidez del día moribundo
Se apagaba en la rústica ramada.

Amarradas al pie de los horcones,
Rumiaban en silencio las tamberas,
Que eligieron por mansas los peones
Para ser ordeñadas por puebleras.

Una morena de rasgado ojos,
Maga de amor, ensueño de poeta,
Hacía su papel puesta de hinojos,
Con miedo y sobresaltos de coqueta.

La vaca por süave la quería,
Y se entregaba á ella: una barrosa,
Que en viéndola llegar, no se movía,
Y entornaba los ojos perezosa.

¡Cuánto afán y calor de las mejillas
A la morena le costaba aquello!
Al ponerse de pie, libre de horquillas,
Rodaba por la espalda su cabello.

Así venía, balanceando al paso
Su talle esbelto, entre la parda bruma,
Y me tendía, rebosando, el vaso
En que temblaba la crujiente espuma.

1883



RENACIMIENTO

Llega la primavera
Tendiendo flores por la verde grama,
Para que pase el dios que inquieta espera
Y en el silencio de sus noches llama.

La luz inunda el cielo,
La tierra viste sus brillantes galas,
Y el aire tibio, fatigado el vuelo,
Bajo el risueño azul pliega las alas.

Surge otra vez radiosa
La eterna juventud de sol dorado,
Que agita el corazón y abre la rosa
Con su cálido aliento perfumado.

Levántate en mis brazos,
Visión de amor de mi insaciable anhelo,
Dulce como el mecer de los regazos
Que incitan á soñar mirando al cielo.

Hermosa prometida
De las ternuras tímidas, levanta,
Y vamos juntos á cantar la vida
Bajo el palio triunfal que la agiganta.

Cantemos la alegría
De las rojas y espléndidas auroras,
Con que despierta la inquietud del día
A henchir de savia y languidez las horas;

Las sombras escondidas
En la plácida calma de los montes;
Las verdes lomas como el mar tendidas;
El azul de los amplios horizontes;

Las tardes vagarosas
Besadas por el sol desvanecido;
Las noches apacibles, rumorosas,
Como roce de plumas en el nido.

Tú, que otrora encendiste
Como un rayo de sol mi pensamiento,
Y en el fondo del alma me escondiste
El dulcísimo arrullo de tu acento;

Ven, como el bien pasado,
A acariciar mi corazón vibrante,
Sobre la alfombra de verdor del prado,
Bajo la azul inmensidad brillante.

Ven á hundir en las ondas
De esta luz inflamada, tu hermosura,
Y á desatar al sol las trenzas blondas,
Como un nimbo de gloria, en la llanura.

Mi corazón te espera
Con despertar de juventud dormida,
Que se enciende al pasar la primavera
Y florece en la frente encanecida;

Como la helada fuente,
Cautiva del invierno en la montaña,
Que se despeña en olas de torrente
Cuando brilla la luz y el sol la baña.

1900

LOS OJOS NEGROS

Fué tu mirada sola,
Beso de amor en luz desvanecido
Que dilató en mi alma su aureola,
El rayo de consuelo
Que levantó en sus alas de plegaria
Mi corazón herido,
Para encender la estrella solitaria
Que la esperanza le dejó en el cielo.

Allá en el fondo de tus negros ojos,
Desplegaba tu cándida ternura
Su aurora de sonrojos,
Y como un ala inquieta
Con las caricias de la brisa extraña,
Temblaba con mis cantos de poeta
El crespón desflocado en tu pestaña.

Cautivo de un segundo,
Dentro de mí se desbordó en latidos
Mi edén de amor... mi mundo,
Coronado de flores y de nidos,
Que erraba eternamente
Como un dios vagabundo
En los azules sueños de mi mente.

Sentí rodar la luz en olëaje
Al fondo de mi espíritu sombrío,
La pompa de su fúnebre ropaje
Desgarró mi dolor en tu mirada,
Y mi fe desolada
Te abrazó en el naufragio del vacío.

Prenda de mi rescate,
Así me alzaste, soñador caído
En la arena del último combate;
Y aún llena mi oído
El temblador murmullo
De aquel acento del amor rendido
Con que besó mis lágrimas tu arrullo.

Yo desde entonces amo
Los ojos negros, donde el alma anida,
Triste como la voz con que te llamo;
Los ojos donde mira la tristeza
Desde el abismo de pasión dormida
Que en el dintel de la pupila empieza.

Hay algo de santuario,
Como un asilo en la penumbra abierto
Al corazón doliente y solitario,
En esos ojos que el amor dilatan,
Y el velo del crepúsculo desatan
Para que baje el cielo hasta el desierto.

Caricia de la noche que suspira,
Y en el misterio tímida se queja,
Como el alma en mi lira,
Llevan en la mirada
Esa estela de lágrimas que deja
La dicha que se aleja
Con el adiós de la mujer amada.

Es en los ojos negros, soñadores,
Que ha enlutado el afán de la esperanza
Y la ausencia del sol de los amores,
Donde está prisionera
La ternura que alcanza
A ahogar en ella la creación entera.

Allí la vida toda se estremece
Y en la pasión desmaya,
Como el ave en el nido que la mece,
Y la ola en la arena de la playa.

Allí, puesto de hinojos,
Está el amor que implora;
El amor, que es el cielo de los ojos
Donde el cielo del éter se colora,
Y donde van á sonrosar sus tules
Esas nubes azules
Que se incendian al rayo de la aurora.

Allí tiembla y palpita,
Como el rubor en el ardiente beso
Que el corazón al lábio precipita,
Algo desconocido
Que guarda el alma en el misterio opreso
Como un recuerdo del Edén perdido.

En la negra pupila
Languidece la luz de la mañana:
Ella sólo es hermana
De la tarde tranquila
Que con flores dormidas se engalana.

Es que está siempre en ella
Con sed de amor en oración la vida,
Suspirando su tímida querella;

Es que es urna de lágrimas henchida,
Y el rojo sol la lágrima evapora;
Es que, como la noche, ama la estrella,
Y la estrella se muere con la aurora.

Toda orfandad de cielo
Y toda soledad desamparada,
En ella siempre abismarán su duelo:
Nunca tendrá el consuelo,
Para besar el alma, otra mirada.

1879



LAS GOLONDRINAS

Son ellas! Son las viajeras,
Que despiertan con su vuelo
La luz, el aire y el cielo
De todas las primaveras;
Son ellas, las mensajeras
Del amor desconocido,
Que van buscando el oído
De la virgen soñadora,
Para cantarle, á la aurora,
Las dulces noches del nido.

1883



SOLEDAD

Muchas veces, cual antes, he venido
A vagar solitario por aquí,
Donde tanto recuerdo hay escondido,
Donde cada rumor, como un latido,
Suena dentro de mí.

Sollozante en el alma, lejos de ella,
El eterno lamento de mi fé,
He buscado, al pasar con mi querella,
Sobre las sendas húmedas la huella
Furtiva de su pié;

He buscado en la arena, junto al rio,
La cifra que á hurtadillas escribió
Enlazando su nombre con el mio,
En las doradas tardes del estío
Que el tiempo se llevó;

He buscado en la rama cimbradora,
Que balanceaba el viento sin cesar
Como un dosel de sombra arrulladora,
El nido aquel de la torcaz, que otrora
Nos hacía soñar.

Ay! aquí los recuerdos del pasado
Flotan como girones de crespón
Que un soplo de borrasca ha desbandado:
Todo, hablándome de ella, me ha enlutado
De ausencia el corazón.

Allá cuelga la verde enredadera
De las ramas del árbol, como un chal
Que arrojara la diosa Primavera,
Para emprender con rápida carrera
Su camino triunfal

Allí agobia al chañar de nuestras citas
El florecido manto de su sien;
Allá frescas, vivaces, infinitas,
Tienden al sol las rojas margaritas
La alfombra de mi Edén.

Allá un grupo de sauces soñolientos
Mira á sus piés las olas resbalar
Con el último beso de los vientos,
Y su sombra, con blandos movimientos,
Se deja columpiar.

Allá cruza serpeando misteriosa
La senda predilecta de los dos,
Donde á mis sueños la ilusión dichosa
Abrió sus alas de color de rosa...
¡Donde me dijo adios!

La misma esplendidez tiene el paisaje,
La misma luz, la misma juventud;
Siempre verde y lujoso está el follaje;
Siempre mueve su seno el oleaje
Con igual inquietud.

Pero falta mi virgen al santuario,
Y hoy circula en las frondas el rumor
De un eterno sollozo solitario;
Hoy, hasta el cielo azul, como un sudario
Cubre tanto esplendor.

La ausencia está en mi alma! Nada alcanza
A llenar tan horrible inmensidad,
Y arrastro, sin mi estrella en lontananza,
Enferma de tristeza la esperanza
Por esta soledad.

1879



ALMA!

Decís que todo muere! — Yo me siento
De linaje inmortal.— Decís que un día
Se extinguirá mi espíritu en la nada,
Como un eco en el viento!
Yo sé que el infinito es la jornada
De todo pensamiento.

Decís que solamente
Queda de pie la ciencia vencedora;
Que el progreso los templos ha cerrado;
Que ante el siglo, torrente
De las supremas cumbres despeñado,
Retroceden los dioses del pasado
Con el pavor del vértigo en la frente!—

Y bien! yo creo aún. Suele en los huecos
De la peña sombría
Que azota el cierzo y el torrente baña,
Desplegar su risueña lozanía
La flor de la montaña.

Creo en el alma, y creo
En su inmortal destino,
Que abre la inmensidad ante mi anhelo,
Como un rumbo divino.
Si no tuvieran la amplitud del cielo,
Las alas oprimidas en la tierra,
¿Adónde irían á tender el vuelo?

La muerte, para mí, no es más que un paso
Hacia la eterna luz, en que la vida
Se baña y se colora:
Se duerme, como el sol en el ocaso,
Y se despierta en brazos de la aurora.

Habláis de ciencia! ¿En nombre
De qué principio amuralláis de tumbas
El porvenir del hombre?
¿Es acaso la ciencia
Una deidad sombría
Que desploma y apaga en la conciencia
La misteriosa estrella que la guía?

Nó, no es la ciencia humana
El pavoroso espectro de la duda
Que huye siempre ante el sol de la mañana,
Llevándose en su marcha bamboleante
La eterna noche en la pupila muda.

Es ella la que vierte
En el fondo de todas las tinieblas
La inmensa claridad desconocida;
La que enciende en el seno de la muerte
La antorcha de la vida.

Es ella la que aduerme cariñosa,
En el combate del dolor, la queja
De la carne angustiada;
Es ella la que deja
Tachonado de estrellas el camino
Que recorre en el éter su mirada.

Luz! siempre luz! ¿En dónde
Se encuentra, pues, vuestro ideal sombrío?
¿En qué ignorada lobreguez se esconde?
No queda en los profundos
Abismos del vacío,
Un rincón misterioso que no sea
Senda triunfal de soles y de mundos.

¿Pero es verdad acaso
Que traducís la convicción sincera,
Cuando llamáis al alma una quimera,
Y delirio á la fé, y á Dios la nada?
No tenéis ni siquiera
Una lógica honrada.

Yo en la noche he oído
De vuestra voz el desolado acento,
Llamando á la que fué gloria y contento
Del solitario nido.—
¿Para qué la llamáis, si se ha perdido
Como un eco en el viento?

Yo os he visto ante el lecho en que moría
El hijo idolatrado,
Amenazar al cielo
Con el puño crispado
A cada convulsión de su agonía.—
¿A quién amenazáis, si allá en la altura
Reina la nada en la extensión vacía?

Es que lucháis en vano
Por ahogar entre muros de granito
Los vuelos de infinito
Que hay en el fondo del cerebro humano.

Vuestra duda febril, de sombras llena,
No llegará jamás á donde alcanza
La fé, blanca y serena,
Que conduce en sus alas luminosas,
Al través de la noche, la esperanza.

1884



SIEMPREVIVA

Cuando partí, su corazón ya mío
Lanzó su vida de mi planta en pos:
Aquel nido de amor quedó sombrío
Como tumba sin lágrimas... vacío
Como el alma sin Dios.

¿Por qué mi paso errante en su camino
No se desvió del rancho de su hogar,
Cuando triste, y doliente, y peregrino,
El martirio de amor de mi destino
Arrastraba al azar?

Fuí tan cruel! Mis ojos con empeño
La envolvían en rayos de pasión,
Para arrancar á la quietud del sueño
Su ternura de tórtola sin dueño
Dormida en su prisión.

Tenía la inocencia, esa fortuna
Reservada á los pobres del saber,
Y á quince años, el sello de la cuna
Guardaba aún, sin inquietud alguna,
Su alma de mujer.

Me amó por fin: con lánguida mirada
Buscó la mía su pupila azul;
Como el sol que corona una alborada,
El amor en su frente inmaculada
Tendió su rojo tul.

Por las tardes vagábamos unidos,
Rozando mi tostado á su alazán:
Ella, trémula siempre ante los nidos,
Con tumultuoso oleaje de latidos
Revelaba su afán.

Muchas veces á mí se adelantaba,
Lanzando á la carrera su corcel,
Y una rama á los molles arrancaba:
—¿La quieres para tí?—me preguntaba,—
Se parece al laurel!

O si no, con las flores de los tolas,
Miniaturas de nácar del jazmín,
Que en racimos abrían sus corolas,
Tachonaba sus trenzas, dueñas solas
Del agreste jardín;

Y radiante de júbilo venía
Su victoria en mis ojos á buscar:
—¿No es verdad que estoy bella,—me decía—
Que soy tu sueño, que tu lira es mía,
Que me vas á cantar?

Otras veces las cuestas empinadas
Ascendía, siguiendo el caracol
De la senda tortuosa en las quebradas,
Cubierta con las alas desplegadas
De su gorra de sol.

El vaivén de su cuerpo en la montura
Revelaba abandono y languidez:
Se doblaba su mórbida cintura
Como rama de sauce que asegura
Dos nidos á la vez.

Yo entonces la seguía; y orgullosa
De guïarme en la marcha: — Por aquí!
Repetía mil veces afanosa,
Y agregaba entre audaz y ruborosa:
— No tan lejos de mí!

Pensativa otras veces, como inquieta
Del abismo sin luz del porvenir,
Parecía á mis sueños de poeta
Estrella de crepúsculo, sujeta
A temblar... y á morir.

Entonces de las manos me tomaba,
Me atraía hacia ella, y sin querer
Su secreto en mi oído abandonaba:
— Esa pampa tan verde, — murmuraba —
Qué hermosa debe ser!

Y qué tierna! y qué bella! no colora
Al cielo el sol como el amor su faz;
Su sonrisa era el beso de una aurora,
Su palabra, caricia tembladora,
Arrullo de torcaz.

Todo pasó: la arena del camino
Marcó otra vez la huella de mi pié,
Y triste y solitario y peregrino
Con la sombra inmortal de mi destino
Del valle me alejé.

Fuí cruel, muy cruel! Alma perdida
En la noche sin astros del dolor,
Al amor sollozante de mi vida
La inmolé sobre el ara conmovida
Por mi eterno clamor.

Ah! pero en vano amuralló la ausencia
De mi memoria el enlutado altar:
¡Mártir de mi delirio y tu inocencia,
Dios te ató en aquel día á mi conciencia:
No te puedo olvidar!

Tu adiós, tu último adiós, vibra en mi oído
Como el eco tenaz de la expiación,
Y triunfante del tiempo y del olvido,
Tu blanca imágen arrullando el nido
Es mi eterna visión.

Córdoba, 1877



GERVASIO MÉNDEZ

En larga noche de duelo
Cruzó el poeta la vida,
Con la fé jamás vencida
De las visiones del cielo.
Sintióse alado, y el vuelo
Tendió sobre sus dolores;
Cantó glorias, cantó amores,
Amarrado á su cadena,
Y fué la muerte serena
Su primer lecho de flores.

1897



CLARO-OBSCURO

Un rayo de sol dorado
Deslizó en el cuarto obscuro,
Al través de las rendijas,
Sus claridades de triunfo.
Todas las sombras huyeron,
Todas... menos la que puso
En cada rincón del cuarto,
Triste, desolado y mudo,
El sueño de amor de otrora
Al desvanecerse en humo.
Al pié del lecho en desórden
Había ropas de luto,
Y á la cabecera, puesta
Por consuelo y por escudo,
Una vírgen dolorosa
En la soledad del muro.
La madre estaba dormida,
Como duerme el infortunio,
Con lágrimas desbordadas
En los ojos, y en tumulto
Agolpados los suspiros
A los lábios, por ser muchos.
Sobre su brazo enarcado
Tenía un ser diminuto,
Con la cara envuelta en rizos
De crespos cabellos rubios.

Pero el niño no dormía:
Sus ojos de azul profundo
Espiaban llenos de encanto
Sobre lo blanco del muro,
El rayo de sol inquieto,
Con ansias de hacerlo suyo.
En el afán de alcanzarlo,
Con impaciencias de júbilo,
Batía brazos y piernas
Sobre su nido seguro;
Y ora extendía en el aire,
Bien apretados los puños;
Y ora golpeaban el lecho
Sus taloncitos desnudos,
Blancos, rosados, lucientes,
Como pelones maduros.

1899



INVIERNO

Las hojas han caído;
Las angulosas ramas se bifurcan
Sobre el pálido azul del horizonte,
Y sólo queda, del amor, el nido
En la desnuda soledad del monte.

Es que del verde inquieto
Faltó el dosel á las vibrantes alas
De rubor y pasión estremecidas,
Y el amor es un tímido secreto
Que se cuenta en penumbras escondidas.

Las gotas del rocío
Destilan como lágrimas, mojando
Del árbol mustio la alfombrada planta,
Olvidadas del sol, pálido y frío,
Que arrebujado en nieblas se levanta.

Y al viento se abandona,
Urna de amor, entre el ramaje helado,
El nido melancólico y desierto;
Es la eterna esperanza: es la corona
Que en brazos de la cruz guarda su muerto.

1888

EN EL ALBUM

DE FEDERICO GAMBOA

Fuí tu amigo desde el día
Que á la tierra de mi hogar
Le trajiste de la tuya
El saludo fraternal;
Que quien siente sus grandezas
Y la viene á visitar
Tiene siempre en nuestras almas
Homenaje de amistad.
Después, quiso la fortuna
Que se echaran á volar
Tus anhelos y los mios
En abierta intimidad;
Y si amante de mi patria
Te quería como á tal,
Cariñoso compañero
Te he querido mucho más.
Sé que tienes noble el alma,
Que es tu lema la lealtad,
Que ambicionas como altivo,
Y es de cumbres tu ideal.
De esa estirpe y esa talla
Son aquellos que me dán,
Con el nombre del amigo,
El calor de la amistad.

A un amigo, tú comprendes,
No se deja así no más,
Con las alas siempre inquietas
Como un pájaro en el mar.
Yo he pensado, y he buscado
El secreto de este mal,
Y aquí pongo el voto mio
Que lo puede remediar:
"Quiera Dios que una porteña
De inquietante vecindad,
Te cautive y te asegure
En la trampa del imán;
Y te quiebre por el eje
En las gradas de un altar,
Y te dé su amor por cárcel,
Y te obligue, por final,
A escribir, contra *Apariencias*,
Las *Memorias de un papá*."

1893



LOS POETAS

A Carlos Guido y Spano

I

Pasaron ya los tiempos
De la fuerza brutal divinizada;
Crepúsculo del alma y de la historia,
En que todas las sendas del progreso
Se abrían con empuje de victoria
Sobre el rastro sangriento de la espada.

Hoy es del pensamiento
El imperio del orbe. En las serenas
Regiones de la luz, cima de escombros
Es el conquistador, héroe ó verdugo;
El gran Napoleón hoy puede á penas
Servir de pedestal á un Victor Hugo.

II

Ya no ciñen el casco de la guerra,
Ni la tiara del César, como otrora,
Los dioses de la tierra.

Los héroes de la estirpe soberana,
Los astros del eterno centelleo,
Nacen hoy de la raza soñadora
Que dió á Franklin las nubes por pëana
Y el cielo por dosel á Galileo.
Ellos van, en la marcha redentora,
Al frente de la inmensa caravana:
Ellos tienen el cetro de la aurora
Para guïar á la conciencia humana.

III

Llamadles sabios ó poetas: nunca,
Sombras ni tempestades
Podrán borrar la estela luminosa
De su paso al través de las edades.

Ni morirán jamás, mientras se vea
Una estrella en los cielos encendida,
Y el alma sienta y crea,
Y flote la ilusión sobre la vida;
Mientras el fuego del amor fecundo
Guarde en un corazón, en uno solo,
La juventud y el porvenir del mundo.

IV

De pié sobre las tumbas del pasado,
Vencedor de la muerte y del olvido,
El trovador errante
Canta aún en las almas la grandeza
Del eterno idëal desconocido:

Y en la lejana soledad vibrante,
Con su laúd de mágico sonido,
Despierta las leyendas misteriosas
Que el mundo antiguo le contó al oído.

Asilado en los viejos torreones,
Surge aún de las ruinas del castillo
El sollozo inmortal de sus canciones;
Y en la noche, á los rayos de la luna,
En medio de armaduras y trofeos,
Le vemos todavía
Vagar con sus brillantes devaneos,
Sin nombre, sin hogar y sin fortuna,
Sonámbulo de amores y torneos.

V

En el ara del Cristo condenada
A eterna proscripción y eterno duelo,
La raza de Judá cruza la vida,
Maldita y perseguida,
Sin patria ni en la tierra ni en el cielo.
Pero en vano los siglos á los siglos
Transmitirán el bárbaro anatema,
Para extinguir su nombre en la memoria,
Y arrancar de su frente la diadema
Que en la cuna del mundo
Tejió el Señor con rayos de su gloria.

Los salmos del Profeta
Serán siempre la voz de la esperanza,
Alzada sobre todos los dolores;
Y en el beso de todos los amores,
Y al compás del balance de las cunas
En el fondo de todos los hogares,
Resonará esa música del cielo
Que se llama *El cantar de los cantares.*

VI

Mucho pueden los nobles soñadores
De anhelos imortales;
Los del altivo espíritu encendido
Por la fé de los grandes idëales.

Es el clamor de plácido y Zenéa
El que nos ata al corazón cubano;
Y del Plata hasta el golfo mejicano,
La maldición de Mármol centelléa
En el cerebro insomne del tirano

VII

Mucho pueden los nobles soñadores:
Ora llenen de insólitos ruïdos
La quietud de la pampa solitaria,
Para abrirla al amor y á la plegaria
De los lejanos pueblos oprimidos;
Ora canten con *Nénia* la grandeza
Y el glorioso dolor de los vencidos;

Ora vuelquen en versos centelleantes
Los himnos de victoria,
Que empujan á los pueblos, delirantes,
Al martirio, á la muerte y á la gloria;
Ora suban con alas de entusiasmo
Sobre abismos, torrentes y neblinas,
A sonar el clarín de Chacabuco
En las cumbres andinas.

VIII

Amemos los poetas, que levantan
El alma con su lira;
Son ellos los que animan y agigantan
Las viejas tradiciones:
Los que sueñan y cantan
El destino inmortal de las naciones.

Y cuando llega el día
Del dolor y la sombra, — eternamente
Lo dice Mármol en la pátria mía: —
Para agitar en plena servidumbre
Con soplos de huracán el alma inquieta
De la torva y postrada muchedumbre,
La diosa Libertad tiene una cumbre:
¡La frente del poeta!

1899

EL VOTO

(FRAGMENTOS DE UN POEMA)

FRAGMENTO PRIMERO

I

En la agreste región de San Lorenzo,
Allá, donde la espada
Del guerrero inmortal abrió el camino
De la inmortal cruzada;
Donde apartando montes y riberas
El Paraná, tendido,
En ámplia curva el horizonte ensancha,
Y agita envanecido
Sus túrbias olas en soberbia cancha;

A la margen del río suspendida
Sobre la alta barranca,
Como garza dormida,
Asomaba entre talas y algarrobos
Una casita blanca,
Por el ramaje á medias escondida.

Alli vivia con sus tiernos hijos
Y la tristeza de un pesar profundo,
Una mujer que otrora
Feliz y hermosa se llamó en el mundo.

Esposa y madre, le robó la suerte
Al compañero amado,
Que en la defensa heróica del pasado
Halló en el campo de Pavón la muerte,
Y á aquel rincón aislado,
De amor y llanto el corazón repleto,
La viuda del soldado,
Diciendo adiós al porvenir soñado,
Se llevó su dolor como un secreto.

Allí, con Dios á solas,
Del pasado feliz lloró la ausencia,
Y al arrullo del viento y de las olas
Dejó correr la mísera existencia,
Hasta que al fin la dominó la calma
De la llanura plácida y tranquila,
Y de la roja y húmeda pupila
El llanto del dolor tornóse al alma.

II

En su triste aislamiento
Sólo dos goces para ahogar tenía
De la dicha perdida el sentimiento:
Saber que allí, vigor y lozanía
A sus pálidos niños prometía
Del aire puro el generoso aliento,

Y sentir que hasta ella se extendía,
Como un ala invisible y protectora,
La sombra de la cruz que coronaba
La solitaria torre del convento.

Si en otros tiempos, de su dicha ufana,
Fué para ella apenas
La dulce religión, cumbre lejana
Perdida entre las niebles luminosas
De la esperanza humana;
En medio de su duelo
Se dió á ella fanática, encendida
La tibia fé por insaciable anhelo:
Y es que toda ilusión desvanecida,
Proscripta de la tierra, busca el cielo.

Despierta con el alba cada día,
La luz del sol naciente
Postrada ante el altar la sorprendía,
Y era el dulce rumor de su plegaria
El primer cuchichéo misterioso
De la iglesia vacía.

Orar, orar sin tregua, era su encanto;
Orar, hasta que Dios compadecido
La uniera á aquel que la quería tanto,
Y borrando el dolor de su memoria,
La dejara otra vez hacer su nido,
Humilde y escondido
En algún rinconcito de su gloria.

Después que la oración la consolaba,
De vuelta en el hogar, en cada lecho
Con un beso á los niños despertaba;

Y al contemplar las cabecitas rúbias
Que entreabriendo los ojos deslumbrados
La espiaban con sonrisa juguetona,
El alma sin querer se le volvía
Al templo, y suspiraba,
Pensando en los hogares desolados
Donde baja la muerte
A robar á las madres su corona.

III

Fatal presentimiento!
Honda visión del maternal cariño,
Que ante la cuna plácida del niño
Descorre el porvenir al pensamiento!

Un día ¡eterno día!
En vano al templo la llamó en el viento
La voz de la campana;
Que la madre infeliz, puesta de hinojos
Junto al lecho del niño, no la oía,
Y la risueña luz de la mañana
Le sorprendió en los ojos
Insomnio y llanto y vaguedad sombría.

El niño estaba enfermo!
El niño iba á morir! — Con soplo ardiente
La fiebre abrumadora
Sus alas rojas le batió en la frente,
Y apagó vencedora
Cuantas sonrisas ensayó la aurora
En la pálida faz del inocente.

Plegado el vuelo en la quietud del nido,
Como un pájaro herido;
Secos los labios, jadeante el pecho,
Postrado, inerme, en el revuelto lecho,
Bajo el dosel de las cortinas blancas,
Por largas horas se quejó dormido;
Y cuando el sol de la serena tarde
Hundió el inmenso disco enrojecido
Tras de la verde loma,
El niño, sin afan y sin tristeza,
Entregó con dulcísima entereza
A la muerte su cuello de paloma.

IV

¡Tremenda fué la prueba!
¡Mudo el dolor sin lágrimas!
Para el materno corazón desierto,
Hasta el consuelo de llorar se lleva
Consigo el hijo muerto!

Tremenda fué... Dudaba todavía
Ante el abismo de repente abierto
Donde cayó su última esperanza,
Y ya el segundo niño, el que tenía
La inquietud de los verdes picaflores,
Galanes del jazmín de la ventana,
Sobre el lecho fatal mústio yacía
Con los azules ojos brilladores
Cerrados á la luz de la mañana

Era la misma fiebre abrasadora,
La misma postración desesperante,
La misma queja en el sopor del sueño;
Y en la tarde también, en esa hora
En que baja del cielo á la llanura
La sombra suspirante,
Tranquilo, sin dolor, casi risueño,
Se durmió para siempre; y la ternura
De la madre angustiada,
Y las flores silvestres, y los nidos,
Se quedaron sin dueño.

V

Cuando el tercero, el último pedazo
De cielo azul que le quedó en el mundo,
Desmayado á su vez en el regazo
De la fiebre traidora,
Se entregó á la caricia embriagadora
De aquel sueño profundo
Que era como el dintel de la partida,
La madre, enloquecida
De dolor y de espanto bajo el peso
De tanta desventura,
Huyendo del hogar, sola y perdida,
Se echó á vagar sin rumbo en la llanura.

Andaba, y no sabía
Porqué ni para qué: con vano intento
Desgarrar pretendía
La torva lobreguez del pensamiento;
Que toda el alma suya parecía
Nube de tempestad que arrastra el viento.

Vibrante el corazón, con ánsia loca
De arrojar á la calma del espacio
Sollozos y gemidos,
Sentía alzarse en la agitada mente,
Como viejos rencores escondidos,
La ira por la luz indiferente,
Y el odio por los campos florecidos.

Así, marchando siempre á la ventura,
Llegó como atraída
Por extraña visión del alma obscura
Al templo del convento;
A aquel templo, guardián de sus tristezas,
Donde asiló sus horas de amargura,
Y en las notas del órgano sonoro
Oyó la inmensa voz del firmamento.

Bajo la nave, llena
De fresca paz y soledad serena,
Sintióse de repente
Devuelta á la razón; en su memoria
Surgió, roto el encanto,
El cuadro horrible del hogar vacío,
Sin él, sin ellos, sin amor, sin gloria,
Sin nada más que su dolor sombrío!

Y el llanto, el dulce llanto,
Del alma enferma bienhechor rocío,
Cayó sobre las sombras de su duelo,
Como una de esas lluvias del estío
Que funden á su paso las tormentas,
Y que en hebras de luz bajan del cielo.

En su labio, febril y tumultuosa,
Estalló la plegaria enmudecida;
Un no sé qué de santa confianza
Abrió ante ella la senda luminosa
De la eterna piedad en lontananza,
Y de altar en altar, desfallecida,
Arrastró de rodillas la esperanza.

VI

Lloró, rogó: la solitaria nave
Se llenó del clamor de su lamento,
Y con la fé que mueve las montañas
Como un soplo divino,
Al dolor, á la muerte y al destino,
Opuso la humildad de un juramento.

Juró, si el hijo de su amor vivía,
Que á Dios consagraría
Del niño enfermo la existencia entera,
Y en el ara del templo inmolaría
Los sueños de la loca fantasía,
Y del amor la espléndida quimera.

Juró más todavía:
Juró llevar en hábitos de duelo
Amortajada siempre su hermosura;
Y juró que si un día en su camino
Algún hijo sin madre abandonaba
La voluntad del cielo,
Hijo suyo también se llamaría
Aquel hijo sin madre y sin ventura.

Y en la cuna del huérfano pondría
Tanto dulce calor de sus entrañas,
Que le haría olvidar que eran extrañas
La ternura perdida y su ternura.

VII

Cuando volvió al hogar desamparado,
Era la tarde ya: triste y serena,
Como el recuerdo del dolor pasado,
Velaba al pié de las cortinas blancas
La muda soledad de sombras llena.

La pobre madre, en el silencio horrible,
Sintió á la muerte en derredor del lecho,
Y con las manos oprimió hasta ahogarle
El corazón que le golpeaba el pecho.

Creyó morir: terrores de agonía
Agolparon sollozos y tinieblas
En aquel corazón hecho pedazos;
Pero la fé con súbita energía
La levantó en sus brazos,
Y apartó las cortinas de repente
Con fiebre de ilusión. — Allá en el fondo,
La desmayada luz besó una frente
De rizos coronada;
Y vió, loca de encanto y de alegría,
Que el niño la buscaba y sonreía
Con lágrimas de ausencia en la mirada.

FRAGMENTO SEGUNDO

I

Bajo el azul de un cielo transparente
Brillaba la mañana,
Húmeda de rocío
Y chispeante de luz, sonriendo ufana
A la inquietud del río,
Y quebrando en la trémula corriente
Los rayos de su sol, un sol de estío.

Flotaban sobre el tímido oleaje
En las aguas del *Tigre* los vapores,
Como girones de rasgado encaje,
Y en álas de la brisa pasajera,
Columpio de las flores,
Huían, mojando el paso en la ribera
El lánguido follaje
De los sedientos sauces cimbradores.

Cual lejano rumor de catarata
Dispersado en el viento,
La ronca voz del Plata
Como un redoble en el confín se oía;
Esa voz del abismo soñoliento
Que despierta á las olas cada día.

Efluvios de perfume, desprendidos
De toda la amplitud del horizonte,
Pasaban en el aire, confundidos
Con la música eterna de los nidos
Ocultos en el monte.

La vida, desbordante
De juventud y brillo y primavera,
Circulaba en redor, engalanada
Como una novia errante.
En la atmósfera pura,
¡Cuanta luz inflamada!
En la verde ribera,
Por el viejo sauzal amurallada,
¡Cuánto alegre rumor, cuánta frescura!

Surgiendo del paisaje sonrïente,
Blandos susurros, mágicos sonidos,
Poblaban de caricias el ambiente,
Como el éco de arrullos escondidos
A la sombra del monte, en los ribazos,
Donde besaba el junco á la corriente
Desmayada en sus brazos.

II

El *Cisne* iba á partir: su casco entero
Con el ronco estertor se estremecía
Del vapor prisionero,
Que inquieto y jadeante,
En la cárcel estrecha comprimía
Su aliento de gigante.

Súbito en silbo ardiente
Arrojó al aire un grito,
El grito de su cólera impaciente,
Y salvando la válvula, que abría
Paso á la libertad y al infinito,
Con un salto de fiera
Se lanzó sobre el émbolo indolente,
Y lo arrastró rugiente
En el vértigo audaz de su carrera.

El *Cisne*, con nerviosa sacudida,
Se desprendió del viejo fondeadero,
Balanceando su mole conmovida;
Batió las rojas palas,
Y ceñido de espumas bullidoras,
Hendió las ondas y partió ligero,
Semejante á esas aves pescadoras
Que vuelan empapándose las alas.

III

Cubría la toldilla
Inquieta muchedumbre de viajeros,
Que miraban, en grupos placenteros,
Cómo huían los sauces con la orilla,
Dejando á trechos asomar, esquivo,
Tras el verdor risueño de sus hojas,
Como un breve relámpago furtivo,
Un ramo encantador de flores rojas
Sobre la oscura copa de un seíbo.

Todos, con sed de luz en la mirada,
Contemplaban los juncos, que abatían
Al paso de la ola desbordada
Sus tallos tembladores;
Las aguas tumultuosas, que subían
Con empuje de asalto á la ribera,
Y luego descendían
En cascadas henchidas de rumores;

Las deshechas espumas que azotaban
Los flancos de la nave,
Y girando en la estela se alejaban
Cautivas del hirviente remolino;
El vuelo tarde y grave
De alguna blanca garza soñolienta;
El humo negro, en fín, que en torbellino
Corría sobre el agua y sobre el monte,
Y remedaba nubes de tormenta
En el vago confín del horizonte.

IV

Al pié de la bandera
Que oscilaba en la popa, y parecía
Un ála fatigada,
Movida por la ráfaga postrera
Del huracán que la azotó en la altura,
Un sacerdote había
De negra vestidura,
Recogido en la sombra, la mirada
Vaga é inmovil, contemplando á solas
La cinta de la estela desplegada
Sobre el tumulto de las turbias olas.

Cual la noche y la aurora,
Se tocaban la luz y la tristeza
En su desnuda frente pensadora,
Llena de majestad y de grandeza;
Una frente encendida
Por implacable anhelo,
Como si allí asomara,
Con su clamor de juventud, la vida,
Cautiva eterna en la prisión del cielo.

Ni un rumor, ni un acento,
De los que en torno resonar hacía,
Inquieta como enjambre en movimiento,
La alegre multitud, le conmovía;
La sola voz que oía
Estaba allá, en su insomne pensamiento,
Y en actitud de soñadora calma,
Refugiado en el fondo de sí mismo,
Diríase que balanceaba el alma,
Con goce extraño, sobre el hondo abismo.

A veces en su frente,
Jugando con el aire, se plegaba
La bandera indolente;
Y aquella frente entonces se animaba,
Y súbito se erguía
Nerviosa y altanera,
Cual si la estremeciera
El beso de la gloria que pasaba.

Otras veces, del monte desprendido,
Un arrullo salvaje de palomas
Llegaba con la brisa susurrante
A cantar el amor junto á su oído;

Y entonces la mirada
Del pobre soñador, entre las olas
Se hundía desolada,
Cual si buscara en la corriente el nido

V

El fúnebre ropaje,
La doliente actitud, el aislamiento
De aquella melancólica figura,
Que cortaba el azul del firmamento,
Proyectando su sombra en el paisaje,
Al fin se apoderaron
De cada pensamiento
Con absorta fijeza,
Y los ojos de todos se clavaron,
Inundados de luz, en su tristeza.

En las almas vulgares
La alegría es crüel: ella no tiene
Esa penumbra azul de los altares
Con que vela la dicha ruborosa
Su Edén al infortunio;
Ella no se detiene,
Tímida y silenciosa,
Como un angel de paz y de consuelo,
Ante el dolor que á entristecerla viene
Con su eterno reproche;
Ni tiende, como el cielo,
Los brazos del crepúsculo á la noche

La nube que limita
Su horizonte de luz, desencadena
Su cólera infantil, y en risa estalla,
Y pasa sobre el duelo que la irrita,
Como en los viejos tiempos de la historia,
Después de la batalla,
Cruzaban, de oro y púrpura cubiertos,
Los carros de victoria,
Sobre la sangre tibia de los muertos.

VI

Curiosidad primero,
Y cólera después, en torno suyo
Despertó el solitario,
¿Por qué estaba sombrío.
En medio de la luz que en cada hoja
Inflamaba la gota de rocío?
¿Quién era ese agorero
De desgracia ignorada,
Esa ave negra que miraba al río
Como una tempestad encadenada?

Un fraile! era un presagio;
¡Y allí, sobre la borda suspendido,
Como lúgubre heraldo del naufragio!
Murmullos de amenaza
Dejó escapar un labio enardecido,
Y le siguieron otros, y en tumulto,
Cada vez más hiriente, más acerbo,
Entre sonrisas se elevó el insulto,
Hasta que alguno le azotó el oído
Con un grito brutal: «Al agua el cuervo!»

Volvióse el soñador: Paseó iracundo,
Como león que el látigo despierta,
Una mirada de estupor profundo
Sobre la turba hostil; buscó el ultraje
En los labios risueños, en los ojos
Fijos en él con avidez salvaje,
Y bajo el soplo ardiente
De aquella tempestad, tornó á la calma,
Cruzó los brazos y esperó de frente.



LA ROSA BLANCA

POEMA DRAMÁTICO EN TRES ACTOS

ESTRENADO EN EL TEATRO DE LA OPERA EL 16 DE JUNIO DE 1877

A JUAN CARBALLIDO

Hace muchos años que la amistad nos une, esa amistad de la adolescencia que en la edad viril se confunde con los afectos fraternales.

Este sentimiento me impulsa á dedicarte mi primer obra dramática.

Es una pobre ofrenda que no puede presentar en su apoyo sinó la benevolencia con que el público de mi patria la ha recibido en la escena, y el espíritu de amor á la literatura argentina que la ha producido.

MARTÍN CORONADO.

Personajes		Actores
IRENE	STA.	TULA CASTRO
ADELA	SRA.	MATILDE MACÍAS DE CORTÉS
GASPAR, JOVEN MÉDICO	SR.	HERNAN CORTÉS
MAURICIO, ESPOSO DE ADELA	..	MARIANO RUIZ
RAMÓN, PRIMO DE ADELA	..	JOSÉ NAVARRETE
BRUNO, JARDINERO	..	FERNANDO CUBAS

La acción pasa en la Provincia de Buenos Aires

ACTO PRIMERO

Jardín cubierto de flores y arbustos, con calles que se estienden en todas direcciones: la del centro es recta y termina en una escalinata de mármol, sobre la cual se levanta la casa de campo de Mauricio, que cubre el foro con su fachada anterior. En el centro de esta fachada, en la parte baja, hay una puerta de hierro, á través de la cual se descubre un patio enlosado: en la parte alta, se vé una serie de balcones entreabiertos. Bancos rústicos, etc.

ESCENA PRIMERA

ADELA GASPAR

Adela — Le aseguro á usted, doctor,
que esa locura me extraña,
porque nunca la acompaña
ni el más leve mal humor.
Gaspar — Es tan niña, y luego tiene
un genio tan apacible!
El furor es imposible
cuando se trata de Irene.
Adela — No sabe usted la tristeza
que por ella me devora...
cada día, cada hora,
verla así, no hay entereza...

Gaspar — Bien lo creo, que á juzgar
por lo que siento yo mismo,
requiere mucho estoicismo
ver á Irene sin llorar.
Aquella dulce expresión,
aquella doliente calma,
llevan la noche de su alma
al fondo del corazón.
Adela — Ay, doctor! si la salud
devolverla usted pudiera. . .
quizá el remedio estuviera
en su propia juventud.
Gaspar — Quince años!
Adela — Sí: yo confío
en la ciencia . . . noble y fuerte,
sabe vencer á la muerte,
¿no es verdad, amigo mío?
Gaspar — Pero . . . ¿y si usted se equivoca?
Adela — Nó, nó! triunfe usted por ella. . .
Dios, que la hizo tan bella,
no querrá que muera loca.
Yo tengo fé, aunque me abrume
este incesante dolor:
no crea Dios á la flor
para quitarle el perfume.
Gaspar — *pensativo: luego con animación)*
Alma noble! qué enseñanza!
y yo vacilo . . . ¡oh vergüenza!
que un ser tan debil me venza
en la fé y en la esperanza!
No será . . . de ningún modo . . .
doy á usted gracias, señora!
usted me hace grande . . . ahora
me creo capaz de todo.
Ayer tarde, cuando oí

que en nombre de su reposo,
me suplicaba su esposo
que permaneciera aquí;
tuve miedo . . . la demencia
de Irene me parecía
incurable, y no quería
luchar contra la impotencia;
y menos ¡ay! contemplar
su mal, y á cada segundo
verlo más grave y profundo
sin poderlo remediar;
y entónces un pensamiento
cobarde me dominó,
y por no decir que nó,
dije . . . ¡qué remordimiento!

Adela — Dijo usted que reservaba
su respuesta decisiva . . .
que después . . .

Gaspar — Fué una evasiva . . .
quedarme! . . no lo pensaba.

Adela — Y ahóra?

Gaspar — Estoy decidido:
me quedo . . .

Adela — (*con alegría*) De veras?

Gaspar — Sí;
no ha de decirse de mí
que esta lección he perdido.
Nunca! ahora tenga sed
de esa lucha redentora . . .
¡que Dios me guíe señora!

Adela — Allí está: mírela usted.

(*Indica á uno de los balcones, donde ha aparecido Irene vestida de blanco, con el cabello suelto y en melancólica actitud; allí permancce sin mirarlos hasta el fin de la escena siguiente*).

ESCENA II

ADELA — GASPAR — IRENE — (*en el balcón*)

Gaspar — Siempre lo mismo!
Adela — Se viste
de blanco todos los días:
es una de sus manías
sobre la que más insiste.
Además, le gusta andar
con la cabellera suelta,
y entre sus hebras envuelta
la verá usted sin cesar.
Gaspar — Sí: ya lo había observado . . .
pobre Irene! ni me atrevo
á mirarla: me conmuevo . . .
voy á ser niño á su lado.
Adela — Sin embargo . . .
Gaspar — Oh! bien sé
que es necesario ser duro
como el mármol... y, lo juro,
por salvarla lo seré.
Arriba del corazón
están la ciencia y mi nombre,
y el médico es más que un hombre
cuando cumple su misión.

(*Irene se retira del balcón y desaparece*).

ESCENA III

ADELA — GASPAR

Adela — Se vá: parece que hubiera
sentido... tal vez Mauricio
que llega. Al menor indicio
sale, y al paso le espera.
Gaspar — (*señalando á Mauricio que atraviesa el patio en traje de montar y trayendo su látiyo en la mano*).
Pues esta vez le ha dejado
adelantar, y ya está
en el patio.
Adela — Ella vendrá
á verle aquí: no hay cuidado.

ESCENA IV

ADELA — GASPAR — MAURICIO

Mauricio — Hola! estamos todavía
de conferencia; y ¿qué tal?
¿qué dice el doctor del mal?
Adela — Que se queda, y que confía.
Mauricio — Gracias á Dios, que por fin
nos depara este consuelo...
¡Si me figuro que el cielo
desciende hasta mi jardín!
Doctor: ayer hizo un año

que llamé á Adela mi esposa,
y un año que no es dichosa
también... ¿verdad que es extraño?
Porque usted dirá sin duda
que quien ama y es amado
no puede ser desgraciado
sobre la tierra desnuda.
Pero ¡fatal coincidencia!
fué en nuestra fiesta de boda
que, para amargarla toda,
se declaró esa dolencia.
Irene hasta entonces era
una niña encantadora,
tan fresca como la aurora
de un día de primavera.
Algo de melancolía
dejaba entrever, es cierto,
pero nunca al descubierto,
sino envuelta en su alegría.
¿Quién había de pensar
que esa nube pasajera
toda su vida pudiera
con sus sombras enlutar?
No puedo olvidarlo: bella
como una blanca visión,
en el medio del salón
estaba la noche aquella;
cuando de pronto su boca
deja escapar un gemido,
y en tierra cae sin sentido...
¡para levantarse loca!

Adela — (*designando á Irene que avanza hácia ellos*)
Calla, que no te oiga.

Gaspar — Viene
al jardín.

Adela — (*á Mauricio*) ¿Te ha visto?
Mauricio — Sí;
al pasar.
Adela — La trae aquí
el cariño que te tiene

ESCENA V

GASPAR—ADELA—MAURICIO—IRENE

Irene — (*habla lentamente y sin levantar los ojos*)
Vaya! todos reunidos... es muy bello...
en medio de la flores... ¡qué de cosas
se sueñan!
Mauricio — Muchas, sí.
Irene — (*después de una pausa*) Y en el cabello
¿cuáles te gustan más? (*á Mauricio*)
Mauricio — A mí? las rosas.
Irene — Rosas... blancas ¿verdad? siempre me has dicho.
Mauricio — Es que esas simbolizan la pureza.
Irene — Las blancas. . ¡ah! ¿y á tí? (*á Gaspar*)
Gaspar — Tengo capricho
por las blancas también: dicen tristeza.
Irene — Tristeza!... es cierto, es cierto... y á tí, hermana,
¿cuáles te gustan más?
Adela — Las rojas: díme,
¿no te agradan?
Irene — Oh, nó! Yo busco ufana
todo lo que no alegra. . . lo que oprime.
Adela — Entonces ya no tienes ilusiones?
¿te falta la esperanza, cuando apenas
te alejas de la infancia?

Irene — ¿Tú te opones
á que quiera las blancas. . . y las penas?
Adela — Yo no; pero tan joven!
Irene — Sí; soy niña. . .
tengo quince años. . . Mira, tú eres bueno. . .
(*á Gaspar, en tono confidencial*)
haz que Adela esta noche no me riña
cuando me encuentre rosas en el seno.
Gaspar — Y porqué ha de reñirte?
Irene — Es que me encantan
las rosas blancas. . . y ella. . . ella prefiere
las rojas. . . las que rien. . . las que cantan. .
pero nó las que lloran. . . no las quiere.
Gaspar — Porque te áma. . .
Irene — Mucho. . . yo he pensado
ponerme en los cabellos cada día
una rosa. . . una sola. . .. con cuidado. . .
para que no me vea. . . sufriría. . .
¡Como no ama las blancas!. . . Un instante
la tendré, nada más. . . porque en seguida
la ocultaré en el seno. . . y mi semblante
á nadie le dirá que está escondida.
Adela — Juzgue usted cuánto sufro! (*á Gaspar*)
Gaspar — ¿Y yo, señora?
Adela — Me ahoga la emoción cuando la escucho.
Mauricio — Alma mía, valor!
Irene — (*á Gaspar*) Mira que llora. . .
no se lo digas ¿oyes?. . . llora mucho.
Gaspar — Es un secreto?. . . bien: será guardado;
pero en cambio. . .
Irene — ¿Qué quieres?
Gaspar — Tu cariño,
tu confianza.
Irene — ¿Tú has sido desgraciado
antes. . . alguna vez. . . cuando eras niño?

Gaspar — Oh, sí!
Irene — Pues bien: entonces. . . te prometo
que te amaré. . . como á mis rosas. . . calla
esto también. . . lo quiero. . . es un secreto. . .
(Irene observa á Adela, que se lleva el pañuelo á los ojos)
Mauricio — Lágrimas ?. . . ah!
Adela — *(tratando de serenarse)* Mi corazón estalla!
Irene — No te dije?... me voy... te recomiendo *(á Gaspar)*
que tú me la consueles. .. yo querría,
mas no sé. .. yo no puedo. .. no comprendo
sinó lo que es tristeza.
Adela — *(con ternura)* Hermana mía!
Mauricio — Ten calma.
Irene — Adios... los dejo... en los rosales
voy á buscar mis rosas... no lo digas...
mis rosas blancas, dulces. . . mis iguales. . .
suspiran como yo. . . somos amigas.
(se aleja con lentitud por la derecha)

ESCENA VI

GASPAR — ADELA — MAURICIO

Gaspar — Rosas blancas! *(pensativo)*
Mauricio — Son el sueño
de su vida sin ventura:
siempre tenerlas procura
con particular empeño.
Adela — Yo no sé porqué esas flores
forman toda su delicia. . .
viera usted! las acaricia,
las besa, las dice amores. . .

En su lecho, en donde quiera
que ella esté, se encuentran rosas,
blancas siempre. . .

Mauricio — Candorosas
como su alma. . .

Gaspar — (*á parte*) (Si esto fuera!).

Adela — Y bien, doctor?

Gaspar — (*ensimismado*) Sí, talvez. . .

Adela — Hable usted...

Mauricio — ¿Hay esperanza?

Gaspar — El mal hasta el alma alcanza
á pesar de su niñez.
Mas no importa: sin recelo
me ha hablado como á un amigo,
dejándome ser testigo
de su más íntimo anhelo;
y hoy que sé cuanta ternura
se enlaza á su desvarío,
creo. . .

Adela — ¿Qué?

Gaspar — Que el triunfo es mío...
(y también la desventura!)

Mauricio — ¡Oh! qué dicha!

Gaspar — A ustedes dos
toca ahora darme ayuda.

Adela — Cómo!

Gaspar — La verdad desnuda (*con gravedad*)
exijo en nombre de Dios.

Mauricio — La verdad!

Gaspar — Un hombre honrado
que ejerce su ministerio,
puede aclarar un misterio
con la historia del pasado.

Mauricio — Comprendo, señor doctor,
usted cree que hay de por medio. . .?

Gaspar — Que hay que buscar el remedio
de una locura. . . de amor.
Mauricio — Oh ! no !
Adela — Jamás ha sentido
su corazón.
Gaspar — Nunca!
Adela — No:
¿ Podría ignorarlo yo,
su hermana ?
Gaspar — Estoy confundido. . .
¿ dice usted que nunca ha amado ?
Adela — ¿ Acaso el amor se vela
á una hermana ?
Gaspar — (*ensimismado y con alegría*) Nunca!
Mauricio — Adela
mil veces me lo ha jurado.
Yo también pensé lo mismo,
más hoy tengo la conciencia
de mi error, y la evidencia
de haber sondeado un abismo.
Gaspar — Pero entonces. . .
Mauricio — Lo que existe
solamente en el pasado,
voy á fiarlo al hombre honrado. . .
Gaspar — Es un secreto ?
Mauricio — Y muy triste.
Gaspar — Sabré olvidarlo mañana
si es necesario.
Mauricio — Quizá.
Adela — Sépalo usted desde yá:
es que Irene no es mi hermana.
Gaspar — Ah !
Mauricio — Fruto desventurado
de una pasión borrascosa,
en el hogar de mi esposa
halló un asilo sagrado.

Adela — Sí: mi madre me la dió
por hermana y compañera;
la pobre expósita era
tan dulce! ¡cuánto la amó!

Gaspar — Expósita! ¿y ella sabe?

Adela — No, señor.

Gaspar — Y si un descuido,
una palabra. . .

Adela — A su oído
no ha llegado.

Gaspar — El caso es grave.
Aunque es posible afirmar
que un amor sin esperanza
no surje allá en lontananza
su locura á iluminar;
¿quién puede decir que á ella
no trajo un rumor el viento,
y avivó un presentimiento
de su alma?

Mauricio — Y quién?. . .

Gaspar — Su estrella.
Tal vez Irene no ignora
que, huérfana sin fortuna,
fué proscripta de su cuna
sin ver la primera aurora;
y si ha descorrido el velo. . .
¡infeliz desheredada
del arrullo y la mirada
de un amor lleno de cielo!
Entonces. . . no me ha engañado
mi esperiencia: esa locura
es toda amor. . . es ternura
y soledad!

Adela — (*en tono de reproche*) A mi lado?

Gaspar — Sí, señora, su razón
no ha resistido al vacío,
y si está loca es. . . de frío,
de frío en el corazón.

ESCENA VII

ADELA — GASPAR — MAURICIO — BRUNO

Bruno — (*á Mauricio, entrando por el fondo*)
Señor. . .
Mauricio — ¿ Qué hay ?
Bruno — Hace un instante
llegó un ginete á la puerta,
y no encontrándola abierta
se la llevó por delante.
Mauricio — Algún beodo ?
Bruno — No, señor,
es un jóven muy decente. . .
y si el señor lo consiente
lo haré entrar, aunque es mejor. . .
Mauricio — Está aún ? . . .
Bruno — Allí le dejo,
furioso con el caballo,
y dale á llamar serrallo
á esta casa, y fortín viejo. . .
Mauricio — Vaya un lance!
Bruno — Y no se vá,
y dice que si supiera
la señora que está afuera,
me pondría. . .
Mauricio — (*recapacitando*) ¿ Quién será?

ESCENA VIII

ADELA — GASPAR — MAURICIO — BRUNO — RAMÓN

Ramón — (*entra rápidamente por el fondo, y se dirige a grupo sin cumplimientos*)
Qué casa, válgame Cristo!
si no salto las paredes. . .
Adela — Ramón! (*reconociéndole con asombro*)
Ramón — ¿Cómo están ustedes?
buenos todos, por lo visto. . .
Caballero. . . (*saluda á Gaspar*)
Adela — (*presentándolo*) Un primo mio.
Gaspar — Mucho gusto. . .
Ramón — (*volviéndose á Bruno*) ¿Oyes, Cerbero?
soy su primo, y aquí. . .
Bruno — Pero. . .
Ramón — Entro y salgo á mi albedrío.
Bruno — Sí. señor.
Ramón — Ahóra falta
que al caballo que está allá
le abras la puerta.
Bruno — (*con una sonrisa burlona*) Yá, yá. . .
Ramón — Que lo que es ese. . . no salta.
(*váse Bruno por el fondo.*)

ESCENA IX

ADELA — MAURICIO — GASPAR — RAMÓN

(*Durante esta escena, Gaspar permanece retirado de los demás personajes, y examina las plantas del jardín.*)

Mauricio — Pero, hombre, ¿de dónde sales,
después de tan larga ausencia?

Ramón — Pché! un caso de conciencia,
porque al fin primos carnales. . .

Mauricio — Esplícate.

Ramón — La familia
debe ser unida. . . y ¡vamos!
aunque alguna vez rompamos
el tiempo nos reconcilia.
Con que, me habrás entendido. . .

Mauricio — A lo menos. . .

Ramón — Con verdad,
enojo y rivalidad,
todo lo he dado al olvido.

Mauricio — Gran tronera! y de tu parte
te enfadaste por lo serio?

Ramón — ¿Lo dudabas? Sin misterio,
tuve ganas de matarte.

Adela — Aturdido!

Ramón — Pues es nada!
querer uno á una doncella,
y meterse entre uno y ella
un tercero de colada;
y quedarse todo un primo
sin la prima de repente,

y en la sala estar presente
como una mesa de arrimo;
y oír luego que incomoda,
su amor... y por conclusión,
recibir invitación
para el baile de la boda!
Razón había, y bastante,
para treinta desafíos...
pero los rencores míos
nunca pasan adelante.
Luego tú la haces dichosa
y ella te quiere, y no soy
ningún fátuo... y aquí estoy,
yá vés ¡como si tal cosa!
Díme ¿tienes escopetas? —
Es natural. — Pues no hay más!
Cazaremos, y además,
si hay guitarra, unas piruetas...

Adela — El mismo de siempre! (*á Mauricio*)

Mauricio — Viene
tal como lo conocí...

Ramón — Qué quieres!... ah, diablo! aquí
(*mirando en derredor*)
falta alguién: ¿dónde está Irene?

Adela — Bien sabes... (*poniéndose triste*)

Ramón — Sí, me parece
que á mi madre le escribiste
que estaba loca... y ¿persiste
la enfermedad, ó decrece?

Mauricio — El doctor nos asegura
que puede curarla...

Ramón — Pues...
Y el doctor?... ya caigo... este es:
(*indicando á Gaspar*)
me ha gustado... ¿á que la cura?

Adela — Dios lo quiera!
Ramón — Pero en fin,
¿dónde está?
Adela — (*señalando á la derecha*) ¿Ves á lo lejos
aquellos rosales viejos
al extremo del jardín?
allí....
Ramón — Oh! qué pensativa!
es ella... ¿y qué hace?
Adela — Divaga.
Ramón — La hablaré.... ¡como no me haga
llorar á lágrima viva!
(*váse por la derecha*)

ESCENA X

GASPAR — ADELA — MAURICIO

Mauricio — (*volviéndose á Gaspar, mientras Adela sigue con la vista á Ramón*)
¿Por qué tan retirado,
doctor? ¿soñaba usted?
Gaspar — (*se aproxima ensimismado*) Soy de las flores
amigo apasionado,
y me encantan su aroma y sus colores.
Mauricio — Venga usted, venga usted: hoy es mi día,
hoy comprendo á la ciencia en su grandeza,
y torna mi alegría,
y mi esperanza á despertar empieza.
La vuelta de Ramón se me figura
un presagio feliz: la Providencia
le trae tal vez á ser de mi ventura
partícipe y testigo, tras la ausencia...

Adela — Mira, Mauricio, mira, (*sin volverse*)
Ramón está á su lado:
le reconoce al parecer...
Mauricio — Delira...
vá á enseñarle las rosas que ha arrancado.
(*Gaspar se aproxima y observa fijamente, olvidado de todo*)
Adela — Todas son blancas..
Mauricio — Todas.
Adela — Se enagena
con ellas.... una flor coloca ahora
en su frente.... qué pena! (*conmovida*)
Gaspar — (*con vehemencia y sin poder contenerse*)
Valor, valor! la salvaré, señora!
Lo juro! aúnque sin calma
vea pasar las horas de mi vida,
aunque trueque mi alma por su alma,
y mi razón por su razón perdida.
Adela — ¿Qué dice usted? ¿la duda,
se desvanece al fin?
Gaspar — En vano, en vano
lo pretendí ocultar. La lengua muda
cuando habla el corazón! es más que humano.
Mi amor me vence.
Mauricio — Amor!
Gaspar — Y me arrebata;
Yo amo á Irene hace tiempo.
Mauricio — *Adela* — } (*con asombro*) ¿Cómo? ¿á Irene?
Gaspar — ¿Y por qué no decirlo, si es tan grata
la dulce confesión? ¿qué me detiene?
Huérfana, con el alma desolada,
vírgen el corazón, ¿quién no la adora?
la luz de su mirada
de azul de cielo el porvenir colora.

Ah! cuando hace un momento
la intuición de otro amor veló sombría
mi más bella esperanza... ¡aún lo siento!
¡qué dolor! ¡qué amargura! ¡qué agonía!
No más! no más pretendo
ocultar mi pasión, tan grande y pura
que la única dicha que comprendo
es abismar mi vida en su locura.

Mauricio — La amaba usted así!

Gaspar — Dios es testigo
de que ese amor sostiene
mi fe, amigos míos.

Adela — Yo bendigo
la mano del Señor, que salva á Irene.
Amada! dicha inmensa!
¿dónde el amor no alcanza en su ternura,
para apagar su sed, su sed intensa
de abnegación, de triunfo. . .?

Gaspar — Y de ventura.
Oh! si ella es mía, si á escucharla llego
que repite mi nombre suspirando. . .

Mauricio — Doctor, cúrela usted, y luego. . .

Adela — Luego
hágase usted querer: yo se lo mando.

Gaspar — Gracias, ya soy feliz: toda una vida
no bastará á mi anhelo
para arrancarla al mal, y estremecida
llevarla á ser el ángel de mi cielo.
Ah! si cruel su destino la condena
á eterna soledad; si se levanta
entre ella y mi alma, de ilusiones llena,
esa locura horrible que me espanta;
entonces este cielo que he forjado,
será en mi vida triste y peregrina,
como el cielo sin luz del desgraciado,
que tan solo en sus sueños se ilumina

ESCENA XI

MAURICIO—ADELA—GASPAR—RAMÓN—IRENE

Ramón — (*dice dentro los primeros versos: luego aparece conduciendo de la mano á Irene, que le sigue sin resistencia*).
Cuando yo lo decía!
Esta niña me ha puesto
los nervios en desorden. Prima mía,
á ver si puedes tú... cámbiala el gesto.
Hazla reir, que estoy. . . yo no he nacido
para ver pesadumbres, y me falta
el valor, y aunque lucho, en un descuido....
¿quién detiene una lágrima que salta?
Adela — Eres bueno y sencillo,
Ramón.
Irene — Le he dado rosas
para que ame el dolor.
Ramón — Soy un chiquillo.
Irene — ¿No es verdad que las hallas muy hermosas?
Ramón — Adela, dímele algo...
Irene — Estando triste
se aduerme el corazón... la flor que exhala
efluvios de tristeza. . . la que viste
un velo de penumbra. . . ¿cuál la iguala?
Por eso yo me encanto
con mis rosas tan blancas . . me parecen
ojos que vela el llanto. . .
estrellas que en la bruma palidecen.

Tú las quieres. . . y tú... ¿porqué te admira
(*habla sucesivamente á Mauricio, á Gaspar y luego á Ramón, á quien continúa dirigiéndose*).
que te incite á quererlas? ¿Porque Adela
llora cuando las mira?
mejor.. esto consuela.
Si supiera llorar!... yo lo adivino...
muy dulce debe ser.

Ramón — (*se pasea agitado*) Y que me vea
reducido... demonio! este es camino
de volver á las lágrimas. . pues sea!
(*se acerca á Irene con resolución*)
Y si yo las amara?

Irene — Te daría
la que guardo en mi seno...
la que en mi frente... chit! ella lo oiría,
y vá á llorar.

Ramón — Y yo! bueno... muy bueno!
(*se enjuga una lágrima*)

Irene — Tú también! pues entonces no te digo...
voy á decirlo á... ¿cómo te llamas? (*á Gaspar*)

Gaspar — Gaspar.

Irene — Tú eres mi amigo...
tú no lloras, Gaspar... tú sí las amas.

Ramón — (Loado sea Dios! me deja.)
(*continúa paseándose*)

Irene — ¿Te acuerdas de mi idea?.... ya está hecho...
la siento que se queja
aquí... sobre mi pecho. (*la acción*)
Ya la verás.... me está observando...

Ramón — (¿Cómo
me escabullo?)

Adela — Ay, Mauricio, si no fuera
la esperanza!

Ramón — (Y el caso es que si tomo
la puerta sin...)
Mauricio — Dichoso del que espera!
Irene — Tiene yo no sé qué... cuando á cortarla (*á Gaspar*)
fué mi mano al rosal, se extremecía...
y luego, en mi cabeza al colocarla,
la escuché suspirar... me conocía.
Ramón — (*se dá una palmada en la frente, y se mete en medio del grupo con aire resuelto*).
Basta de caras largas...
ea! á vivir! tú prima, de la fiesta
serás reina amazona... tú te encargas
de dirigirnos. (*á Mauricio*).
Mauricio — ¿Qué avalancha es ésta?
Ramón — Qué diantre! un plan magnífico: la luna
deben saber ustedes que está llena...
¿Hay caballos? Es claro... ¡qué fortuna!
pasaremos la noche más amena.
Adela — Piensas?...
Ramón — Nada: se trata
de una cosa á que nadie se resiste...
¡desairar una hermosa cabalgata
á la luz de la luna, fuera chiste!
Mauricio — Lo dices sériamente?
Ramon — No! si es broma...
voy á hacer ensillar... ¿dónde es la cueva
del Cancerbero aquel? por allá asoma...
Pascual! (*llamando*)
Adela — Bruno. (*corrigiéndole*)
Ramón — Es lo mismo: que se mueva.

(*váse por el fondo.*)

ESCENA XII

MAURICIO—ADELA—GASPAR—IRENE

Adela — Ramón se ha enternecido: (*á Gaspar*)
por no oirla se vá.
Gaspar — Oh, sí; revela
un bello corazón.
Irene — ¿Por qué se ha ido?
la hubiera visto... nó... me mira Adela.
(*lleva la mano al seno y luego la retira vivamente*)
Las rojas son las suyas...
¡pobre mi rosa blanca! te desdeña...
dice que eres muy pálida... que huyas
te manda cuando sueña.
Pero tú nó... ¿no es cierto? (*á Gaspar*)
Gaspar — No, niña mía. (*ensimismado*)
Irene — (*aplicando el oido*) No habla... ¿tú la escuchas?
¡Ay! ya estará marchita... la habrá muerto
la estrechez... voy por otra... tengo muchas.
(*se aleja por la derecha, cantando pausadamente estos versos:*)

De novia llevo el velo
sobre la frente,
y lloro sin consuelo
mi amor ausente.

ESCENA XIII

MAURICIO - ADELA - GASPAR

Gaspar — Ese canto! (*estremecido*)
Adela — Es vez primera
que usted se lo oye ¿verdad?
lo aprendió de tierna edad
sin comprenderlo siquiera.
Hoy con la misma inocencia
lo repite... Irene ignora
lo que es el amor que llora,
y lo que vale una ausencia.
Gaspar — (Ah! respiro.)
Adela — (*con intención*) En su locura
ya vé usted, no lo ha olvidado...
pero no está en el pasado
quien llenará su ternura
Gaspar — No me haga usted delirar,
señora... la quiero tanto!...
Adela — El amor de usted es santo:
ella lo sabrá premiar.
Mauricio — Sí, cúrela usted, doctor,
y suya será en seguida
aquella alma redimida
por la ciencia y el amor.
Gaspar — La ciencia... el amor... así
comprendo su salvación:
que lata su corazón...
y que lata... para mí.

¡Pobre espíritu sediento
de amor, de amor sin medida!
yo lo alzaré con la vida
y el calor del sentimiento.
Es desgraciada! que á amar
todo en torno la convide...
no tiene madre! que olvide
la cuna por el hogar!

Mauricio — ¿Y usted cree que la reacción
vendrá?...

Gaspar — Del triunfo respondo:
siempre hay ternura en el fondo
del más duro corazón.
Y el suyo, que de inocencia
y de candor está henchido,
¿no ha de tener un latido
para romper su demencia?

Adela — Y usted, doctor, nos quería
abandonar! ¡qué egoismo!

Gaspar — Es que miraba el abismo,
señora, y me estremecía.
Amar lo imposible era
amar á Irene... y mi amor
crecía ante ella!

Adela — Doctor,
el que ama no desespera.

Gaspar — Hoy lo comprendo.

Adela — Pues bien,
ya lo sabe usted: salvada,
esa niña desgraciada
puede llenar un Edén.

Gaspar — Un Edén!... un Edén mío!...

Adela — Vamos, Mauricio, ella viene:
que la hable á solas... que Irene
no tema...

Mauricio — (*á Gaspar*) Se la confío.
(*váse con Adela por el fondo*)

ESCENA XIV

GASPAR

(*con la mirada fija en el punto por donde llega Irene*)
Mi blanca virgen soñada...
¡qué hermosa es!... resplandece
su tristeza, que parece
luminosa y perfumada!

ESCENA XV

GASPAR — IRENE

Irene — Estás solo? (*por la derecha*)
Gaspar — Solo!... sí...
con mis sueños... ¿tienes miedo?
Irene — No lo creas... yo no puedo
tener miedo junto á tí.
Gaspar — Bién mío!
Irene — Te he prometido
quererte...
Gaspar — ¿Y me quieres?
Irene — Tanto!
al hablarme tú me encanto...
porque tú me has comprendido

Gaspar — Oh, gloria! (*enagenado*)
Irene — Cuando viniste,
todos querían que fuera
alegre... que no estuviera
melancólica... ni triste.
No sabían el anhelo
que me consume.. nó... nó...
pero tú lo sabes.
Gaspar — Yo...
sé que tu amor es el cielo!
Que te adoro... que anonada
tu imagen mi pensamiento,
que llena mi alma siento
de la luz de tu mirada!
Irene — Mira: ¡qué bella! es mi flor...
mi rosa blanca... muy bella...
(*saca del seno una rosa que guarda luego*)
Gaspar — La rosa blanca! (*transición*)
Irene — Sí: ella
también comprende el dolor.
¡Cuántos suspiros no dá
al viento si se la toca!
Gaspar — (*como saliendo de un sueño y con desesperación*)
Loca! Dios mío! está loca...
lo había olvidado yá!
(*se queda inmóvil, cruzado de brazos y con los ojos fijos en el suelo.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Sala elegantemente decorada en la casa de campo de Mauricio; al fondo dos balcones: á la derecha, en primer término, puerta de escalera que comunica con la parte baja; en segundo término otra puerta que dá á la habitación de Gaspar. A la izquierda, puerta también, que conduce al cuarto de Ramón

ESCENA PRIMERA

RAMÓN—BRUNO

(*Bruno está colocando flores en los floreros de la sala: Ramón sale por la puerta de la izquierda*).

Ramón — Soledad... y es medio día!
Hola, Bruno!
Bruno — Señor?
Ramón — Diantre!
tienen sueño de sochantre
si es que duermen todavía.
Bruno — No, señor.
Ramón — ¿Se han levantado?
ya es algo.
Bruno — Si están en pié
desde las seis!
Ramón — ¿Y por qué
á mí no me han despertado?

Bruno — Siempre el sueño se respeta
cuando el cansancio de un viaje...
Ramón — Y yo que anoche me traje
á mi cuarto la escopeta!
Bruno — El señor me encargó...
Ramón — ¿Dices
que te encargó? ¡fresco estoy
con mi caza! ¿á dónde voy
á hallar ahora perdices?
Y la perdiz es mi fuerte...
y les tenía una gana!
Paciencia! será mañana:
lo que es hoy, ¡vaya una suerte!
¿Y dónde están?
Bruno — Don Mauricio
y la señora, allá dentro...
Ramón — Y la niña? si la encuentro
otra vez, doy beneficio...
Hombre! y el doctor?
Bruno — Salió
al campo de madrugada...
Ramón — ¿También está levantada
Irene?
Bruno — Sí, ya bajó.
Ramón — A dónde?
Bruno — Al jardín: allí
las horas muertas se pasa...
Ramón — (*como hablando consigo mismo*)
Pues... el jardín de esta casa
no se ha hecho para mí.

ESCENA II

RAMÓN — BRUNO — IRENE

Irene — (*por la derecha, primer término: trae en la mano una pequeña canasta de mimbre, llena de rosas blancas*)
Ya no lloras... haces bien... (*á Ramón*).
Ramón — Irene! (*retrocediendo*)
Irene — Se goza tanto
sin llorar... el llanto... el llanto!...
mis lágrimas no se vén.
Ramón — (Las mías sí: son tamañas!)
Bruno — (*examinando los floreros*)
Creo que todo está listo.
Irene — Huyes de mí?
Ramón — Yo! ¿me has visto?
Irene — Como te alejas...
Ramón — Te engañas.
Irene — Ven á verlas: está llena
de rosas. (*alzando la canasta*)
Ramón — (*inquieto al observar que Bruno se dirige á la puerta*)
¿Te marchas, Bruno?
Bruno — Sí, señor
Ramón — (*bajo, aproximándose á él*)
Mándame á alguno...
Bruno — ¿Y para qué, si es tan buena?
(*váse por la derecha, primer término*)

ESCENA III

RAMÓN — IRENE

Irene — Aún tienen las gotas de rocío...
Yo misma en el jardín siempre las riego...
yo misma, sí... su corazón y el mío
laten tan á compás!
Ramón — (*empieza á pasearse*) (Palo de ciego!)
Irene — Me han dicho que es muy dulce entrar al templo,
y abismarse en plegarias silenciosas...
yo creo estar allí cuando contemplo
el sueño de letargo de mis rosas.
Y dí ¿por qué no abres los balcones?
Ramón — Quieres?
Irene — Si es que tus lágrimas...
Ramón — (*abre uno d los balcones*) (No tardan.)
Irene — De ahí las puedes ver.. mis ilusiones
están allá... con ellas... me las guardan.
Ramón — Hay muchas rosas, ya lo veo
Irene — Observa
si están todas dormidas... si respiran...
Cuando duermen... ya sabes... las enerva
un ángel que las besa... y no suspiran.
Déjame ver á mí... tú no conoces...
(*le aparta suavemente, y se inclina sobre el balcón*)
no has empezado á amarlas todavía...
(*escucha un momento, luego retrocede*)
Duermen... cierra... que el éco de las voces
las puede despertar.

Ramón — (*cierra el balcón*) (Ay, madre mía !)
Irene — Estas sí ya no duermen... en secreto
(*con los ojos fijos en su canastita*)
están hablando todas de su hermana...
de mí, ¿no lo oyes tú?
Ramón — ¿Y con qué objeto
las cortas?
Irene — Se las robo á la mañana.
La mañana es alegre... ellas padecen
con la luz... del crepúsculo son hijas...
como yo, ¿no lo sabes?... enmudecen
al sol... aquí no sufren... no te aflijas.
Ramón — Mucho te gustan
Irene — Yo! si son mi vida!
perfuman mis recuerdos... compañeras
de mis sueños, me buscan... mi alma anida
en sus hojas... si tú las comprendieras!
Ramón — ¿No vuelves al jardín?
Irene — Ciño mi frente
de rosas blancas para estar tranquila...
tan tiernas y tan ténues se las siente
que desmaya la luz en la pupila.
Escúchame: ¿tú sufres?
Ramón — (*vivamente*) Ya lo creo!
es decir, me parece...
Irene — Triste... y niño...
serás también su amigo... á tí las veo
exhalar en perfumes su cariño.
Ramón — (Soy de cera, está visto) (*lleva el pañuelo á los ojos.*)
Irene — (*observándole*) Siempre el llanto!
Ramón — (*volviéndose de uno y otro lado para ocultar el rostro*)
Llorar! si soy á prueba... será el humo...
Irene — Pues bien, no llores ya... verás que encanto
hay en mis rosas blancas.

Ramón — (*con afectada serenidad*) Lo presumo.
Irene — (*toma de la mano á Ramón y le hace sentar en un sillón, sin que aquel oponga resistencia: luego le va colocando como indican los versos*)
Siéntate... ven... aquí... baja los ojos...
así... pon la cabeza reclinada...
la mano al corazón...
Ramón — (Estos antojos...
firme, Ramón!)
Irene — Apaga la mirada.
El brillo las deslumbra... te repito
que aman la sombra... vaya... no te muevas...
Ramón — Qué vas á hacer de mí?
Irene — Habla bajito...
tímidas son... y si la voz elevas...
(*vá poniéndole rosas en los cabellos*)
Esta es muy dulce... y esta... y esta tiene
un suspiro de amor en cada hoja...
esta es igual á mí... se llama Irene...
¿no la sientes que arrulla tu congoja?
Mira... yá están... sobre tu sien cautivas,
sueñan.
Ramón — (*irguiéndose con un estremecimiento nervioso que hace caer las flores á sus piés*)
No puedo más!
Irene — Oh Dios! qué bello!
parecen ilusiones fugitivas
esas rosas que caen de tu cabello!

ESCENA IV

RAMÓN — IRENE — MAURICIO — ADELA

Adela — (*llega con su esposo por la derecha, primer término, y abarca la escena con una mirada*)
Pobre Ramón ! (*bajo á Mauricio*)

Mauricio — (*á Ramón*) ¿ Qué tal? ¿ has descansado ?

Ramón — Un poco.... (*siempre esforzándose por aparecer tranquilo*)

Irene — Las vá á ver... si yo pudiera...
no la quiero mirar... (*se retira á la izquierda*)

Ramón — (*vá hácia la derecha*) (Ya me han cercado !)

Mauricio — ¿ La tenías aquí por compañera ?

Ramón — Hace un momento.

Mauricio — ¿ Y bien ?

Adela — Te ha conmovido,
lo conozco.

Ramón — No tal. (*mirando á todas las puertas*)

Adela — (*observa las rosas*) Ah ! y estas flores ?

Irene — (*se vuelve sin aproximarse*)
No están tristes, hermana.... se han dormido...
no pueden sonreír... ¿ oyes ?.... no llores.

Mauricio — ¿ Y ha de llorar ? ¿por qué? también las ama...

Irene — Las ama ! ¿ y á las rojas ? (*pensativa*)

Adela — No las quiero,
porque á tí no te agradan.

Ramón — (*con finjida sorpresa*) ¿ Quién me llama ?
¿ no has oído ?

Mauricio — (*sonriendo*) Yo nó.

Adela — *(bajo á Ramón)* Nunca sincero!
tienes el corazón despedazado,
y lo ocultas, lo sé.
Ramón — Cuando te digo!...
lo que hay es que mis nervios...
Mauricio — *(á Irene, que se acerca á él)* ¿No has notado
la momentánea ausencia de tu amigo?
Irene — De mi amigo...
Mauricio — Gaspar: eres ingrata,
pués que no lo recuerdas.
Irene — Ay! es cierto...
¿se enojará?
Mauricio — Quién sabe! pero trata
de hacérselo olvidar.
Irene — Es que no acierto...
Ah! sí... qué tonta!.... le daré una rosa....
la más bella y más blanca... toda olvido...
la traeré del rosal... voy presurosa...
estas no viven ya... las he oprimido...
Dile que espere, que no tardo... dile
que se vá á consolar cuando la tenga...
(váse)
Ramón — *(volviendo á sus paseos)*
(Pues... aunque la escopeta me fusile,
me largo sin remedio antes que venga.)

ESCENA V

MAURICIO — RAMÓN — ADELA

Mauricio — (*á Ramón*)
Muy pensativo te has puesto.
Ramón — Yó !
Mauricio — Si estás desconocido !
tú, que eras tan aturdido,
tan bullicioso... ¿qué es esto ?
Ramón — Nada.... que revuelvo aquí (*la frente*)
cierto plan.
Mauricio — Es singular !
no sabías cavilar
cuando yo te conocí.
Ramón — Aguarda. (*yendo hácia la izquierda*)
Mauricio — Pero Ramón !...
Ramón — Ya vuelvo. (*entra en su cuarto*)
Adela — (*á Mauricio que vá á detenerlo*)
Déjalo ; vá
á desahogarse, que está...
porque tiene un corazón !

ESCENA VI

MAURICIO — ADELA

Mauricio — Aún no he visto á Gaspar.
Adela — Pasea, según parece...
su amor hácia Irene crece,
y ese amor la ha de salvar.
Mauricio — Así lo espero.
Adela — La adora...
¿Y sabes que ha madrugado?
Mauricio — Es de todo enamorado
levantarse con la aurora.
Al hallarte en mi camino
tal fuí yo, y en mi desvelo
te buscaba por el cielo
como un astro peregrino.
Llena de luz se ofrecía
á mi amor tu faz sonriente,
y absorto, helada la frente,
siempre me encontraba el día.
Jurara que en el balcón
Gaspar la noche ha pasado,
y en cada éco ha escuchado
un éco de su pasión.
Ante la imágen risueña
que nuestro delirio exalta,
el sueño del cuerpo falta...
sólo el alma duerme y sueña!

ESCENA VII

MAURICIO — ADELA — RAMÓN

Ramón — (*sale con la escopeta y demás avíos de caza*)
Aquí me tienes.
Mauricio — ¿De caza?
Ramón - Pués.
Mauricio — A estas horas!
Ramón — Te admira?
no es la hora, es el que tira...
¿y qué dices de mi traza?
no es mala, eh? (*se echa al hombro la escopeta*)
Mauricio — Pero á quién
se ocurre?
Ramón — Tú eres novicio...
la perdiz, pobre Mauricio,
siempre cree que no la ven.
(*váse por la derecha.*)

ESCENA VIII

MAURICIO — ADELA

Mauricio — Ahora sí que es Ramón!...
Salir de caza á las diez
en primavera! (*se echa á reir*)
Adela — Tal vez
vá huyendo de otra emoción.
Mauricio — Quizá, pero aquella ufana

actitud... Me dá una risa
esta caza que improvisa
á las diez de la mañana!
Además, ya no estoy triste,
Adela mía: me siento
casi feliz, y el contento
á la ocasión no resiste.
Gaspar es un sábio, Adela,
un sábio que ama, y combate
porque el mal no le arrebate
toda la dicha que anhela.
Tengo fé en él, cada día
le admiro más. . y me alcanza
esa sublime esperanza
que le anima y que le guía.

Adela — Sí; Gaspar tan sólo ha ído
al fondo de su locura,
y á la luz de su ternura
la sombra ha desvanecido.
Siempre la ciencia, desnuda
de la vida de la fé,
para nuestras almas fué
amarga como la duda.
Siempre la vacilación
y el frío del desaliento!
le faltaba el sentimiento
para llenar su misión.
Pero Gaspar... el amor
es más grande que la ciencia:
el amor es providencia
de los hijos del dolor.
Y el amor ha de triunfar
de la demencia de Irene,
que en la lucha que sostiene
juega su cielo Gaspar.

Mauricio — Te has fijado?... ya no hiela
de mi niña la mirada...
ya su álma desolada
algo siente y algo anhela.
¿No es verdad que hora tras hora
es más tierno su delirio?
¡noche horrible de martirio,
al fin presiento tu aurora!

ESCENA IX

MAURICIO — ADELA — GASPAR

Gaspar -- (*por la derecha, primer término.*)
Amigos míos...
Mauricio -- Doctor,
de vuelta ya? bien venido.
Adela — Veo que usted hoy ha sido
valiente madrugador.
Gaspar — En el campo me complace,
porque es en la soledad
que en toda su magestad
se admira el día que nace.
Aquí, sobre la llanura
que sin límites se estiende,
cada vez que el alba asciende
el nombre de Dios murmura;
aquí ostenta la mañana
más esplendor, más belleza:
aquí tiene la grandeza
de la tierra americana.

ESCENA X

MAURICIO — ADELA — GASPAR — IRENE

Irene — Mucho he tardado, pero... (*por la derecha, primer término: ha dejado su canastita y trae sólo una rosa en la mano.*)
para no despertarlas... no quería...
¡es tan dulce y ligero
el sueño que la noche les envía!
Díme, ¿estas enojado (*á Gaspar*)
porque no te recuerdo? yo he oído
que al corazón no es dado
ocultar la tristeza del olvido.

Gaspar — Tú me olvidaste?

Irene — Sí: por un momento...
¿no observas que estoy trémula?... mis ojos
no puedo alzar á tí.... ya vés que siento
mi culpa y tus enojos.

Gaspar — Enojos para tí! ¿y lo creíste?

Irene — Qué importa! toma y calma
tu pena... no resiste
á su dulzura la ansiedad del alma.
(*le dá la rosa*)

Gaspar — Oh, Irene, gracias!... (*toma la flor y se abstrae contemplándola*)

Irene — Oye... no la oprimas ..
sonríela á menudo... y ella... ella...
á cada beso que en su frente imprimas
se tornará más pálida y más bella.
No te dije? ya ha huído (*á Mauricio*)
su enojo con la flor... mi rosa exhala
tan lánguido perfume!

Adela — Es que él no ha sido
malo jamás, y tú ..
Irene — Yo he sido mala?
Adela — Tal vez!
Irene — (*con pena*) Dios mío! ¿es cierto?
puedo ser mala?
Mauricio — Con Gaspar, tu amigo,
lo fuiste al olvidarle.
Irene Es que te advierto
que un instante no más... tengo un testigo.
Mauricio — Un testigo! ¿cuál es?
Irene — (*se apodera de la flor que tiene Gaspar*)
Esta lo sabe...
esta, que há poco se meció en mi frente...
su hálito süave
evocó los recuerdos en mi mente.
El tuyo estaba allí: surgió el primero, (*á Gaspar*)
ávido de la luz de su caricia...
pregúntale... su pensamiento entero
(*le vuelve la rosa*)
te dirá con delicia.
Ella gusta de hablar con los que ignoran
lo que es dicha y bonanza....
los tristes la enamoran...
sus amigos no tienen la esperanza.
Gaspar — ¿Quieres que aquí la ponga?
(*lleva la flor al ojal*)
Irene — Nó... nó... vá á tener frío.... que en tu seno
viva feliz... que nada se interponga
entre ella y tú, Gaspar... eres tan bueno!
Gaspar — A mi cariño llamas
bondad? (*guarda la rosa en el pecho*)
Irene — Me quieres mucho?
Gaspar — Te daría
la vida de mi ser!...

Irene — Pues si me ámas,
no me la hagas sufrir... piensa que es mía.
Adela — Pero tú... me parece
que no le quieres...
Irene — Yó!... sólo sin fuego
quiere mi corazón... porque padece...
como la flor sin riego.
Gaspar — ¿Y no sientes un algo indefinido,
un anhelo... una voz que te consterna
diciéndote al oído
una palabra vagarosa y tierna?
Irene — Y qué palabra es esa?
Gaspar — Amor.
Irene — Amor!
Gaspar — Un éco que suspira,
un afán que no cesa...
Irene — Y es blanco?
Gaspar — Sí: tu rosa lo respira.
Irene — Déjame recordar... (*lleva la mano á la frente, y se queda inmóvil y profundamente abstraida*)
Gaspar — (*á media voz*) Creo prudente
que no los vea á ustedes... la devora
una sed de espansión!...
Adela — Acaso siente...
Gaspar — Fíjese usted, señora.
Adela — Es verdad.... y medita!
Gaspar — Nó: combate...
Mauricio — ¿Con el mal?
Gaspar — Con la fuerza que comprime
su ternura... ya es tiempo... allí... (*sin apartar los ojos de Irene, les designa la puerta de la izquierda*).
Mauricio — Me abate
esa lucha...
Adela — La ahóga!

Gaspar — La redime.

(*Mauricio y Adela entran por la izquierda*).

ESCENA XI

GASPAR — IRENE

Gaspar — Irene! (*inclinándose hácia ella*)
Irene — (*con un estremecimiento*)
Ah ! soñaba adormecida...
Gaspar — Y bien, ¿ has encontrado
el amor ?
Irene — Una luz desvanecida...
¿ es eso ? lo he soñado.
Gaspar — Una luz !
Irene — De mis rosas
este sueño aprendí : en su perfume
hay ondas luminosas
en que el alma se anega... y se consume.
Gaspar — Pero no ámas?
Irene — Yó ? yo quiero á Adela,
y á Mauricio... (*los busca en derredor*)
No están... los dos se han ido...
Gaspar — Talvez te desconsuela ?
Irene — Nó... decías que amar...
Gaspar — No has comprendido.
Irene — Y porqué?
Gaspar — No es el plácido cariño
de hermana, el sentimiento
que reclamo á tu espíritu.... de niño
es ese amor sin lucha y sin tormento.

Hay otro amor, Irene, que destella
en el límite vago de la infancia;
lo entrevé la doncella
al través de su cándida ignorancia.
Es fuego y es temor; duda y anhelo;
tristeza y bienestar: en un segundo
llena la vida, y se remonta al cielo,
porque no basta á contenerle el mundo.
La inquietud le acompaña,
vá en pos de un idéal eternamente,
y ora en llanto se baña,
ora sonríe como el sol naciente.

Irene — Esplícamelo bien... estoy suspensa...
tu voz me ha confundido...
no puedo comprender...

Gaspar — El alma inciensa,
abre las rosas y embellece el nido.

Irene — Las rosas...

Gaspar — Ese amor les dá frescura.

Irene — El nido...

Gaspar — El ave trémula lo exhala,
oculta en la espesura,
sobre su amado suspendida el ala.

Irene — Es así? ¿no me engañas?

Gaspar — Te lo juro!

Irene — Debe ser imposible...

Gaspar — Irene, mira
(abre el balcón y la conduce á él)
ese cielo tan puro
en que la luz parece que se aspira.
Contempla esa llanura, que dilata
su verdor á tus piés: llena de flores,
espande el corazón y lo arrebata
en pos de sus perfumes y colores.
Eso es amor que en la creación rebosa,

y busca el alma humana
para hacerse inmortal... Tú, silenciosa,
no le respondes?

Irene — Yó!... quizá... mañana.
Hoy no puedo... me abruma
el frío de mi ser... espera... espera...

Gaspar — Muda á su voz! te llama...

Irene — Es que la bruma
me envuelve.

Gaspar — Te suplica!

Irene — (*agitada*) Si pudiera!...

Gaspar — Te nombra.. es una madre desolada
que ha perdido su hija... que adivina
su terrible orfandad! y callas!

Irene — Nada!
no puedo... siempre el frío! me domina....
dile que cese...

Gaspar — Huérfana! ¿has oído?
huérfana! sola!... y el amor... ¿no sabes
que tú puedes también tener un nido,
cual lo tienen las aves?

Irene — Oh!

Gaspar — Y oponer á la orfandad su encanto,
y al desierto su vida?
Allí se goza tanto,
que la orfandad se olvida.
Irene! Irene! que el amor te inunde!
que alce la tempestad bajo tu seno!
el hielo en él se funde...
tu corazón de arrullos está lleno.

Irene — Mi corazón... (*con agitación creciente*)

Gaspar — Escucha, ¿no sería
para tí lo supremo, enamorada,
absorber por tus lábios la ambrosía
de un beso delirante?

Irene Estoy helada...

Gaspar — (*la toma las manos: en este momento Adela y Mauricio aparecen por la izquierda, y escuchan conmovidos*).

Une tus manos á mis manos: lanza
un rayo de tus ojos á mis ojos...
mi alma y la tuya sellarán su alianza,
y escucharé tu voz puesto de hinojos!
No tienes una madre... mas ¿qué importa?
será tuyo el Edén... ¡y aún no estallas!
siempre muda y absorta,
tu ternura desborda... ¡y tú la acallas! (*la observa fijamente*)
Oh, ventura! (*retrocediendo lleno de gozo*)

ESCENA XII

GASPAR — IRENE — MAURICIO — ADELA

Adela — Mi niña! (*corre á ella*)

Gaspar — (*deteniéndola*) En la corola
de la flor, cual la gota de rocío,
ha brillado una lágrima, una sola!
Dios le vuelve el perfume.

Mauricio — (*le estrecha la mano*) Amigo mío!...

Adela — Se salva!

Gaspar — Es la primera,
la más difícil.

Adela — Gracias! Dios bendiga
su amor de usted, Gaspar!

Gaspar — Quien ama espera:
usted lo ha dicho, mi querida amiga.

Irene — (*alza tímidamente los ojos, y mira en torno suyo*.
Y esa voz... ah! mi hermana...
vá á llorar si la oye. (*se dirige á la derecha*)
Mauricio — Ya nos dejas?
Irene — Sí, me voy á buscarla... muy lejana
la acabo de escuchar: me daba quejas.
Mauricio — Mas...
Gaspar — No la haga usted fuerza: la conviene
salir al aire libre.
Irene — (*volviendo al lado de Gaspar*) Si ella llora,
dila que es ilusión... que en pós de Irene
el amor se alejó.... me llama ahóra.
(*váse por la derecha*)

ESCENA XIII

GASPAR — MAURICIO — ADELA

Gaspar — Esa lágrima!
Adela — Doctor.
Dios le trajo á usted aquí,
á salvarla.
Gaspar — Para mí....
¡qué egoista es el amor!
Mauricio — Egoista un corazón
amante!
Adela — Yo no lo creo:
yo el egoismo no veo
donde hay tanta abnegación.
Nó, no lo creo: usted mismo
está convencido de ello,
lo sé: su amor tiene un sello
que no es el del egoísmo.

Gaspar — Sin embargo, me sostiene
en la lucha, sin cesar,
una visión del hogar...
¡del hogar donde esté Irene!

Adela — Se engaña usted: su ternura
rebosa de sacrificio...
así quiero yo á Mauricio,
y le quiero con locura.
No es la dulce recompensa
de esa ternura, el anhelo
de usted, su afan, su desvelo,
cada vez que en ella piensa;
es su dicha solamente
lo que pide al porvenir...
usted sabría morir
para serenar su frente.

Gaspar — Es verdad... mi amor alcanza
hasta inmolarle mi Edén...
la salvaría también
sin un rayo de esperanza.
Oh! si Irene al arrancar
su espíritu á la demencia,
nada más que indiferencia
me hubiera de revelar!
desgarra mi corazón
sólo el pensarlo... y no obstante
mi sueño de todo instante
es volverle la razón...
Que con ella su desvío
mis ilusiones destruya,
que diga su voz «soy tuya»
á un amor que enlute el mío;
¿qué importa, si mi dolor
en ofrenda á su ventura... ?

Mauricio — Pero en fin ¿quién asegura?..

¿por qué esa duda, doctor?
Hoy no es día de tristeza
sino de júbilo: así...
Ya me hacías falta aquí; (*á Ramón, que aparece por la derecha*)
adelante, buena pieza.

ESCENA XIV

MAURICIO — GASPAR — ADELA — RAMÓN

Ramón — (*con la escopeta á la espalda: al ver á Gaspar, avanza alegremente*).
Amigo doctor, felices
días...
Mauricio — Y la caza? á ver:
será cosa de poner
epitafio á las perdices?
Ramón — Vaya!.....
Mauricio — ¿Te parece extraño?
se conoce que eres listo...
recién sáles... por lo visto
me las concluyes este año.
Ramón — Estás de broma!
Mauricio — Y es claro...
figúrese usted, Gaspar,
que se nos marcha á cazar
á las diez!...
Romón — Yo no reparo...
Mauricio — Y si usted viera qué ufano
echó al hombro la escopeta!

Ramón — Qué moler!
Mauricio — Vendrá repleta
la bolsa? echaré una mano...
Ramón — Vamos, hombre! les diré,
la verdad, y ¡santas páscuas!
Irene me pone en áscuas,
me hace dar un no sé qué.
No me lo explico yo mismo
el porqué, pero es el cuento
que lo triste de su acento
descompone mi organismo.
No hace mucho sucedió...
y por cierto que he soltado
cada lagrimón menguado!...
Adela — Y te avergüenzas?
Ramón — Pues nó!
Gaspar — Hace usted mal...
Adela — Por supuesto.
Ramón — Ello fué que á todo trance
quise esquivar otro lance,
y me fuí con un pretesto.
Y es el caso que no bien
me hallé al fin de la escalera...
¡demonio! me desespera
estar solo, y allí ¿quién?
Yo no vivo: es necesario,
para que esté satisfecho,
que me hablen: no he sido hecho
de pasta de solitario.
Mauricio — ¿Y qué hiciste?
Ramón — En el jardín
estaba Irene, y no había
de ir... tampoco quería
que me viera tu mastín.
Mauricio — Hablas de Bruno?

Ramón Y qué cierto
es que lo que más se huye!...
siempre el diablo contribuye
á qué uno haga un desacierto.
Me dirigía á la puerta
de entrada, y precisamente
me lo veo de repente
con tamaña boca abierta.
Lo eché al demonio, emprendí
la retirada, y me puse
á pasearme.... ¿Y hay quien use
estas armas por aquí?
Mauricio — Son excelentes.
Ramón — No es nada
lo que pesan! ¡diantre! voy
á guardarla, porque estoy
con la espalda magullada.
(váse por la izquierda)

ESCENA XV

MAURICIO — GASPAR — ADELA

Mauricio — Vea usted si es aturdido!...
recién cae en que le pesa
la escopeta; ¿á que regresa
con ella muy compungido?
¡Hombre más incorregible!
¿Recuerdas cuando te hacía
la corte? yo me moría
de risa...

Gaspar — Y es muy sensible.
Adela — Si es un niño!
Mauricio — Y tan lëal
en medio de sus extremos!
mi esposa y yo lo queremos
como á un hijo.
Gaspar — Es natural.
Lo que es yo, siempre he amado
esos caracteres llenos
de candor, francos, ajenos
al futuro y al pasado.

ESCENA XVI

MAURICIO — GASPAR — ADELA — RAMÓN

Ramón — Mira, venía pensando (*á Adela*)
en esa extraña manía
de Irene, que noche y día
con rosas está soñando.
Adela — Bien sabes su preferencia
por las blancas.. . ¿y qué cosa
pensabas?
Ramón — Que fué una rosa
así, blanca... ¡es coincidencia!
Mauricio — Ramón, haznos el favor
de explicarte.
Adela — Si hay por medio
rosas, será sin remedio
una aventura de amor.

Ramón -- Algo de eso hay en mi historia...
y aún no les he contado!
como desde que he llegado
estoy hasta sin memoria!
Mauricio — Pues cuenta.
Ramón — Amigo Gaspar,
á usted apelo.
Adela — Se trata
de apelar?
Mauricio — Vamos, relata
esa historia singular
Ramón — Pues... nadie en la tierra ignora,
porque no cabe disfraz,
de todo lo que es capaz
un hombre que se enamora.
En otros tiempos, primita,
cuando yo te festejaba,
¿puedes creer que me gustaba
encontrarme esta visita? (*designa á Mauricio*)
Adela — Pero yo no tengo nada
que ver...
Ramón — Que nó! si por tí,
y por nadie más, urdí
aquella calaverada!
Juzgue usted si me pondría (*á Gaspar*).
fuera de quicio un rival
que como punto final
en mis amores caía.
Gaspar — Se comprende. (*sonriendo*).
Ramón — Rabié tanto,
que acabé por decidirme,
no sólo á tenerme firme
sino á vengar mi quebranto.
Gaspar -- Y de qué modo?
Ramón — Empecé

por ser de noche infalible
en la sala... esto es horrible
para todos... pero qué!
Ellos, ni por esas... era
de verlos: como si tal....
ni lo tomaban á mal,
ni lo notaban siquiera.
Entonces yo, y aquí viene
mi historia, con mucho afán
puse en práctica otro plan
algo mejor, con Irene.

Mauricio —
Adela — } Con Irene!
Gaspar —

Ramón — Si los duelos
son menos con pan, me dije,
he de hacer que en mí se fije
su atención, dándola celos.
Y dicho y hecho: á su frente
noche á noche platicaba
con Ine, y me mostraba
con Adela indiferente..

Gaspar — Dice usted... (*óyese cantar dentro á Irene*).

Ramón — Creo que es ella
la que canta... voy á ver.
(*mira por el balcón*).
Pués... Irene... ¡esto es nacer
un hombre con mala estrella!
(*torna al medio de la escena*)
Ya vuelve... á mi cuarto: allí
me refugio... (*quiere irse*)

Mauricio — (*le detiene*) A dónde vas?
no concluyes?

Ramón — Si no hay más!

Adela — Y la rosa?

Mauricio — Vamos, dí.

Ramón — (*sin apartar los ojos de la puerta de entrada*).
La rosa! hablé de una rosa?
¡y es verdad!... todo un enredo
fué aquello..... pero no puedo
detenerme, pues no es cosa...

Adela — Dime al menos...

Ramón — (*con inquietud y apresuramiento*).
Yo le dí
á Irene una rosa blanca...

Adela —
Mauricio — } Tú! (*se vuelven simultáneamente hácia Gaspar: éste se ha alejado algunos pasos, tiene en sus manos la rosa que le dió Irene, y la destroza convulso, con la frente baja y olvidado de todos*)

Ramón — (La salida está franca...
pués, señor, largo de aquí!)
(*váse por la izquierda*)

ESCENA XVII

MAURICIO — ADELA — GASPAR

Mauricio — Gaspar!

Gaspar — (*sin atenderle*) Amor que enloquece!
amor eterno!

Adela — Gaspar!

Gaspar — Qué sueño... y qué despertar!
Dios mío!

Mauricio — (Cuánto padece!)

Adela — (*yendo hácia Gaspar con ansiedad*)
Por Dios! que esta decepción
no influya... de usted lo implora...

Gaspar — (*alzando la frente con majestad*)
Soy el médico, señora...
ya no tengo corazón!
(*se dirige vacilando á la segunda puerta de la derecha: Adela y Mauricio le siguen tristemente con la mirada*).

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero: es de noche, y la escena está iluminada por la luz de la luna.

ESCENA PRIMERA

GASPAR — RAMÓN

Ramón — Con que nos deja usted? vaya una cosa
inesperada!
Gaspar — Sí, me voy tan luego
como Irene se salve... si es dichosa,
¿qué hago yo aquí?
Ramón — Perdone usted, soy lego.
¿puede decirse que en su actual estado
la cura es infalible?
Gaspar — Amigo mío,
cada lágrima suya ha conquistado
un rayo para su alma
Ramón — Desconfío...
Gaspar — Y porqué?
Ramón — Muchas veces, verbi-gracia,
un hombre se enternece... y ¡vamos! suelta
á llorar... pues en viendo una desgracia
ello viene de sí, no tiene vuelta.

Gaspar — Y bien?
Ramón — Pues si uno yerra, y desatina,
cuando es débil y llora, ¿por ventura
ha de creer que el alma se ilumina,
y se deshace en llanto la locura?
Gaspar — (Qué lástima! y es bueno!) Hay situaciones
en que el llanto lo es todo: si aterido
desmaya el corazón sin ilusiones,
una lágrima lo alza estremecido.
Entonces bajo el cielo nada alcanza,
lo que el llanto, que borra la amargura,
abre el alma á la voz de la esperanza,
y despierta el afan de la ternura.
Ramón — En fín, usted sabrá... ¿pero á qué viene
este viaje, doctor, tan repentino?...
yo ni creo... ¡y de noche!... no conviene:
mire usted que hay diez leguas de camino.
Gaspar — ¿Qué importa, si esta noche resplandece
bañada por la luna? su luz vaga,
la soledad que arrulla y adormece,
el silencio que abstrae, todo me halaga.
Ramón — Sí, pero un día más...
Gaspar — (*con desesperación*) Un día... un día!
¿no sabe usted que en una hora sola
sucumbe el corazón á su agonía?
¿no sabe usted que el desengaño inmola?
Ramón — Diablo! ¿qué tiene usted?
Gaspar — (*cambio brusco*) Qué tengo? nada...
mi ciencia es caridad: cada segundo
me llama al pié de un lecho desalada,
¡porque hay tantos dolores en el mundo!...
y yo ansío volar, y á un tiempo mismo
llevar la salvación y el pensamiento...

ESCENA II

GASPAR — RAMÓN — MAURICIO

Mauricio (*ha entrado por el fondo y escuchado las últimas palabras del médico*)
¿Habla así por ventura el egoismo,
noble Gaspar, con tan sentido acento?
Ramón — Ahí verás... y sabes? ni á mañana
espera para irse.
Mauricio — (*sorprendido*) Dices...
Ramón — Digo
que se marcha esta noche... es mucha gana!
Mauricio — Esta noche!
Ramón — Lo dudas? ven conmigo.
Mauricio — Tan pronto! (*con dolor*)
Ramón — Ya tu Bruno endemoniado
tiene listo el caballo: ven á verlo.
Gaspar — No será sin haberla rescatado,
no tema usted.
Mauricio — Gaspar, ¿puedo creerlo?
Gaspar — Sí, me marcho esta noche: decidido
estoy á ello: la razón me impone...
más antes de partir habré cumplido...
respondo á usted...
Mauricio — Que así nos abandone!
Gaspar — Es necesario... aproximarse miro
el instante del triunfo... se desata
en mí la tempestad, y este retiro
me rechaza de sí... porque me mata!

Yo haré que la ansiedad que la consume
se impregne de esta atmósfera de calma;
que en la luz, en el aire, en el perfume,
descienda el sentimiento hasta su álma.
Pero nunca esta página sombría,
abismo de pasión, leerán sus ojos...
(con una frialdad llena de amargura)
que á su amado sin lágrimas sonría,
llena de timidez y de sonrojos!...

Mauricio — Doctor...

Gaspar — *(con calma)* Ahóra es la ocasión propicia:
la luna melancólica parece
suspirar al espacio, que acaricia
con sus blancos destellos...

Ramón — *(mirando al cielo)* Aún crece.

Gaspar — Este jardín á la espansión convida:
Irene aquí... la convulsión suprema
alienta ya en su ser... aquí á la vida
tornará y al amor... ¡tierno poema!
(con amargura otra vez)

Ramón — *(que ha estado un momento pensativo)*
Hombre! amigo doctor, tengo una idea:
ni sirvo para lástimas, ni me hallo
á gusto, es la verdad... quien me lo crea
no falta, y no está lejos mi caballo.
¿Quiere usted que emprendamos la jornada
los dos? en un momento se le ensilla.

Gaspar — Marcharse usted!

Ramón — Si Irene me anonada!

Mauricio — Tú también!

Ramón — Si es mi eterna pesadilla!
A continuar así, tal vez suceda
que envejezca en un mes.

Gaspar — *(conmovido)* Es solo mío
el deber de partir: usted se queda
para hacerla feliz.

Ramón — (*con admiración*) Qué desvarío!
feliz.
Gaspar — (No la ama!)
Ramón — Y mire usted, ya sale...
(*indica un balcón donde ha aparecido Irene, y sobre el cual está inclinada, con su canastita de rosas en la mano y los ojos fijos en el punto en que se supone estar los rosales*)
y luego vendrá aquí... y luego... amigo,
yo me voy con usted... nada me vale,
como la vea... tiemblo... y me atosigo.
(*váse por el fondo mirando repetidas veces al balcón*)

ESCENA III

GASPAR—MAURICIO—IRENE (*en el balcón*)

(*Toda esta escena es á media voz*)
Gaspar — Figura virginal! su ser respira
una tristeza lánguida que encanta,
que inunda el alma... mi razón delira
cuando ante mí su imágen se levanta.
Mi amor, mi amor!... Por Dios, que no la vea
feliz sin mí! déjeme usted que huya,
que lleve lejos mi dolor, que sea
consuelo del que sufre... Irene es suya...
es suya para siempre!
Mauricio — Hasta mañana
aguarde usted.
Gaspar — No puedo... estallaría
mi pobre corazón: es sobrehumana
una lucha tan cruel, y moriría.

Oh! lo sé: lo infinito del martirio
hace terrible el peso de la vida,
y en medio de las sombras del delirio
la muerte es redención. (*sombrío*)

Mauricio — (*con arrebato*) Usted suicida!

Gaspar — Y yo quiero vivir: quiero mi ciencia
trocar en religión; quiero ser grande...
que el doliente me llame providencia,
que consuelo y aliento me demande!
Y siempre la amaré... de su recuerdo
renacerá mi fé cuando vacile...
déjeme usted partir! ya que la pierdo,
que el bien al menos mi dolor asile!
(*Irene toma algunas rosas, y las coloca en los cabellos*)

Mauricio — (*con profunda tristeza*)
Pues bien, sí... parta usted, no le detengo...
¡cómo ha de ser! en las venturas mías
nunca falta una sombra, y hoy que tengo...

Gaspar — Irene en breve alejará...

Irene — ¡Qué frías!
(*se quita las rosas y las arroja al jardín; luego desaparece del balcón*)

ESCENA IV

MAURICIO — GASPAR

Gaspar — Ya no las quiere: las flores
no bastan á su ansiedad;
las halla frías... ¡frialdad
hermana de sus dolores!

Mauricio — Es que se cumple, Gaspar,
el afan de usted.

Gaspar — Sublime
espresión! Irene gime
porque aún no puede amar.
Lo presiente... estremecida
como una virgen que avanza
hácia el altar... Mi esperanza,
mi gloria, mi Edén!... perdida!

Mauricio — Ah! basta! sufro.... daría
por ver á usted fuerte...

Gaspar — (*arrebatado de dolor*) Sí...
mas la adoro, y la creí
mía, para siempre mía...
Y me la roban! sin calma
me dejan, y sin consuelo!
y me arrojan de mi cielo
con el vacío en el alma!

Mauricio — Vamos...

Gaspar — (*reaccionando*) ¿Qué he dicho? ¿he mostrado
debilidad? me avergüenzo...
yo, la ciencia, yo, que venzo
donde otros han escollado!
Amigo Mauricio, ha sido
que de mi angustia á merced,
no pude... perdone usted
al hombre que le ha afligido.

Mauricio — Perdonar!

Gaspar — Le volverá
el médico á Irene, llena
de alegrías, y esta pena
ella la resarcirá.
No lo dude usted: prometo
ser de mármol... y llegar
hasta el fin, sin revelar
mi agonía y mi secreto.

Mauricio — Podrá usted?
Gaspar — Cuando se invoca
el deber... ah! yo lo siento:
¿cómo ha de faltarme aliento
para salvar á la loca? (*con fingido desdén*)
Pero... ni un instante más
despues... mirarla sonriente
para él, indiferente
para mí... ¡eso, jamás!
Allí el médico termina
y enmudece la razón...
¡que allí nace una ilusión
y otra al cielo se encamina!
Mauricio — Harto lo inmenso comprendo,
Gaspar, de su sacrificio,
para que quiera el suplicio
agregar...
Gaspar — Suplicio horrendo!
Basta que luche, que asista
al despertar de su amor,
que la mire en derredor
buscarle... y que lo resista!
Basta que ante ella respire
el fuego del sentimiento,
y que al éco de mi acento
su labio por él suspire.
Basta, sí: ¡cuánta amargura
habré entonces apurado!
¡voy á ser tan desgraciado
cuando estalle su ternura!

ESCENA V

MAURICIO—GASPAR—ADELA

Adela — (*por el fondo*)
Me ha dicho Ramón...
Gaspar — Que yo
me marcho? es cierto, señora:
la noche está encantadora,
y un viaje así...
Adela — Eso nó,
no piense usted engañarme.
Gaspar — ¿Ha olvidado usted que existe
mi amor?...
Adela — Es verdad! ¡qué triste!
Gaspar — Y que ella no puede amarme?
Adela — Ay! sobrado desconsuelo
me causa: usted ha traído
la paz á esta casa, ha sido
amparo de nuestro duelo;
¡y no poderle volver
tanto bien, y desolado
verle huir de nuestro lado
sin sus ensueños de ayer!
Gaspar —Dios lo ha querido: condena
mi vida á la soledad:
sin ella...
Adela — Su voluntad
siempre es justa y siempre es buena.
Quién sabe qué premio tiene
reservado á usted!

Mauricio — La gloria
le aguarda, y en su memoria
borrará tal vez...

Gaspar — A Irene!
imposible!

Adela — Y luego el santo
placer del bien que destella...
¡Gaspar! qué misión tan bella
es la de enjugar el llanto!

Gaspar — Hé ahí mi afán.

Adela — Oh! sí,
parta usted: crüel sería
que la luz del nuevo día
le encontrara á usted aquí.
Los celos matan, Gaspar,
desgarran el corazón,
y ella puede en su pasión...
nó, nó,!... yo quiero evitar!...

(*Irene aparece en la escalinata: permanece un instante inmóvil, y avanza después con lentitud hácia ellos*).

Gaspar — Irene! (*la descubre*)

Mauricio — Ya llega.

Adela — (*á Gaspar*) ¿Quién
pudiera á su desvarío
arrebatarla, Dios mío,
para usted, feliz también?

ESCENA VI

MAURICIO—GASPAR—ADELA—IRENE

Irene — Yo no sé porqué mis rosas
están ahora tan yertas...
todas me parecen muertas,
todas... y eran tan hermosas!
No ha mucho sobre mi frente
las puse... y me helaron... es
muy estraño, mucho... ¿vés?
(*aproxima una rosa á la frente de Gaspar*)
como nieve se las siente.
Gaspar — Ya no las quieres?
Irene — Me es dado
acaso?... pero ese frío
que exhalan... y cuando ansío
calor!... mi cuerpo está helado.
Adela — Irene mía, tu amigo
hará cesar las angustias
que sufres.
Irene — Quizá estén mustias
porque han vivido conmigo.
Las otras... voy al rosal
á verlas... tengo la luna...
allá duermen en su cuna...
junto á mí... yo soy glacial!
Yo... jamás me hallo tranquila
una ansiedad de llorar
me domina... sin cesar...
mi espíritu se aniquila.

Gaspar — Y no te calmas?
Irene — Me afano,
y mi ansiedad siempre crece...
le busco... y se desvanece...
y mi voz le llama en vano.
Adela — Buscas? llamas?
Irene — Ni siquiera
comprendo... es algo muy vago...
que me arrastra con su halago
hácia sí... y no me espera!
Gaspar — Es la demencia que espira...
(*bajo á Mauricio*)
Mauricio — Doctor, ¿cómo agradecer?
Irene — (*á Gaspar, retirándose algunos pasos*)
Ven... que no vaya á saber
Adela... acércate... mira.
(*levanta la faz aproximándola á él*)
Hay una lágrima aquí...
una lágrima que acaba
de desbordarse... me ahogaba...
Gaspar — ¿Y te ha consolado?
Irene — Sí.
Mas aún siento opresión,
oh! mucha!... y desasosiego...
y frío, que aumenta el fuego
que tengo en mi corazón.
Gaspar — Fuego!... para él! (*con amargura y para sí*)
Mauricio — (*que le ha escuchado*) Gaspar,
recuerde usted...
rene — (*á Gaspar*). Voy á verlas:
yo vivo para quererlas...
yo sé sus penas calmar.
Y ellas también .. si no han muerto...
si duermen las pobrecillas...
caminaré de puntillas,

y verás... no las despierto...
Nó: ni un eco, ni un murmullo
se alzará bajo mi pié...
Gaspar — Y qué harás?
Irene — Aspiraré
su perfume, que es arrullo...
Hace olvidar... ¡el olvido!
(*se vuelve hácia Adela*)
tú las quieres... todavía
no saben... hermana mía,
yo se lo diré al oído.
(*váse por la derecha*)

ESCENA VII

MAURICIO—GASPAR—ADELA

Gaspar — (*mirándola alejarse.*)
Oh! que cueste lo que cueste!...
es necesario que él la ame
de rodillas... y que clame
por aquel amor celeste!
¡Cuánta ternura refleja
esa frente inmaculada!...
Mauricio — Ramón!... será desgraciada,
doctor: ya ve usted, se aleja...
Gaspar — Que la adore... ¡si es tan bella
y tan dulce! que delire
de pasión.... que no respire
por Dios, sinó para ella!
Mauricio — Mucho temo que Ramón...
Adela — Tal vez....

Gaspar La amará, señora,
porque atrae, porque enamora,
porque llena la creación.
La amará, porque á su lado
hay un cielo de ventura,
porque es niña, porque es pura
y el dolor la ha desgarrado!
Mauricio — Sin embargo, ese aturdido...
no tengo fé en él: es bueno
en el fondo, mas... me lleno
de inquietud.
Adela — ¡Y le ha querido!
Gaspar — Hasta la locura! (*con acento reconcentrado*)
Adela — Pero...
puede cambiar.
Gaspar — El amor
es poderoso.
Adela — Doctor,
yo creo en él...
Gaspar — Y?...
Adela — Y espero.
Es aturdido, no tiene
las fuerzas del heroismo,
pero ser bueno es lo mismo
para la dicha de Irene.
Mauricio — Hágalo Dios!
Gaspar — Lo repito:
la amará, puesta de hinojos,
cuando un rayo de sus ojos
le revele el infinito;
cuando su voz, impregnada
de dulzura y de cariño,
con el lenguaje del niño
le demande una mirada.

Lo sé: de mi marcha en pos
feliz á mi Irene dejo,
feliz... ah! ya no me quejo
de la voluntad de Dios.

ESCENA VIII

MAURICIO—GASPAR—ADELA—RAMÓN

Ramón — (*por el fondo: se ha detenido un momento examinando la escena, y al no encontrar allí á Irene, ha avanzado resueltamente.*)
Listos!... y el señor don Bruno
no quería... ¡vaya un conde!
si bajo la piel esconde
una humareda ese tuno!
Con que mi caballo estaba
lejos, y con repetir
que no me había de ir,
y qué sé yó! me cargaba.
Hasta que tuve yo mismo
que ensillar; y qué remedio!
con aquel tonto no hay medio
sinó romperle el bautismo.

Adela — Hablemos serios, Ramón:
Irene te ama.

Ramón — Qué dices?

Mauricio — La verdad: no martirices
más su pobre corazón.

Ramón — Hombre!

Mauricio — ¿La quieres tomar (*con gravedad*)
por esposa?

Ramón — Es inaudito!...
es para poner el grito...
vamos, hable usted, Gaspar.

Gaspar — Yó... yo sin vacilación
le entregaría mi vida...

Ramón — Aquella mala partida!...
casi tiene usted razón.

Gaspar — ¿Quién, como usted, adorado
con un amor delirante,
con sus ternezas de amante
no borra el dolor pasado?
Ramón, ella ha enloquecido
por usted...

Ramón — (*pensativo*) Sí... lo confieso...
no pensé.

Gaspar — Y bién?

Mauricio — No es eso
bastante? ¿estás pervertido?

Ramón Si me acuso! si me llega
al alma!

Adela — De tí depende
reparar... á ella tiende
los brazos.

Gaspar — Y quién se niega?

Ramón — No, nó... doctor... nó, mil veces,
la amaré.

Mauricio — Ahóra sí
te admiro...

Ramón — Si alcanzo así
á devolverla con creces...

Gaspar — Es un dulce sacrificio
que dá la felicidad...

Ramón — Los celos! calamidad
de los que no tienen juicio
Cómo creer que de aquella

tontería, resultara!...
hice mal... pues se repara...
prima, me caso con ella.

Adela — Tu nobleza no podía
menos...

Gaspar — (*con admiración*) Corazón de oro!

Ramón — Lo que sí, ya saben... lloro
cada vez que desvaría,
Hombre! y aquella figura
blanca? (*fijándose en la derecha*)

Adela — Es Irene, que deja
los rosales...

Ramón — (*inquieto*) Ya me aqueja
mi mal... pues es cosa dura!
Y esa culpa que además
me destroza... no hay valor...
yo pagaré con amor,
¡pero no me exijan más!
(*váse conmovido por el fondo*)

ESCENA IX

MAURICIO—GASPAR—ADELA

Mauricio — (*mirando á la derecha*)
Vuelve.

Gaspar — (*estremecido*) Sí.

Adela — (*á Gaspar*) ¿Sufrirá tanto
como antes? ¿habrá lucha
otra vez?

Gaspar — Y angustia... mucha...
hasta deshacerse en llanto.

Adela — No sabría resistir...
vámonos. (*á Mauricio.*
Mauricio — Sí; yo también
desmayaría...
Adela — Pues ven...
mirarla así es morir.
Mauricio — Aguarda... (*interroga á Gaspar con la mirada*)
Gaspar — Nó, es mejor
que á nadie á su lado encuentre...
para que no reconcentre
ese llanto salvador.
Héla ahí... pronto la hora
vá á sonar... (*á Mauricio que le estrecha la mano*)
yo seré fuerte...
Adela Doctor... (*con tristeza*)
Gaspar — Silencio! (*bruscamente; les señala el fondo, y los dos esposos se alejan sin volver la cabeza*)
La muerte....
la bendeciría ahora!
(*alza los ojos al cielo con desesperación*)

ESCENA X

GASPAR — IRENE

Irene — (*viene con la frente baja, mirando tristemente su canastita de rosas*)
Muertas todas... heladas
como mi sién!... su arrullo me abandona...
sus hojas perfumadas
no más serán mi pálida corona.

Gaspar — (*dominando su emoción*)
Aún queda el amor, que paso á paso
viene á inundar tu espíritu doliente.
Irene — ¿Y volverán acaso
á revivir y á acariciar mi frente?
Gaspar — Sí, la luz y la vida
llegan con el amor: blanca aurëola
de los hijos del bien, donde él anida
yergue la flor soberbia su corola.
Torna de tu desmayo,
Irene mía, que el hogar te espera:
pide al amor un rayo
para que alumbre tu existencia entera.
Irene — (*inmóvil y sin alzar los ojos*)
Algo... un estraño gozo
me agita con tu voz... otra vez dime...
que acá en mi corazón tengo un sollozo
y una fuerza invisible lo reprime.
Gaspar — Mira, voy á esplicarte
lo que se siente: el cielo se colora,
sonríe la creación: todo comparte
de nuestro ser la aurora.
Irene — Qué bello! (*como en sueños*)
Gaspar — (*tembloroso*) Se adivina
la dicha de los ángeles, se sueña
con una cuna...
Irene — Así!
Gaspar — Donde ilumina
una mujer su faz... su faz risueña!
Irene — Así! (*junta las manos: su canastita se le escapa*)
Gaspar — El aire en torno se perfuma,
ondas de luz deslumbran la mirada,
y el pensamiento abruma
la imágen del Edén medio velada;
la imágen del hogar! allí el anhelo

de infinito se calma:
la lágrima es consuelo
allí, porque no hay sombras en el alma.

Irene — Así! (*con un estremecimiento convulsivo que se renueva á cada palabra de Gaspar*).

Gaspar — Los brazos al azar tendidos,
se busca en torno con afán creciente
una forma velada á los sentidos,
bella como ilusión de adolescente.
(*con vehemencia y dolor*)
Y si los brazos caen sin estrecharla...
y el desierto se mira
donde la mente se elevó á encontrarla,
Irene, entonces... de dolor se espira!

Irene — (*con agitación extrema*)
Es cierto... sí... se muere...
de soledad... y de dolor... la nada!
que no crea... ni espere...
que enloquezca de angustia... ¡desgraciada!
No le digas... á ella (*delirio*)
dió el corazón... y á mí... le amo... le adoro...
he besado la huella
de su pié... no le digas... te lo imploro!

Gaspar — Oh! piedad para mí!

Irene — Su amor! desvía
de Irene el corazón... y es mi esperanza!
soy niña... sola... madre! madre mía!
no tengo madre! y mi agonía avanza!
(*se aproxima á Gaspar*)
Escucha; yo le amaba... como un sueño...
porque él nunca me dijo... ni á mi lado
se estremeció... buscaba con empeño
mis ojos, nada más... nunca me ha amado!
Nunca!... palabra horrible
que el corazón me arranca...

Ah! porqué me engañó?... ¡porqué insensible
no tuvo compasión?... la rosa blanca!

Gaspar — Vacilo... calla!

Irene — Aquella flor... emblema
de pasión... de pureza... de ternura...
aún mis labios quema
el beso que le dí... lo amargo dura...
Observa ese salón... hay muchas luces...
(se aproxima aún más á Gaspar, y vuelve á exaltarse su delirio)
muchas galas... y flores...
y espejos... ¿Me conduces
al altar?... ¿te conmueven mis dolores?
¿Amparas á la huérfana, que anhela
ser tuya... solo tuya, eternamente?
ya no quieres á Adela,
no es verdad? Infeliz!... ella presiente..
Me rechazas... me alejas...
ven... te ruego... soy tuya... y mudo... y frío...
corres á ella... y ríes... y me dejas...
y me matas... Mauricio! amor... bien mío!
(con un grito del alma: echa los brazos al cuello de Gaspar y estalla en sollozos.)

Gaspar — Mauricio! él! *(óyese el ruido de uno de los balcones que se cierra con estrépito.)*
Le amabas! oh! me espanta...
me estremece... le amabas!... tu locura
estalló aquella noche... aquella... ¡cuánta
desolación!... te robo tu ventura!
te vuelvo á la razón... soy un infame...
despierto tus recuerdos... y te quito
el olvido que Dios...

Irene — *(más calmada, pero delirando aún)*
No huyas... dame
tu mano... es mía... *(se la toma)*

Gaspar — Dios! Dios infinito!
(Mauricio traspone la puerta de hierro del fondo, y se detiene recatándose: su actitud revela una agitación suma, y ora observa ansiosamente los balcones y la puerta, ó escucha estremecido lo que hablan Irene y Gaspar)

ESCENA XI

GASPAR—IRENE—MAURICIO *(en el fondo)*

Irene — *(siempre con los ojos bajos)*
Ella no te oye... díme que me adora
tu corazón, que para Irene alienta...
jamás una promesa seductora
de tu labio escuché... y estoy sedienta...
Sedienta de tu voz... celosa y triste,
porque nada tu amor me ha revelado...
sólo la rosa que á Ramón pediste
me entregara en tu nombre...

Gaspar — El desgraciado!

Irene — Escucha... hermana mía... ella te llama,
véte de aquí... me sacrifico... y muero...
eres suyo... perdón! suyo... te ama...
yo no quiero que sufra... nó... no quiero!
(con angustia, oprimiendo la mano de Gaspar: de pronto le mira fijamente, le aparta de sí con espanto y retrocede algunos pasos)
No es él! no es él! ¿en dónde estoy? la noche...
la soledad! ¿quién es usted?

Gaspar — Oh! deja

que te pida perdón... que á tu reproche
arranque la amargura de la queja...

Irene — Quién es usted?

Gaspar — Te salvo y te condeno...
alumbro tu alma, Irene, y te arrebato
al olvido, tu bien... á tu ángel bueno...
soy tu verdugo! y de dolor me abato...
y ante tí desfallezco, y humillando
á tus plantas mi ciencia,
perdón de mi delito te demando...
¡perdón, porque he curado tu demencia!

Irene — Tengo miedo... estoy sola... nadie viene...
este jardín...

Gaspar — Tu labio delirante
me reveló el secreto ¡pobre Irene!
¿por qué no ahogué tu corazón de amante?

Irene — (*yendo hácia él rápidamente*)
Mauricio...¿sabe usted? ¿y dónde... dónde?
¿dónde está?... una vez mirarle anhelo...
¡sería tan feliz!... y no responde!...
es mío... quiero verle... si es mi cielo!...

Gaspar — (*con acento sombrío*)
Tu amor es imposible!

Irene — No sea usted crüel... sólo un segundo...
un segundo no más... silencio horrible!
y calla aún!

Gaspar — Tu amor no es de este mundo!

Irene — Ha muerto!... ah! (*lanza un grito de agonía, tiende los brazos, y pierde el sentido: Gaspar la recibe en los suyos, y al mismo tiempo Mauricio corre á su lado*)

Mauricio — Desventurada!

Gaspar — Acaso...

Mauricio — Yo estaba allí... (*le designa el balcón*)
Yo solo: lo sé todo...
cuánta desgracia!

Gaspar — Aquí. (*coloca á Irene en uno de los bancos y se queda contemplándola con ansiedad*)
Dónde mi paso
guiaré para olvidar?
Mauricio — (*agitado*) Y de qué modo?....
cómo evitar?... los celos... esos celos
que amargan la existencia!... yo creía
que en mi casita aislada... mis desvelos
la llenaron de paz... y está sombría!
(*se inclina hácia Irene*)
Y es mi niña, mi niña idolatrada,
la que vá á herir á mi infeliz esposa!
pobre Adela!... Gaspar, su alma enlutada
gemirá silenciosa.
Gaspar — Lo sé.... pero quién sabe!
Mauricio — (*con espanto*) Ese desmayo
la muerte puede ser?
Gaspar — La muerte! bella
y sublime esperanza! mata el rayo...
¿por qué el dolor no ha de matarla á ella?
(*la observan los dos, teniendo cada uno una mano de Irene entre las suyas*)

ESCENA XII

GASPAR—MAURICIO—IRENE—RAMÓN

Ramón — (*habla dentro*)
Espera... voy á ver. (*asoma por la puerta de hierro y mira á la escena*)
Adela, corre...
se vá á morir! (*avanza consternado*)
Señor, quién lo creyera!...

Adela — (*dentro*
Cielo santo!
Ramón — No temas... la socorre
Gaspar.
Adela — (*que viene desalada por el fondo*)
Dios mío! inmóvil!
Ramón — (*indicándole á Gaspar*) Como él quiera...

ESCENA XIII

GASPAR—MAURICIO—IRENE—RAMÓN—ADELA

Adela — (*se ha sentado en el banco y tiene la cabeza de Irene sobre sus rodillas*)
No!... vive aún... su corazón palpita...
y ya no está demente, (*á Gaspar*)
no es verdad? ya conoce... pobrecita!
yo borraré las nubes de su frente.
Gaspar — (Y yó!)
Adela — (*sonriendo*) Ven, mírala... de su locura
nada queda... mañana, ya mañana
renacerá la paz.
Mauricio — (*con un esfuerzo*) Oh, sí!
Adela — (*contemplándola con delicia*) Tan pura!
tan niña!
Mauricio — (Pobre Adela!)
Adela — Estoy ufana...
voy á mirar tus labios sonrientes,
voy a verte feliz... á oir gozosa
tus secretos de amor.
Gaspar — (*dolorosamente*) (De amor!)

Adela — (*á Mauricio, tomando su mano y colocándola sobre el corazón de Irene*) ¿Lo sientes?
late, se anima... ese matiz de rosa...
Ah! pero olvido... aquí, al lado mío,
hay un dolor inmenso...
y al contemplarla salva, desvarío,
y sólo en ella pienso.
Por eso todos tristes, con los ojos (*examinándolos*)
en tierra, conmovidos...
lo comprendo.

Ramón — Yo triste! son antojos
que te vienen.

Adela — (*á Mauricio*) No escuchas los latidos?
Se aproxima el momento
en que alzará radiante su cabeza;
ay! ¿por qué en mi contento
ha de haber esta sombra de tristeza?

Mauricio — Sombra! es verdad.

Gaspar — Señora, es necesario...
me someto... y me alejo.

Mauricio (*bajo y con acento de súplica*) Todavía
no he llegado á la cima del Calvario...
una hora no más...

Gaspar — (*bajo, con desesperación*) Me mataría!...

Adela — (*que continúa contemplando á Irene*)
Se ha estremecido toda... ha suspirado...
y su seno se agita...
me ahóga la alegría... ¡ha recobrado
la vida y la razón! (*con inmenso júbilo*)
Oh! gracias!

Irene — (*se incorpora y la aparta suavemente*) Quita!

Ramón — Al fin! (*Mauricio y Gaspar retroceden: Adela la tiende los brazos*)

Adela — Me reconoces? soy Adela,
tu hermana, que te adora... que ha gemido

tanto tiempo sin tí!... ven y consuela
mi dolor... y lo olvido.

Irene — (*se pone rápidamente de pié en medio de la conmoción general, y luego habla con estrarío, dirigiéndose ya al uno ya al otro*)

Dicen que ha muerto... que esperar no puedo...
(*á Gaspar*)
que mis flores se han ido... voy sedienta
(*á Adela*)
de perfume, de amor... ¡Cómo me quedo
si ha llevado mis rosas la tormenta! (*se aleja con tristeza por el fondo, entonando su cantar favorito*)

De novia llevo el velo
sobre la frente,
y lloro sin consuelo
mi amor ausente.

Mauricio — (Oh, providencia!)
Adela — Irene de mi vida!
Ramón — Ese canto...
Gaspar — Esa voz... esa mirada...
Mauricio — Loca!
Gaspar — Sí, para siemre! (*con voz ahogada*)
Adela — Está perdida!
(*se arroja con desesperación en brazos de su esposo*)
Gaspar — (*tendiendo los brazos hácia Irene*)
Mi amor, mi único amor... estás salvada!

Junio 27 de 1871.

FIN DEL TERCERO Y ÚLTIMO ACTO

NOTAS

UNA HISTORIA. — Pág. 5 — Estos versos fueron escritos para una conferencia que dió el 24 de Septiembre de 1870, en la ciudad de Mercedes, la sociedad "Porvenir Literario", de que el autor formaba parte. La fiesta era á beneficio de la obra de un hospital.

LOS HÉROES DE LA CARIDAD. - Pág. 21 — Se refiere esta composición á la valiente "Comisión Popular" que se fundó en Buenos Aires en 1871, para combatir la epidemia de fiebre amarilla que asolaba entonces la ciudad. Formaban parte de ella los más distinguidos miembros de nuestra sociedad, tanto nacionales como extranjeros.

MANUEL G. ARGERICH. — Pág. 26 — Un gran corazón y un gran carácter. Su cariñosa amistad, que guió al autor de este libro al dar sus primeros pasos en la vida, es uno de los recuerdos que conserva con más veneración en su memoria. Cayó, en lucha con la epidemia, el 25 de Mayo de 1871. Era miembro de la "Comisión Popular", á cuya obra de abnegación y caridad consagró hasta los últimos momentos de su existencia.

FLORENCIO B. DEL MÁRMOL. — Pág. 106 — Amigo y compañero del autor. Falleció en 1881, en plena juventud. Era un espíritu de otros tiempos, inflamado siempre por anhelos de justicia, que lo lanzaban con irresistible empuje á la defensa de todas las causas que consideraba amparadas por el derecho. Vendió su biblioteca americana, valiosa colección de libros reunida á costa de muchos sacrificios, para irse á luchar por la independencia de Cuba. No pudo realizar este propósito; pero años después, en 1879, se enroló como voluntario en las filas del ejército de Bolivia, en lucha entonces con Chile, y tomó parte en la campaña hasta caer postrado por una fiebre maligna, que acaso fué la causa de su muerte.

LA CAUTIVA. — Pág. 114 — Esta composición fué escrita con motivo de la repatriación de los restos del General San Martín.

FEDERICO GAMBOA. — Pág. 158 — Escritor mejicano, que permaneció algunos años en Buenos Aires, en su carácter de Secretario del Ministro Plenipotenciario de su país acreditado en el nuestro. Galano y valiente novelista, cuyas prendas de carácter lo ligaron bien pronto á todo el elemento ilustrado del país, en el cual ha dejado muchísimos amigos.



ÍNDICE

Página